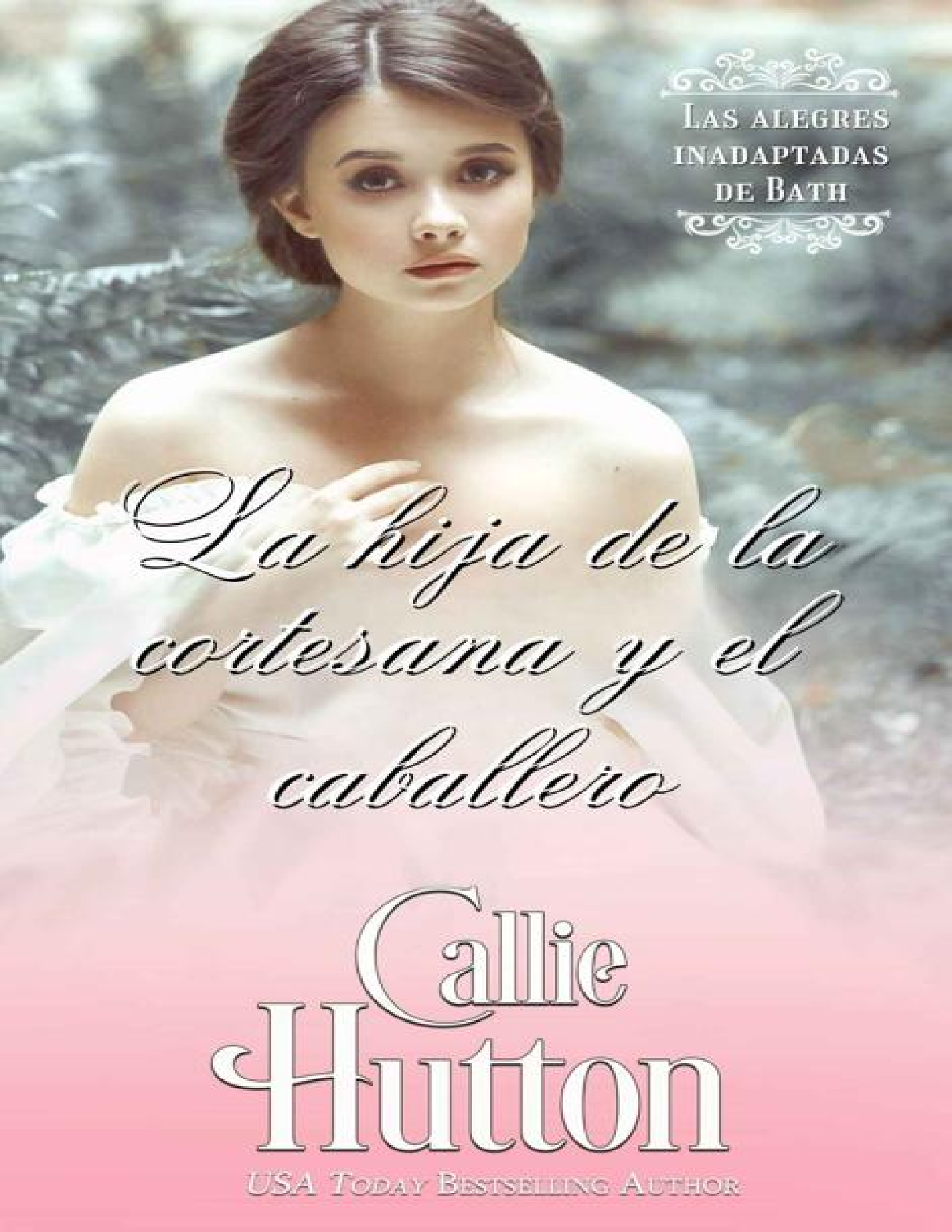


Las alegres inadaptadas de Bath

La hija de la cortesana y el caballero

Callie Hutton

USA Today Bestselling Author

La hija de la cortesana y el caballero

Callie Hutton

Contenido

Página del título
Sobre el libro
Dedicatoria
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Epílogo
Sobre la autora
Derechos de autor

Sobre el libro

¿Debe pagar una hija por los pecados de una madre?

La señorita Charlotte Danvers acaba de recibir un enorme golpe que transformará su realidad. Después de pasar la mayor parte de su vida en una escuela de élite para niñas en Francia, en principio como estudiante y después como profesora, decidió regresar a Londres para vivir con su madre.

Pero cuando llega a la casa de su madre en Londres, se sorprende al descubrir que la mujer que la crió es una conocida cortesana, la señora Danforth.

Después de una discusión llena de rabia y lágrimas, Charlotte decide irse de Londres e instalarse en Bath. Todo va bien hasta que conoce al señor Carter Westbrooke, amigo y socio del esposo de su mejor amiga, lord Berkshire.

Después de unas pocas semanas, el señor Westbrooke le declara que quiere casarse con ella. Pero Charlotte no puede ser la esposa de un aristócrata, y no se atreve a explicarle la razón. ¿Tendrá que volver a escapar?

* * *

¡Recibe un libro gratis y mantente al día con los nuevos lanzamientos y ventas!
http://calliehutton.com/newsletter/

Dedicatoria

A María, extraordinaria asistente personal

Prólogo

Londres, Inglaterra
Junio de 1886

La señorita Charlotte Danvers se bajó del carruaje que la había llevado desde la estación de tren hasta la casa de su madre a las afueras de Mayfair, en Londres. Estaba muy emocionada por la sorpresa que pensaba darle.

Charlotte había pasado la mayor parte de su vida en una exclusiva escuela para niñas en Francia. Una vez que se graduó, gracias al apoyo de su madre, comenzó a trabajar como profesora en la misma escuela. Eso había ocurrido hacía tres años, y ya estaba lista para emprender la siguiente fase de su vida. El primer paso era mudarse a Londres para estar con su madre.

Mientras el conductor del carruaje le llevaba el equipaje hasta la entrada golpeó la aldaba de la puerta principal .

La puerta se abrió y apareció un hombre mayor, obviamente el mayordomo, que la miraba como si hubiera visto un fantasma.

—¿Señorita Danvers? Seguro que es usted.

—¡Sí! —Dijo sonriendo—. No sé quién es usted, pero parece que me conoce.

El hombre se inclinó ante ella, pero parecía un poco incómodo.

—La reconocería en cualquier parte, señorita Danvers. Se parece mucho a su madre.

—Sí. Me lo han dicho muchas veces. —Como el hombre continuaba mirándola fijamente, añadió—: ¿Puedo entrar?

El mayordomo dio un paso atrás bastante nervioso.

—Por supuesto. Mis disculpas, señorita.

Charlotte se quitó los guantes y observó el interior de la casa, en la que nunca había estado antes. Sus primeros años los había pasado en el campo con una familia amiga de su madre. Le explicó que la había dejado allí porque no quería que respirara el aire contaminado de Londres. Y después, a los diez años, la envió a la escuela en Francia.

—Espero que mi madre esté en casa.

—Sí. Está aquí. Si quiere esperar en el salón, le informaré de su llegada.

Ay, todo le parecía que estaba siendo demasiado formal. Lo que realmente quería era correr escaleras arriba y gritarle a su madre : "¡Sorpresa!" Seguro que le daría una alegría.

A los pocos minutos el sonido de unos pasos que bajaban rápidamente por las escaleras hizo que Charlotte se levantara de un salto. Enseguida vio a su madre en la puerta del salón.

—Mamá. ¡Sorpresa! He dejado mi trabajo en la escuela y decidí que ya era hora de venirme aquí contigo.

La madre se veía bastante pálida bajo el maquillaje. Charlotte nunca la había visto maquillada, por lo que fue una sorpresa verla así. Inmediatamente pensó que le gustaba más con la cara limpia.

Su madre la abrazó.

—Cariño mío. Sí, es una gran sorpresa. —Se echó hacia atrás, con las manos apoyadas en los hombros de Charlotte, y la miró—. ¿Por qué no me telegrafiaste para avisar que ibas a venir?

Charlotte sonrió.

—Así no habría sido una sorpresa, ¿verdad?

—No. En realidad, no.

Por primera vez que recordara, su madre parecía haberse quedado sin palabras.

—¿Estás bien, mamá? ¿Te pasa algo?

—Sí. No. —Hizo un gesto con el brazo—. Estoy intentando recuperarme de este susto… mejor dicho, sorpresa.

—Sí. ¿No es maravilloso? Decidí que ya era hora de comenzar mi vida como mujer adulta y, tal vez, incluso buscar un marido.

Su madre sacó un pañuelo con bordes de encaje del puño de su vestido y se dio unas palmaditas en la cara.

—Estás muy elegante —dijo Charlotte—, ¿vas a salir esta noche?

—No. De hecho, espero invitados en unos minutos.

Charlotte aplaudió.

—¡Excelente! Me encantará conocer a tus amigos.

Su madre empalideció aún más y se lamió los labios.

—Cariño, por mucho que me gustara que conocieras a mis amigos, te ves muy cansada. Te propongo que te retires a descansar a una de las habitaciones de arriba y disfrutes de un baño caliente y una cena. Y después una buena noche de sueño. Tendremos una larga charla por la mañana mientras tomamos el té y uno de los famosos desayunos de la cocinera.

Aunque se sentía bastante cansada, le decepcionaba de que su madre no quisiera presentarle a sus amigas.

—Quizá tengas razón, mamá.

Su madre respiró hondo, y al soltar el aire recuperó un poco el color.

—Voy pedir a Carlson, el mayordomo, que te lleve a una habitación muy bonita. Y después Amy, la sirvienta, te preparará una bañera en el cuarto de baño.

La mujer se apresuró a salir de la habitación, y Charlotte se entretuvo observándolo todo a su alrededor. Era una habitación bien amueblada, del gusto que esperaba de su madre. Los muebles eran elegantes y de buen diseño. Las paredes estaban empapeladas con un diseño de franjas de color verde pálido y rosa, y además tenían revestimientos de madera de color crema.

El hombre que la recibió en la puerta entró en el salón.

—Señorita, he pedido que un sirviente que lleve su equipaje a la alcoba que la señora Danforth ha elegido para usted. Si me sigue la llevo hasta allí.

—¿Señora Danforth?

El hombre parecía confundido.

—Sí, señorita, ese es el nombre que usa su madre.

—¡Qué raro!

No tenía ninguna razón para informar al servicio de que no se trataba de una simple visita, sino de un traslado permanente para

estar junto a su madre. Habían estado separadas la mayor parte de su vida, y ya era el momento de que vivieran juntas.

El dormitorio era tan hermoso como todas las demás habitaciones que había visto en la casa. Pero no era de extrañar, ya que su madre tenía un gusto excelente.

Una mujer de mediana edad, vestida con uniforme de sirvienta, la saludó al entrar al dormitorio.

—Señorita, su baño está listo. Si me sigue le enseñaré dónde se encuentra el cuarto de baño. Si lo desea desempacaré sus cosas mientras se baña.

—Gracias. En este momento, lo único que necesito está en ese pequeño bolso marrón. Ahí está el camisón, las pantuflas, la bata y otros objetos personales.

A pesar de su largo viaje, del relajante baño y de la maravillosa cena que Charlotte disfrutó en su habitación, seguía sintiéndose inquieta. Estaba segura de que no tendría sueño hasta dentro de unas horas. Le costaba mucho aceptar la orden de su madre de que descansara y no bajara a conocer a sus amigos.

Pero el sonido de los carruajes que llegaban a la casa y, después, las conversaciones en voz alta de los invitados llevaban un par de horas molestándola. Por lo que podía oír, el grupo parecía bastante animado y divertido. De vez en cuando estallaban las risas y alguien tocaba el piano.

De modo que de pronto decidió que iba a ponerse algo sencillo e iba a bajar a la fiesta. Si quería comenzar su vida como mujer adulta, tenía que tomar sus propias decisiones. ¿No había decidido, sin el conocimiento y el consentimiento de madre, dejar su trabajo en la escuela para volver con ella a vivir a Londres?

En cuestión de minutos se había quitado el camisón y se había puesto un sencillo vestido de diario, ya que todos sus trajes más formales, que le habían colgado en el armario, estaban demasiado arrugados por el viaje.

Se miró rápidamente en el espejo, se alisó el cabello y salió de la habitación con el corazón acelerado por la emoción. ¡Iba a ser su primera fiesta!

Al principio no vio a su madre. Había una treintena de invitados, todos vestidos de manera bastante formal, lo que le hizo replantearse su decisión de bajar vestida de manera tan sencilla.

Una mujer se acercó a ella con un vaso de algún tipo de líquido en la mano.

—No tenía ni idea de que Alice tuviera una hija, pero tú tienes que serlo. Eres exacta a ella. —Después la observó aún más de cerca—. Una versión mucho más joven, claro.

Enseguida bebió un sorbo de su bebida, le guiñó un ojo y se marchó.

Lo que fuera que la mujer dijera a otras dos señoras, hizo que ambas se volvieran hacia ella con las cejas levantadas. A los pocos minutos, escuchó que murmuraba la palabra "hija" entre la multitud. Se dirigió directamente a su madre, bastante incómoda con la atención que estaba recibiendo.

No era tímida por naturaleza, sin embargo, parecía que la sorpresa que quería darle a su madre también lo era para sus amigos. Se sentía un poco decepcionada de que nunca le hubiera contado a sus amigas que tenía una hija.

—Cariño, ¿qué estás haciendo aquí? Pensaba que ya estabas dormida.

El rostro de su madre se había tensado y revelaba arrugas que Charlotte no había percibido antes. Entonces un caballero se acercó a ella y le tocó el brazo.

—¿Está todo bien, querida?

Era un hombre mayor, muy elegante y de aspecto noble. A pesar de sus canas, era un hombre guapo con profundos ojos azules y arrugas de expresión. Miraba a su madre con preocupación.

Ella le sonrió.

—Todo está bien, mi lord.

Pero no presentó a Charlotte a ese hombre con el que parecía tener un trato muy familiar. A decir verdad, Charlotte llevaba sin entender nada desde que había llegado a la casa de su madre. A estas alturas pensaba que su madre tendría que haberse recuperado de su inesperada llegada, pero parecía aún más desconcertada que antes.

—Estaba un poco nerviosa. Pensé que tal vez me vendría bien bajar a estar un rato con tus amigos.

Charlotte murmuró la última parte de su declaración, consciente de que el caballero que estaba junto a su madre le sonreía.

Su madre entonces llamó a un hombre alto con librea, probablemente un sirviente.

—Por favor, acompañe a mi hija a su habitación.

Charlotte se quedó boquiabierta. ¡Su madre la estaba tratando como si fuera una niña!

—Gracias de todos modos, voy a saber llegar sola. —Miró a su madre—. Veo que aquí no soy bienvenida.

Se dio la vuelta haciendo un movimiento con la falda y se dirigió a la puerta. Allí se volvió y vio al caballero y a su madre conversando muy entretenidos.

Estaba a punto de llegar a la escalera cuando un hombre la llamó:

—Espera.

Charlotte se giró y vio a un joven, bastante guapo en realidad, que se acercaba a ella. Le hizo una leve reverencia.

—No tenía ni idea de que Alice tuviera una hija. Eres increíblemente guapa, como tu madre.

—Gracias.

Charlotte, que nunca se había sentido cómoda con los elogios hacia su apariencia, se inclinó ligeramente y puso el pie en el primer escalón.

—¿Puedo hablar contigo un momento?

El hombre levantó una mano y le tocó un brazo, lo que hizo que ella se estremeciera. La miraba de tal manera que hacía que se sintiera sucia. La observaba de arriba a abajo como si estuviera comprando carne de caballo.

—Creo que no, señor. Tengo un poco de dolor de cabeza. Si me disculpa.

—Lamento escuchar eso, señorita Danforth. Solo quería preguntarte cuándo vas a querer tener un protector.

—Soy la señorita Danvers, no Danforth. —Después de su corrección automática, le echó un segundo vistazo y repitió sus

palabras en la cabeza. La expresión de su rostro, su pregunta sobre la posibilidad de tener un protector, la reacción exagerada de su madre a su llegada y el tipo de personas que eran sus "amigas" hicieron que un pensamiento horrible se apoderara de su mente—. No tengo ni idea de lo que me está hablando —añadió casi susurrando.

—Oh, vamos, señorita Danvers. No puede haber otra razón por la que tu madre haya decidido exhibirte de pronto. Lo que no entiendo es por qué te ha hecho vestir de una manera tan sencilla. Hay que mostrar esas curvas. Y no llevar el escote tan alto.

Su corazón latía tan rápido y fuerte, que apenas escuchaba sus propias palabras.

—¿Y por qué razón mi madre iba a querer exhibirme, señor?

Sabía que no debía hacer esa pregunta, pero de pronto había perdido el control sobre sí misma.

El hombre frunció el ceño.

—Para seguir sus pasos como cortesana, por supuesto.

Capítulo 1

Londres
Un año después

Charlotte, que ahora era conocida por sus amigos de Bath como Lottie, se miró por última vez en el espejo, satisfecha con su aspecto. Como no asistía a las fiestas de Bath, donde había vivido durante el último año, ni a otros eventos sociales porque prefería esta sola, siempre temerosa de que alguien la pudiera reconocer, rara vez se vestía tan formalmente.

Sin embargo, era el día de la boda de Addie Mallory. Addie, Pamela y ella eran íntimas amigas y se reunían para tomar el té todos los días en la librería de Addie, *Once Upon a Book.* Recientemente, Addie había conocido a lord Berkshire y a su adorable hijo, Michael, un niño sordo. Cuando su señoría pidió a Addie que lo acompañara a Londres con Michael y su institutriz para buscar ayuda para su hijo, ambos se vieron atrapados en una situación comprometedora que los obligó a casarse.

Sin embargo, por lo que vio Lottie cuando estuvieron juntos, el matrimonio no parecía significar nada negativo ni para la novia ni para el novio. Había afecto verdadero entre ellos. Tal vez incluso más que eso.

Addie había pedido a Lottie y a Pamela que fueran sus damas de honor. Pamela estaba feliz de hacerlo, pero Lottie se había negado y, afortunadamente, Addie no la había cuestionado. Ambas eran conscientes de que tenía algún tipo de historia complicada en Londres y, dado que allí es donde se celebraba la boda, prefería mantenerse en un segundo plano.

Confiaba en que su vestido azul oscuro con poco escote, mangas largas y falda holgada no atrajera ninguna atención no deseada. La lista de invitados era bastante pequeña, y no creía que nadie se fuera a dar cuenta de que era la hija de la señora Danforth.

Las gafas de cristal transparente que había encargado especialmente para la ocasión modificaban un poco su imagen.

Lottie deslizó un alfiler con perlas en su sombrero de paja de ala ancha, con unas hermosas flores azules que combinaban con su vestido, para anclarlo a su cabeza. Miró por la ventana, y dio las gracias de que solo hubiera unas pocas nubes, por lo que no tenía que preocuparse de que la lluvia le estropeara el atuendo.

Satisfecha con su aspecto, salió de la habitación que le habían dado en la mansión de los Mallory, en Grosvenor Square. Llamó suavemente a la puerta de la habitación de Pamela. La abrió y, como siempre, Lottie esbozó una sonrisa al ver el problema de su amiga.

Pamela tenía un terrible tartamudeo que empeoraba cuando estaba nerviosa, como lo estaba ahora, o cuando conocía gente nueva, como estaba a punto de hacer. El vestido de Pamela estaba mal abotonado, y le dejaba el dobladillo en ángulo. Y el moño no le mantenía sus rizos rubios apartados de la cara.

Echó un vistazo a Lottie y se echó a reír.

—Sé que soy un desastre —dijo levantando los brazos para mostrar el desastre.

—Vaya, déjame ayudarte. —Lottie volvió a abrocharle rápidamente el vestido e hizo todo lo posible por alisarle los rizos—. ¿Tienes más horquillas?

Pamela asintió con la cabeza y fue rápidamente hasta su bolso, de donde sacó una cajita que le entregó.

—Aquí.

En cuestión de minutos, Lottie tenía a Pamela perfectamente arreglada. Se cogieron del brazo y se dirigieron al pasillo para ir a la habitación de Addie.

—Oh, estás muy guapa —dijo Lottie efusivamente mientras Pamela y ella irrumpían en la habitación.

—Parezco una novia —dijo Addie sonriendo—. Algo que ninguna de nosotras tenía pensado ser.

Cuando las jóvenes se hicieron amigas, se aseguraron mutuamente que no pretendían buscar un marido. Aunque era algo inusual, estaban felices de poder forjar su propio camino como

mujeres solteras que viven solas y generan sus propios ingresos. Era una situación bastante liberadora.

Pero Lottie no había podido disfrutar de tener pretendientes ni de una "búsqueda de marido". Desde su inesperada llegada a la casa de su madre, y su posterior mudanza rápida a Bath, había acabado con cualquier idea que tuviera su madre para encontrarle marido.

—Sí. Y eso es lo que eres —dijo Lottie en respuesta a la declaración de Addie—. ¿Quién me iba a decir que cuando lord Berkshire entró en tu librería la mañana en que fui a recoger mis libros, acabaría siendo tu marido? —Lottie negó con la cabeza.

—Estoy segura de que cosas más extrañas han ocurrido.

Addie se ajustó la parte superior del velo con una diadema de flores frescas que a su madre le debió haber costado un montón encontrar en esa época del año.

—Adeline, es hora de ir a la iglesia, cariño —dijo la señora Mallory entrando en la habitación. Enseguida observó sus manos mientras se ponía los guantes. Levantó la vista y se detuvo bruscamente. Tenía los ojos llenos de lágrimas y se llevó la mano a la boca—. Oh.

Lottie sintió que sus propios ojos se llenaban de lágrimas al pensar en su propia madre, a quien todavía echaba de menos, aunque lo cierto es que no la había perdonado. La recordaba en pequeñas cosas del día a día. Cada vez que olía a rosas, o a galletas recién horneadas como las que solían comer en la panadería que había junto a la escuela. A pesar de que Lottie había pasado un montón de años en Francia en un internado privado, al menos dos veces al mes su madre hacía unos viajes agotadores para verla. Se alojaban en un buen hotel, iban a restaurantes elegantes y compraban cintas, sombreros, perfumes y joyas. Veían espectáculos, visitaban museos y se reían mucho.

Incapaz de soportar más los abrazos y besos entre Addie y su madre, Lottie se limpió los ojos.

—Basta ya de esto —dijo agitando una mano—. Creo que es hora de irse a la iglesia.

Las cuatro mujeres bajaron las escaleras, donde el padre de Addie, el señor Mallory, y su hermano, Marcus, las esperaban para

acompañarlas a la iglesia.

—¡Qué racimo de bellezas! —Dijo Marcus mientras les hacía una reverencia.

Lottie se quedó paralizada de inmediato al escuchar sus palabras. Una rápida mirada hacia él le aseguró que no la estaba mirando directamente a ella, sino a su hermana. Entonces pudo dejar escapar el aliento que había estado conteniendo. Se había puesto nerviosa cuando les presentaron al joven Mallory a Pamela y a ella, pero para su alivio, no pareció reconocerla.

No iba a poder relajarse hasta que terminara la boda, y Pamela y ella estuvieran en el tren de regreso a Bath.

Todos se dirigieron en tropel a los dos carruajes que los llevarían a la iglesia. Lord Berkshire les había prestado uno de sus carruajes para que todos pudieran llegar al mismo tiempo a la catedral de San Pablo, donde se celebraría la boda.

El tiempo pasó rápido y la ceremonia fue maravillosa. Lottie hizo un gran esfuerzo por no desear nada que nunca iba a poder tener. Estaba realmente feliz por su amiga, aunque estaba un poco nerviosa porque iba a ocuparse de su librería mientras hacía su viaje de bodas y resolvía un problema legal relacionado con su nuevo hijastro.

Lottie y Pamela se turnaban para atender la librería de Addie, mientras ella estaba en Londres con lord Berkshire. Lottie se había hecho cargo de varios turnos, además de su trabajo habitual: enseñar a niñas de la alta sociedad las sutilezas indispensables para convertirse en una dama elegante. Intentaba no reírse cada vez que pensaba en el concepto de ser una dama, y en lo rápido que los padres de sus alumnas sacarían a sus hijas de sus clases si llegaban a saber quién era su madre. Rápidamente harían todo lo posible por alejarlas de ella.

Pero los años de formación de Lottie en la exclusiva escuela a la que asistió en Francia le dieron los conocimientos y la confianza para tutelar a damas jóvenes y enseñarles danza, modales, acuarela, conversación educada, bordado y todas las demás disciplinas que

sus padres querían que aprendieran antes de ser lanzadas a la sociedad.

A los asistentes a la ceremonia de la boda en la iglesia se les unieron unos cincuenta invitados más para el banquete de bodas en la casa del señor y la señora Mallory. Lottie estaba sentada entre el anciano tío de lord Berkshire, el señor Filbert, y el hombre que había actuado como testigo de lord Berkshire, su amigo y socio, el señor Carter Westbrooke.

El señor Filbert era un poco sordo, pero encantador, y hacía todo lo posible por mantener una conversación a pesar de que sospechaba que no oía casi nada de lo que le decía. En el otro lado, el señor Westbrooke la ponía extremadamente nerviosa.

Era joven, no sordo, e indudablemente encantador. Y bastante guapo. Su cabello negro y ondulado como la noche caía en rizos sueltos alrededor de su cabeza. A pesar de lo sorprendente que era su cabello, sus ojos azules tenían un tono intenso que nunca había visto antes.

El señor Westbrooke era el tipo de hombre que entregaba toda su atención a la persona con la que estaba hablando, haciéndola sentir como si fuera la persona más importante de la sala. Sus ojos se clavaban en ella cuando la miraba, a pesar de que sentía como si la estuviera observando demasiado.

Vestía a la moda con pantalones de color gris carbón, chaleco plateado y azul con una camisa blanca impecable, corbata negra y chaqueta de lana fina también negra.

—De modo que, señorita Danvers, lady Berkshire me ha contado que usted ha sido amiga suya desde que se mudó a Bath.

—Sí.

Cogió su tenedor y siguió comiendo mirando el plato. Si alguna de sus alumnas la viera, se horrorizaría. Había impartido varias clases sobre conversación educada en bailes, cenas y otros eventos sociales. Pero la profesora ahora estaba rompiendo todas las reglas que les había enseñado.

—¿Vive usted con su familia en Bath?

El señor Westbrooke bebió un sorbo de vino y siguió mirando en su dirección.

Sé educada. Es la boda de tu mejor amiga.

—No.

Estaba deseando que el maldito banquete de bodas terminara de una vez. Hasta ahora nadie se había acercado a ella para comprobar si era la hija de la señora Danforth. De hecho, nadie le había dedicado ninguna mirada en especial. Excepto el señor Westbrooke.

Pero, al parecer, el hombre en cuestión no se dejó intimidar por su respuesta abrupta y descortés. Y continuó:

—No recuerdo haberla visto por la ciudad.

Ella inspiró hondo horrorizada.

—¿Vive usted en Bath, señor Westbrooke?

Por favor, que diga que no.

—Pues sí. Tengo un bufete de abogados en Bath, donde también dirijo diversos negocios. Lord Berkshire y yo somos amigos desde hace mucho tiempo. Asistimos juntos a Harrow.

—Qué interesante.

Bomba.

Evitar a los hombres había sido su estrategia desde el momento en que huyó de Londres y estableció su hogar en Bath. No quería tener nada que ver con alguien que pudiera haber pasado por la cama de su madre. Solo pensarlo hacía que se le retorciera el estómago. Como no tenía forma de saber quiénes habían sido sus clientes a lo largo de los años, lo mejor era evitar a todos los hombres.

—Lady Berkshire también me ha dicho que usted y lady Pamela han estado al frente de su librería desde que ella está en Londres. Han sido muy generosas con ella.

Al parecer, Addie había hablado bastante sobre Pamela y ella con este hombre:

—Haría cualquier cosa por Addie. —Enseguida vaciló— Perdón, me refiero a lady Berkshire.

El señor Westbrooke se echó a reír y bebió otro sorbo de vino. En ese momento Lottie pensó que se debían prohibir ese tipo de sonrisas.

—No hace falta que se disculpe. Estoy seguro de que a nadie le sorprendería que se refiera a su amiga íntima por su nombre de pila.

—Sin embargo, va contra las reglas de los buenos modales y no es lo correcto.

El señor Carter se acercó un poco, y ella retrocedió.

—¿Siempre hace usted lo correcto, señorita Danvers?

No quería recibir la atención de ese hombre. Ni tampoco la de ningún otro. Siempre iban detrás de algo. Justo lo que había destruido la vida de su madre y, en consecuencia, también la suya.

—Por favor, discúlpeme.

Lottie se levantó bruscamente, y golpeó con su copa de vino la pierna del hombre. Observó su expresión de sorpresa, se dio la vuelta y salió de la habitación.

Carter saltó hacia atrás cuando la copa de vino de la señorita Danvers golpeó en su muslo, cayó al suelo y aterrizó a sus pies. El líquido, afortunadamente vino blanco, también salpicó un poco su chaleco, pero no lo manchó demasiado, lo que agradeció, ya se encontraba lejos de una muda de ropa. Por suerte, la señorita Danvers ya había consumido la mayor parte de su vino. Levantó una mano y un sirviente le pasó una servilleta.

—Ay, señor Westbrooke, ¿qué ha pasado?

Su anfitriona, la reciente lady Berkshire, lo miró con preocupación.

—Nada por lo que preocuparse, mi lady. La señorita Danvers simplemente tuvo un percance con su copa de vino.

Pasó una servilleta por la mancha húmeda con la esperanza de que se secara antes de que terminara la comida.

Lady Berkshire se levantó, pero su marido le puso una mano sobre la suya.

—Creo que la señorita Danvers está bien.

Miró a Carter haciendo un leve movimiento de cabeza para indicarle que había presenciado el percance.

Mientras todos reanudaban su comida, Carter pensó en lo que le acababa de ocurrir. La señorita Danvers parecía aterrorizada y

repugnada cuando se levantó de su asiento y se marchó a toda prisa. Sintió la necesidad de seguirla para decirle que lo que hubiera dicho que había provocado que se marchara de esa manera era una broma, y que no tenía ninguna intención ni de molestarla, ni de seducirla.

A decir verdad, esa última parte no era del todo exacta. Incluso con sus gafas, la señorita Danvers le había parecido una mujer tremendamente hermosa. Y había estado, bailado, conversado y dormido con suficientes mujeres como para hacer una afirmación de ese calibre. Era absurdo que no le atrajera la idea de poder acostarse con ella.

Estaba fascinado. La había estado observando desde que le llamó la atención cuando entraba en la iglesia con lady Pamela y la familia Mallory. Se veía asustadiza y nerviosa con lo que ocurría a su alrededor, pero parecía bastante relajada cuando conversaba con lady Pamela y lady Berkshire. En la fila de la recepción que se celebraba en la casa, la vio charlando con sus amigas, lo que le dio la oportunidad de estudiarla más a fondo.

Para ser una mujer tan bella, no parecía en absoluto vanidosa o egocéntrica, algo que había visto en casi todas las mujeres que poseían una belleza por encima de la media. De hecho, el vestido que se había puesto para la ocasión casi restaba importancia a su extraña belleza.

Era muy raro.

Carter entonces echó un vistazo al plato de la señorita Danvers, que todavía tenía bastante comida. No quería pensar que había hecho que se perdiera el banquete. Reflexionó un momento y sin importarle estar con los pantalones mojados, empujó la silla hacia atrás y se puso de pie.

—Por favor, discúlpeme un momento —le dijo a la señora que tenía a su lado.

Tal vez lo que estaba haciendo era una tontería, pero era algo que sentía que tenía que hacer. Una rápida búsqueda por la casa lo llevó al salón donde estaba la señorita Danvers, que miraba por la ventana con una expresión muy tranquila. Completamente diferente a cómo estaba cuando se marchó a toda prisa.

Para no asustarla, Carter se aclaró la garganta. Cuando ella se volvió, le dijo:

—Espero que lo que fuera que haya dicho no haya sido la causa de que se marchara de la fiesta de boda de su amiga.

Como ya no parecía tan nerviosa, se animó a entrar lentamente en la habitación.

—Le pido disculpas si lo asusté o molesté de alguna manera. La verdad es que esa no era mi intención.

Estaba hipnotizado por sus profundos ojos marrones y su delicado comportamiento. Quería rodearla con sus brazos y asegurarle que nunca permitiría que le sucediera nada malo.

Ella le dedicó una pequeña sonrisa.

—También le pido disculpas por derramarle el vino. Fue un accidente.

Carter sonrió, complacido de ver que no se movía hacia atrás mientras se acercaba a ella.

—Es cierto. No veo ninguna razón por la que deliberadamente quisiera derramar su vino sobre alguien que acaba de conocer, a menos que le hubiera hecho algo realmente ofensivo.

—No. Ese no era el caso.

Lottie se volvió para mirar por la ventana de nuevo.

—Dejó bastante comida en el plato. Si no regresa, me sentiré culpable todo el día por no haberla dejado disfrutar de la comida.

Eso le provocó una risa muy divertida. Su sonido fluyó por él como si fuera agua tibia: reconfortante y tentadora a la vez. Enseguida respondió:

—No creo que saltarme una comida haga que me marchite.

Carter le tendió la mano.

—Por favor. Me sentiré mucho mejor si vuelve a la fiesta. Creo que Berkshire y su esposa ya van a cortar la deliciosa tarta de bodas, y no quiero perderme lo dulce.

Ella ignoró su mano y se movió alrededor de él para apartarse.

—En ese caso, debo regresar. —Lo miró por encima del hombro y sonrió, dejándolo con la boca abierta—. Verá, a mí también me encanta el dulce.

Carter la siguió como un cachorro que va jadeando detrás de su dueña. Nunca en su vida había reaccionado de esta manera ante una mujer. Sabía que en el fondo no era solo por su belleza, sino también por su vulnerabilidad y la sensación de tristeza que la rodeaba. Parecía haber sido profundamente herida, y si hubiera sido otro caballero el que le generó tanto dolor, lo pensaba buscar para darle una lección de comportamiento con las mujeres.

Especialmente con esa mujer.

—¿Está todo bien, Lottie?

Lady Berkshire los observó cuando llegaron juntos. Con suerte, el hecho de que la señorita Danvers hubiera estado con él a solas durante unos minutos no les causaría ningún problema. Lo último que quería era poner en peligro su reputación.

Carter retiró la silla de la señorita Danvers. Echó un vistazo a su plato con la comida ya fría e hizo señas a un sirviente.

—Por favor, tráigale la comida caliente a la señorita Danvers.

El hombre apartó el plato, hizo una reverencia y se marchó.

La señorita Danvers negó con la cabeza.

—No era necesario. Ya había comido suficiente.

—No. No creo, y no quiero ser culpable de que se desmaye por falta de alimento.

Ella levantó su adorable nariz.

—Nunca me desmayo.

—¿Nunca? —Preguntó levantando las cejas.

—Nunca. Una señorita decente mantiene el control de sí misma en todo momento.

Los ojos de Carter se abrieron de par en par.

—Suena como si fuera profesora o tal vez institutriz. ¿Lo he adivinado?

—Es usted muy listo, señor Westbrooke. De hecho, trabajo formando a un grupo de señoritas que pronto harán su debut en la sociedad.

Otro sirviente apareció con una copa nueva para la señorita Danvers, y enseguida procedió a servirles vino a los dos. Carter alzó su copa.

—Brindemos por el vino que acaba en el estómago, y no en la ropa.

La señorita Danvers volvió a sonreír y levantó su copa.

—Brindemos por las mujeres que accidentalmente vuelcan su vino sobre caballeros que no toman represalias. —Después de tomar un sorbo de vino, dijo—: ¿No tendrá la intención de vengarse, verdad?

Capítulo 2

Lottie no se podía creer que estuviera coqueteando con el señor Westbrooke. Nunca había tenido la ocasión de hacerlo, pero asumió que eso era lo que estaba haciendo. Odiaba tener que reconocer que había algo en aquel hombre que le había encantado. Y la verdad es que hacía que se sintiera muy bien. Se había comportado como una tonta al irse de la mesa y salir corriendo como una potrilla asustada. Había tenido un comportamiento muy infantil, que había sido desastroso para los pantalones del señor Westbrooke.

Cuando finalmente se calmó, se dio cuenta de que si Westbrooke hubiera sabido quién era su madre, se lo habría dicho de inmediato. No era el tipo de cosas que un hombre se guardara para sí mismo si esperaba llevarse a su cama a la hija de una cortesana.

Tenía la sensación de que el señor Westbrooke era una persona honorable. Era un completo caballero, ya fuera por nacimiento o por su manera de desenvolverse, daba lo mismo. Ella se había comportado como una dama toda su vida, pero lo cierto es que no lo era de nacimiento.

Nada más lejos de la realidad, como había llegado a saber.

—Gracias —dijo Lottie al sirviente que colocó un plato de comida frente a ella. Realmente ya no tenía hambre: lo poco que había comido había satisfecho su apetito. Pero teniendo en cuenta el problema por el que había pasado el señor Westbrooke, y la culpa que sentía por haber hecho que se hubiera marchado de la comida, cogió su tenedor y lo intentó.

—Creo que estoy fascinado con su trabajo.

Su sonrisa fácil le hizo sentir cosas desconocidas en su interior. Cosas bonitas y desconocidas. Olía a un aroma a especias que agradaba a sus sentidos, y sus ojos la mantenían cautiva. Pero ese hombre le podría traerle bastantes problemas. Aunque, con suerte, solo iba a estar con él durante el banquete.

—¿Pertenece a una familia adinerada?

Esa pregunta la tomó por sorpresa, y le demostró que no la conocía. Tal vez conociera a su madre, pero no había hecho la conexión, lo cual era una posibilidad ya que se parecía mucho a ella. Respiró aliviada.

—No —respondió riendo—. En absoluto, pero me eduqué en un internado privado para señoritas en Francia.

—Señorita Danvers, cada minuto me parece usted más interesante. —Dijo mirándola por encima del borde de su vaso.

Lottie negó con la cabeza y colocó el tenedor y el cuchillo en el plato para indicar que había terminado. Realmente necesitaba dejar algo de espacio para la tarta, que tenía un aspecto delicioso.

—No soy nada interesante, señor Westbrooke.

—No estoy de acuerdo. Creo que es extremadamente interesante.

En ese momento, lord Berkshire se levantó y se dirigió al grupo.

—Amigos míos, mi maravillosa esposa me dice que ha llegado el momento de cortar la tarta de bodas.

A su anuncio le siguieron aplausos. Obviamente, Lottie y el señor Westbrooke no eran los únicos interesados en la tarta.

—Aquí, aquí —gritó el señor Westbrooke, levantando su copa de vino.

—Para ti solo un trozo, Carter —respondió lord Berkshire. Se volvió hacia Addie y le dijo en voz baja—: Se la comería entera si lo dejamos.

Addie y lord Berkshire cortaron cada uno un pequeño trozo, luego llevaron la tarta a la cocina, donde la dividirían en porciones para todos los invitados. La atención del señor Westbrooke fue captada por lady Pemberton, la mujer que tenía enfrente y era amiga de la señora Mallory, lo que hizo que Lottie intentara una vez más conversar con el señor Filbert.

Había observado que Addie y su nuevo hijastro, que estaban sentados al otro lado de su padre, se comunicaban moviendo las manos, lo que le pareció fascinante. Addie les había explicado a ella y a Pamela que existía un método llamado lengua de señas, que lord Berkshire había aprendido para ayudar a su hijo. Se preguntaba cómo sería para una joven que estuviera a punto de debutar si fuera

sorda. Pensó que sería muy bueno que en Bath hubiera una escuela para enseñar la lengua de señas a los sordos, ya fuera de nacimiento o más adelante.

La tarta se sirvió con tazas de té humeantes. Cuando el banquete terminó, Lottie sintió la necesidad de dar un paseo, y movió la silla hacia atrás.

—Por favor, discúlpenme —murmuró dirigiéndose al señor Filbert y al señor Westbrooke.

El señor Westbrooke se puso de pie de inmediato.

—¿Se va hoy a Bath, señorita Danvers?

—No. Lady Pamela y yo nos quedaremos un día más, y mañana tomaremos el tren de regreso a Bath.

—¡Excelente!

Ella lo miró con recelo.

Westbrooke la tomó del brazo y e hizo que avanzara.

—Lo digo porque esta noche me quedaré en casa de lord Berkshire y regresaré a Bath en tren por la mañana.

Ya no podía decirse a sí misma que el hombre no tenía ningún interés por ella. Si bien no era algo que pensara fomentar, era muy agradable recibir la atención de un caballero durante un rato. Especialmente de un hombre tan encantador y guapo como el señor Westbrooke.

Entonces le confirmó su interés.

—¿Le apetecería dar un paseo antes de retirarse a su dormitorio? Creo que para digerir tanta comida lo mejor es dar un paseo.

Dudó un instante, pero enseguida decidió que por una vez podía permitirse disfrutar de la vida un poco, en lugar de esconderse constantemente de todo.

—Gracias, señor Westbrooke. Creo que me gustaría mucho dar un paseo.

Lo tomó del brazo y salieron a dar un paseo por los alrededores de la casa de Mallory. El aire estaba fresco y limpio, lo que le levantaba el ánimo considerablemente.

—¿Asiste usted a las fiestas de Bath, señorita Danvers?

—No. —Dijo negando con la cabeza—. Parece que nunca tengo tiempo.

No quiso añadir que era indecoroso que una mujer joven asistiera a las fiestas sin ir acompañada. Pero temía la respuesta de Westbrooke.

Cuando llegó por primera vez a Bath, tuvo la horrible sensación de que todo el mundo que la miraba, especialmente los hombres, veía a su madre. Después de unos meses de estar prácticamente escondida, poco a poco se fue abriendo a una vida un poco normal con sus amigas y sus alumnas. Y la estaba disfrutado un montón.

—Ah, ¿así que también da clases a sus jóvenes pupilas los sábados por la noche?

Su sonrisa le indicó que no se había creído ni por un minuto que no tuviera tiempo para asistir a los bailes.

—¡Señor Westbrooke! —Se llevó la mano al pecho—. ¿Me ha llamado mentirosa? Esperaba que su sonrisa le indicara que estaba, se atrevía a decirlo, coqueteando con él de nuevo. La verdad es que se estaba sintiendo muy bien.

Carter le hizo una reverencia.

—Nunca lo haría, señorita Danvers. Digamos que estoy cuestionando su memoria. ¿Le sirve?

Por mucho que se estuviera divirtiendo, sabía que una vez que regresara a Bath, reanudaría la vida que se había labrado. Eso significaba que no pensaba asistir a eventos públicos. El señor Westbrooke era muy amable, y disfrutaba bastante de su compañía, pero no iba a surgir nada entre ellos.

Con sus antecedentes, no era exactamente digna de un matrimonio.

Carter volvió a revisar la nota que había recibido de Berkshire confirmando la hora en que lady Pamela y la señorita Danvers tomarían el tren de regreso a Bath. Había disfrutado mucho del paseo con la señorita Danvers después del banquete nupcial, pero cuando le insistió en que él también regresaba a la mañana siguiente, se replegó en sí misma y fue muy evasiva al respecto. Por eso se preguntaba si habría hecho algo mal.

Cogió su maleta y se dirigió a la puerta principal. Berkshire y su novia iban a Brighton Beach a disfrutar de un breve viaje de bodas. Carter les había deseado que tuvieran buen viaje antes de retirarse por la noche. Después había pasado las siguientes horas dando vueltas y vueltas pensando en esa hermosa mujer de ojos profundamente marrones y comportamiento triste.

Era un día nublado, y hacía el típico clima frío de Londres en noviembre. Se encogió de hombros y bajó las escaleras hasta el carruaje que lo esperaba. El tráfico, como siempre, era pesado, pero llegó a la estación de Paddington con tiempo suficiente para tomar el tren a Bath. Al ser media mañana, el flujo de pasajeros no era tan intenso como al principio o al final del día.

Sin embargo, había suficiente gente como para que le fuera difícil encontrar a la señorita Danvers y a lady Pamela. Pero tras darse una vuelta, finalmente, justo cuando el tren se detenía en la estación, vio a las dos mujeres.

Se quedó atrás a propósito y las observó mientras supervisaban la carga de su equipaje, y después subían al tren. Él rápidamente entregó su maleta a un porteador y las siguió.

Tuvo suerte de que se sentaran en un asiento doble, y alcanzó a apoderase del que había enfrente antes de que pudiera sentarse nadie más.

—Buenos días, señoritas.

Se quitó el sombrero y lo colocó en el asiento que tenía junto a él para disuadir a cualquier posible compañero de asiento. Desde luego, no quería que ningún otro hombre estuviera mirando a la señorita Danvers durante todo el viaje.

—Buenos días, señor Westbrooke —dijo lady Pamela, con el rostro iluminado de alegría.

Se volvió hacia la señorita Danvers.

—¿Cómo se encuentra hoy, señorita Danvers?

—Muy bien. Gracias.

Lottie se dio la vuelta para mirar por la ventana, pero antes hacerlo, Carter alcanzó a divisar una pequeña sonrisa en su rostro.

Parecía que había vuelto a las respuestas de una sola palabra. Bueno, tendría unas horas por delante para conseguir hacer su

magia con esa dama. Nunca había tenido problemas para cortejar a una mujer que le interesaba. Pero, la mayor parte de sus esfuerzos los invertía en seducirlas. Sin embargo, esta vez se enfrentaba a una joven encantadora y virtuosa. El juego era el mismo, pero el resultado diferente.

Aunque no estaba seguro de qué era lo que esperaba, se podía hacer idea de la dirección que estaba tomando con la señorita Danvers.

Dos días después de regresar de la boda de Addie, Lottie se encontraba en la parte trasera de *Once Upon a Book* revisando el libro de contabilidad. Al parecer, la "ceguera a las palabras" que sufría Addie también se trasladaba a las matemáticas. Había varios números escritos al revés, que Lottie enseguida corrigió.

Le gustaba mucho ayudar en la librería. Al principio, le ponía nerviosa pensar que algún hombre que entrara la pudiera reconocer, pero finalmente se calmó y consiguió disfrutar del trabajo.

De hecho, después de un año en Bath, recién comenzaba a sentirse segura. El viaje a Londres no había terminado en la catástrofe que había temido. Pero tuvo que estar todo el tiempo luchando contra las ganas que tenía de visitar a su madre. Tuvo que recordar cómo la había estado engañando toda su vida para que el sentimiento se desvaneciera.

Sonrió al recordar el viaje de vuelta a Bath en tren. El señor Westbrooke era tan encantador que Pamela casi no había tartamudeado, lo que no ocurría muy a menudo.

Había bromeado con ella, y la había engatusado y halagado, hasta que Lottie cedió y se permitió disfrutar de su compañía. Después les contó historias interesantes de sus viajes cuando era un joven recién salido de la universidad. Había estado pendiente de cada una de sus palabras, que la hacían ver lugares exóticos a través de sus ojos. Aparte de su estancia en Francia, que había transcurrido tras los altos muros de ladrillo de su escuela, no había estado en ninguna otra parte.

A pesar de que a las dos las había colmado de atenciones, era evidente que su principal interés era ella. Incluso Pamela lo

mencionó cuando se separaron en la estación de tren.

—Parece que tienes un pretendiente, Lottie —le dijo Pamela mientras se acomodaban en el carruaje para volver a sus respectivas casas.

—No. No tengo ningún pretendiente. El señor Westbrooke simplemente ha sido un hombre encantador que nos ha hecho que el largo viaje a Bath fuera más entretenido.

Pamela se echó a reír.

—No lo creo. Fue a-amable con las dos, p-pero a ti te miraba de una manera especial.

Cuando se despidió de ella no pudo mentirse a sí misma. De hecho, el señor Westbrooke le había prestado más atención que a ella, y la forma especial en que Pamela decía que la observaba le hizo sentir un cosquilleo por dentro.

Cerró tanto el libro de contabilidad como los pensamientos que perturbaban su mente. Se puso de pie, se estiró y miró alrededor de la librería. Le encantaban los libros tanto como a Addie. Cuando todo estaba tranquilo, se permitía vagar por las estanterías y elegía un libro que le interesaba leer. Había estado lloviendo a cántaros desde que había abierto la librería, así que lo más probable era que fuera un día muy tranquilo.

Estaba tan cautivada leyendo *Las aventuras de Huckleberry Finn* de Mark Twain, que dio un salto cuando se abrió la puerta principal y sonó la campanilla que colgaba sobre la puerta. Levantó la vista y vio que el señor Westbrooke se dirigía hacia ella.

—Buenos días, señorita Danvers.

Lottie cerró el libro de golpe y se puso en pie.

—Buenos días para usted también, señor Westbrooke. ¿Qué es lo que le ha hecho salir con este tiempo tan terrible?

Carter metió su paraguas mojado en el paragüero que había junto a la puerta.

—Tenía la necesidad de comprar un libro.

El brillo de sus ojos le hizo ver que esa no era la verdad, pero prefirió ignorarlo. También intentó valientemente ignorar su corazón acelerado, el hormigueo de su estómago y que su boca repentinamente estaba seca.

—Bueno, ya que tiene tanta necesidad de encontrar un libro nuevo, aquí tenemos muchos. —Hizo un gesto con el brazo y se golpeó una mano contra uno de los estantes—. ¡Ay!

—¿Está bien? —Preguntó Carter que corrió a su lado.

Por el amor al Cielo, con este hombre se comportaba como una torpe. Además del vino que le había derramado en el banquete de la boda, también se había chocado contra algo durante su paseo, y después se había tropezado terminando en sus brazos al descender del tren cuando regresaron de Londres. Se enfadó bastante consigo misma por lo mucho que había disfrutado de sentir sus brazos fuertes, y del intenso olor a naturaleza que emanaba.

Lottie asintió con la cabeza.

—Sí. Bastante bien. —Se frotó la mano subrepticiamente—. Tómese su tiempo y eche un vistazo a los libros.

Él le hizo una pequeña reverencia.

—Gracias. Lo haré.

Lottie volvió a su libro, pero ya no le llamaba la atención. Estaba demasiado fascinada por el hombre que sacaba libros de las estanterías, hojeaba sus páginas y los devolvía a su sitio, y así una y otra vez. Estaba buscando en la sección de historia de la librería.

¿Por qué no le decía algo? El silencio la estaba matando. No se había creído ni por un minuto que el señor Westbrooke estuviera tan necesitado de encontrar un libro, ya que la mayoría de los caballeros tenían sus propias bibliotecas, y que tuviera que haber salido a buscarlo un día de lluvia torrencial. Y además, que hubiera elegido justamente esa librería entre todas las que había en Bath.

¿Tenía razón Pamela y quería ser su pretendiente? La sacudida emocional que sintió fue rápidamente sofocada por su sentido común, que le decía que probablemente no era así, y que incluso si lo fuera, ella no tenía menor intención de relacionarse con ningún hombre. Después tendría que venir un noviazgo y, finalmente, una propuesta de matrimonio.

Pero desgraciadamente, eso no era algo que pudiera considerar como algo factible para ella.

Volvió a *Las aventuras de Huckleberry Finn.* Con mucha decisión recuperó el libro y leyó unas tres frases antes de volver a mirar al

señor Westbrooke. Se le había rizado el pelo por culpa de la humedad en la parte posterior de la cabeza y le caía por la frente. Sintió el impulso de meter una mano entre sus sedosos mechones negros y empujarlos hacia atrás. El problema era que probablemente se le volverían a caer hacia adelante. ¿Iba estar todo el día echándole el pelo hacia atrás? Soltó una risita.

Carter entonces levantó la vista hacia ella.

Inmediatamente ella volvió a su libro, con el rostro enrojecido.

Pero pudo observar al señor Westbrooke a escondidas, y lo que veía ante ella era impresionante. Tenía el mentón fuerte, los labios carnosos, la nariz aristocrática pues su ascendencia debía de ser noble, y una postura relajada con la rodilla doblada mientras hojeaba las páginas del libro que sostenía en sus manos. Si no hubiera llevado una capa de Inverness, también podría haberse deleitado con sus piernas musculosas, sus hombros anchos y su cintura esbelta.

Nada de lo que no se hubiera percatado en el banquete de bodas.

Volvió a su libro. Leyó un párrafo completo. Volvió a levantar la vista. ¿Por qué no le hablaba?

Pero cuando al fin se volvió hacia ella, rápidamente miró su libro consciente de que se estaba ruborizando. Lo estudió por debajo de las pestañas y vio que le sonreía. Ay, la había pillado observándolo.

Cerró el libro y se puso de pie. De todos modos, no era apropiado estar leyendo si había algún cliente en la librería. Se acercó muy decidida al mostrador y sacó el plumero. Se puso a canturrear y se dirigió a la primera estantería, que desempolvó con entusiasmo, a pesar de que ya había realizado esa tarea poco antes.

—Este me parece un buen libro.

Lottie saltó al oír la voz del señor Westbrooke tan cerca de ella. Respiró hondo y vio que se encontraba a menos de un metro de donde estaba sacando el polvo.

—¿Disculpe?

El hombre le enseñó *El archipiélago en llamas*, de Julio Verne.

—¿Lo ha leído?

Se le trabó la lengua y solo pudo negarlo con la cabeza. ¿Por qué estaba tan cerca que alcanzaba a sentir el olor de su jabón de baño? Era el momento de tomar el control. Después de todo, ella era una empleada. O una sustituta. O una amiga de la propietaria. O las tres cosas a la vez.

—No. No he leído ese libro.

Retrocedió para apartarse y se chocó contra la estantería que había detrás de ella. Cuatro libros cayeron al suelo. Cuando se agachó para recogerlos, también lo hizo el señor Westbrooke y se golpearon las cabezas.

—¡Ay! —Se frotó la cabeza y dejó caer el libro que había recogido sintiéndose como una tonta, dijo—: Le pido disculpas, señor Westbrooke. Parece que no es bueno para su salud que esté cerca de mí. Me aterra pensar en el próximo percance que le podría provocar. Su propia vida podría estar en peligro.

Capítulo 3

Si Carter no hubiera estado tan contento de ver el efecto que estaba teniendo en la señorita Danvers, habría sentido lástima por ella. Estaba hecha un lío desde que él había llegado a la librería. Era una buena señal. Prefería eso a la apatía. El viaje en tren había sido muy agradable al haber tenido que mantener entretenidas a las damas. Había llevado una cesta de comida, cortesía de Ross & Hager, un buen restaurante que frecuentaba siempre que estaba en Londres.

Compartieron paté, queso, fruta, galletas saladas, pollo frío y tartas de manzana, además de limonada. Creía que estaba progresando en su cortejo de la señorita Danvers. Sobre todo cuando se tropezó en los escalones al salir del vagón y aterrizó en sus brazos, toda cálida, suave y femenina. La sorpresa que vio en su cara cuando lo miró un instante, enseguida se transformó en algo diferente.

Sin embargo, cuando se separaron en la estación, Lottie le dio las gracias por la comida y rápidamente entrelazó su brazo con el de lady Pamela y prácticamente la arrastró hasta el carruaje que había contratado para las dos damas, sin darle la oportunidad de hablar en privado con ella.

Para no desanimarse, ese día había salido de su casa bajo una lluvia torrencial porque tenía la necesidad de volver a verla. El día anterior había estado ocupado con asuntos que tenía que atender suyos y de Berkshire, mientras su socio estaba en su viaje de bodas.

—¿Hay algo más en lo que pueda ayudarlo, señor Westbrooke? —dijo la señorita Danvers.

Ah, si supiera leer la mente, señorita Danvers. Sabría exactamente cómo podría ayudarme.

Carter entonces le ofreció una de sus mejores sonrisas. La que siempre usaba para que las damas aceptaran cualquier cosa que les propusiera.

—¿Me podrías llamar Carter? Siento que ya somos lo suficientemente amigos como para tener más confianza entre

nosotros.

Pero en cuanto lo dijo, la señorita Danvers negó con la cabeza.

—No. No creo que eso sea apropiado. Acabamos de conocernos.

—Ya veo —dijo, tocándose la barbilla con el dedo índice y el pulgar—. ¿Cuánto tiempo tenemos que estar conociéndonos para que eso ocurra? ¿O depende más bien de cuántas veces hayamos estado juntos? ¿O tal vez de si estamos rodeados de gente o solos?

Lottie se estaba riendo cuando se abrió la puerta de la librería y sonó la campanilla, que anunciaba la presencia de alguien que les iba a interrumpir la conversación.

Le sorprendió el gran suspiro de alivio que soltó la señorita Danvers cuando dijo:

—Disculpe.

Lo rodeó y corrió hacia la joven acompañada de un niño pequeño aferrado a sus faldas. ¿Qué madre saca a su hijo pequeño con tanta lluvia? Sobre todo justo cuando estaba haciendo un avance con la señorita Danvers, se quejó Carter.

Volvió a mirar por las estanterías. Tenía muchas ganas de comprar un libro, ya que pasaba la mayor parte de su tiempo libre leyendo. Una noche perfecta para él era tener un pequeño vaso de brandy u oporto en la mano, sentado frente a su chimenea leyendo un buen libro. A menudo imaginaba lo que sería tener a una esposa sentada a su lado, bordando, o también leyendo. Más tarde por la noche, se tomarían de la mano y subirían las escaleras juntos para ir hasta su cama donde harían el amor.

Siempre había tenido la intención de casarse, pero a sus treinta años no había conocido a nadie con quien sintiera que pudiera compartir el resto de su vida. En ocasiones asistía a los bailes elegantes de la Asamblea de Bath, y conocía a muchas de las mujeres solteras de la ciudad. Al menos las que estaban a la caza de marido.

A pesar de la insistencia de su madre, se negaba a entrar en las luchas que se producían en las fiestas de solteras de Londres. Las madres allí eran verdaderamente aterradoras. A su hermano Charles lo había atrapado una joven a la que había comprometido

accidentalmente. Pero por suerte, lady Hastings resultó no ser una mala esposa.

Puesto que nunca había visto a la señorita Danvers, ni en los actos de la sociedad londinense ni en los bailes elegantes de la Asamblea de Bath, y no la había divisado en ningún otro acto social en el último año que había vivido en la ciudad, supuso que no estaba interesada en encontrar marido. Pero era bastante absurdo pensar que una belleza como ella no tuviera montones de hombres dispuestos a proponerle matrimonio.

Devolvió el libro que había estado hojeando y observó a la señorita Danvers, que estaba agachada hablando con la niña.

Tenía una forma de hablar que lo hipnotizaba. Movía mucho las manos y hacía gestos cuando hablaba, aunque seguro que en el internado al que había asistido lo habrían visto con muy malos ojos. Lo que le desconcertaba era por qué una mujer tan hermosa como la señorita Danvers, con su personalidad tan encantadora y amable, *no* buscara marido.

No le cabía la menor duda de que había sido educada como una dama, y que sus padres desearían que encontrase una buena pareja. Quería saber por qué no quería tener un marido. Estaba casi seguro de que debía de tener el corazón roto.

Se las arregló para mantenerse ocupado mientras la señorita Danvers atendía a su cliente. Después de una larga conversación y la compra de dos libros infantiles, la mujer y su hija salieron de la librería.

—Señorita Danvers, ¿puedo invitarla a comer conmigo? —Miró por la ventana, algo que ya había hecho antes de hacer su pregunta —. Parece que ha dejado de llover. Si me hace el honor de aceptar la invitación, puedo llevarla en mi carruaje al restaurante que le apetezca.

Ella vaciló apretando los dientes contra su hermoso labio inferior. Carter quería cubrir esos labios con los suyos y pasar la lengua por ellos hasta que los abriera para permitirle saborearla. Deseaba sentir el terciopelo de su boca y la suavidad de su lengua.

—Estoy seguro de que lady Berkshire no querrá que se salte la comida por estar en su librería.

La señorita Danvers negó con la cabeza.

—No. De hecho, cuando lady Berkshire está en la ciudad, nos reunimos con lady Pamela cada día en la librería para comer tarde, o supongo que se le podría llamar la hora del té. Pero lady Pamela no puede venir hoy porque tiene una nueva alumna y necesita más tiempo para evaluar sus capacidades musicales.

Lady Pamela le había mencionado en el viaje de regreso desde Londres que enseñaba piano, violín y canto a jóvenes. Le asombraba que alguien con su tartamudez pudiera enseñar a usar la voz. Pero la señorita Danvers le había asegurado que lady Pamela cantaba como un ángel.

—Entonces está libre para salir a comer.

No quería hacerle una pregunta que le diera la oportunidad de encontrar alguna excusa.

La indecisión que mostraba en su rostro era casi cómica. Era como si le estuviera pidiendo que huyera a Gretna Green con él.

—No es más que una comida, señorita Danvers —dijo en voz baja.

Ella se echó a reír.

—Lo sé. Es que estaba pensando si era apropiado.

La verdad es que estaba tan preocupada por el decoro, que parecía que hubiera sido criada en un convento, o por un vicario, en lugar de en una elegante escuela para niñas. Necesitaba saber más de su infancia para entender qué la había hecho ser como era.

—Iremos a un restaurante público. En pleno día. No hay nada de qué preocuparse. Le garantizo que soy un completo caballero.

Ella lo estudió durante un minuto y luego dijo en voz baja:

—Sí, creo que lo es.

Era desconcertante que esa simple frase le produjera tal sacudida de felicidad. Aunque, tal vez todavía no estaba tan prendado de la señorita Danvers.

Ella sonrió y él casi se queda sin aliento. Sí, sí que se había enamorado.

—Si está seguro de que no le preocupa arriesgar la vida, teniendo en cuenta mi historial con usted hasta ahora, entonces

acepto. Solo tardaré unos minutos en poner el cartel de cerrado en la puerta y buscar mi abrigo y mi sombrero.

Carter tuvo que evitar ponerse a gritar *¡hurra!* Como él mismo había señalado a la señorita Danvers, no era más que una comida.

Lottie se sentó muy recatada frente a él en su carruaje, con las manos colocadas delicadamente en su regazo. A pesar de que estaba segura de que era un caballero, todavía parecía un poco nerviosa y continuaba lamiéndose los labios mientras miraba por la ventana. Pero cada vez que Carter veía cómo esa dulce lengua rosada recorría sus labios, su miembro viril se iba endureciendo poco a poco. Nunca antes se había sentido atraído por mujeres dulces, recatadas y frágiles, por eso ahora estaba muy desconcertado.

A pesar de que ella era todo dulzura y luminosidad, tenía la sensación de que por dentro era de acero. Irse sola de Londres a Bath, y mantenerse económicamente por sí misma, demostraba una valentía que rara vez se veía en una joven.

—He pedido al conductor que nos lleve al restaurante de Sally Lunn, ya que no tenía ninguna preferencia concreta. Espero contar con su aprobación.

—Me encantan los pastelitos "buns" de Sally Lunn. —Dijo Lottie echándose a reír—. Siempre me rio cada vez que digo eso.

Su alegría era contagiosa.

—Sí. Yo también. Suena muy musical. Y los bollitos son maravillosos.

El carruaje se detuvo frente al restaurante de Sally Lunn en North Parade Passage, frente a The Parade Gardens. Carter salió del vehículo y se volvió para ayudar a bajar a la señorita Danvers. Su gran mano se apoderó de la mano pequeña y delicada de ella. La miró mientras lo hacía, y sus ojos se encontraron. Sus expresivos ojos marrón chocolate y el tacto de su mano le provocaron algo muy extraño en su interior.

Carter nunca había pensado demasiado en el amor a primera vista, y creía que era algo que solo ocurría en las novelas románticas tontas, pero le empezaba a parecer que no solo era algo que podía suceder, sino que le estaba pasando a él.

Era eso, o que le estaba subiendo la fiebre.

Lottie se estremeció al sentir la mano del señor Westbrooke entre las suyas mientras la ayudaba a salir del carruaje. Él parecía tan sorprendido como ella, casi como si algo inusual y extraño hubiera pasado entre ellos. Tenía que dejar de hacer tonterías. Cualquier cosa más allá de una amistad entre ella y el señor Westbrooke estaba condenada desde el comienzo.

Ella era quien era, y él era... un hombre. Había jurado en su viaje lleno de lágrimas desde Londres hacía ya más de un año que los hombres y el matrimonio eran un sueño imposible. Aunque no le gustara, al menos le alegraba tener esa certeza. Hasta...

Pero dejó de flagelarse y centró su atención en el encantador restaurante. Siempre le habían gustado los bollos de Sally Lunn y disfrutaba de la historia que había detrás de uno de los edificios más antiguos de Bath. Según los actuales propietarios de la panadería y el restaurante, el edificio se había levantado en 1482 y la famosa Sally Lunn había comenzado a hornear sus bollos allí en 1680.

Se sentaron en el comedor principal, que era un espacio hermosamente decorado. Las paredes estaban pintadas de color amarillo pálido, que sumado a los amplios ventanales de la fachada del edificio daban mucha luminosidad al lugar. La decoración mantenía la esencia antigua del edificio. Los dibujos y pinturas que había a lo largo de las paredes de la cocina original con Sally Lunn cocinando eran fascinantes.

—Me encanta este salón. Si pudiera, me comería bollos de estos todos los días, pero me temo que en poco tiempo ya no me quedarían bien los vestidos —dijo sonriendo al señor Westbrooke mientras recogía el menú que el camarero había puesto delante de ellos.

—Estoy de acuerdo. También es uno de mis lugares favoritos. Tiene mucha historia.

—Entonces, ¿es usted aficionado a la historia, señor Westbrooke?

Él la estudió por encima del menú.

—Efectivamente. Es mi tema favorito. Siempre destaqué en historia en el colegio.

Lottie lo miró con la boca abierta.

—Qué raro. También era mi asignatura favorita. Todos los años ganaba algún premio en el concurso de ensayos de historia de mi escuela.

—Ah, sí. La escuela privada para niñas en Francia.

Ella sonrió, reconfortada por los recuerdos de su escuela.

—Sí, estaba en un pequeño pueblo a las afueras de París.

—¿París? Supongo que hablas francés con fluidez.

—¡Claro que sí*! Es casi mi lengua materna* —dijo sonriendo.

—Bien joué. —Bajó la cabeza y le devolvió la sonrisa*. —Tu m'as convaincu*.

A Lottie no le gustaba la calidez que transmitía con sus bromas. Pero realmente tenían mucho en común. Sus mejores amigos estaban casados entre ellos, a ambos les encantaba la historia y los dos hablaban fluidamente el francés.

Justo era lo que esperaba encontrarse cuando se fue de Francia para comenzar lo que pensó que sería una nueva vida maravillosa junto a su madre.

Estudiaron el menú e hicieron su pedido. Como los preliminares ya no venían a cuento, Lottie se sintió un poco más relajada. El señor Westbrooke poseía la habilidad y el encanto para hacerla sentir cómoda. Tal vez podrían tener una especie de amistad después de todo, ya que no era posible que hubiera nada más.

—¿Qué le hizo mudarse de Londres a Bath? —Westbrooke rompió el silencio con una pregunta incómoda.

No le gustaba la idea de tener que mentirle, pero desde luego no le iba a contar la verdadera historia.

—Cuando regresé a Londres desde Francia, me di cuenta de que no me sentía cómoda allí. —Se encogió de hombros—. Un lugar demasiado ruidoso, sucio y maloliente.

Carter asintió.

—Otra cosa en la que estamos de acuerdo. Solo voy a Londres cuando es absolutamente necesario. Un par de veces al año mi madre reúne a la familia se durante las vacaciones y, por supuesto, por su cumpleaños. —La observó durante un minuto—. ¿Echa de menos a su familia?

—Solo tengo a mi madre.

Se esforzó por pensar en algo más que decir. Cuando conoció a Addie y a Pamela, aceptaron la historia de que ella y su madre habían roto su relación, y que se había marchado de Londres. En esos momentos se sentía demasiado avergonzada por sus orígenes y no les había contado más. Desde entonces aceptaron su amistad sin más preguntas.

—Lo siento —dijo Westbrooke—. ¿Cuándo perdió a su padre?

Nunca lo perdí. Probablemente fue alguien que pasó por ahí una noche.

—Nunca lo conocí. —Bueno, eso era verdad, pero antes de que él pudiera continuar con las preguntas, preguntó—: ¿Y su familia? ¿Tiene hermanos?

El camarero colocó un plato de pastel de cordero frente a cada uno de ellos, y una fuente de anguilas en gelatina y arenques en el centro de la mesa. Lottie frunció la nariz.

—¿No le gustan las anguilas?

Lottie negó con la cabeza.

—No. No me gustan las anguilas en gelatina. Ni los arenques, tampoco.

El señor Westbrooke sacudió la servilleta y la colocó sobre su regazo. Tomó su tenedor y dijo:

—Respondiendo a su pregunta, tengo dos hermanos, ninguna hermana.

Ella siempre quiso tener una hermana, o incluso un hermano. Alguien con quien compartir la infancia y que siempre estaría en su vida.

—Me da envidia. Me hubiera encantado tener un hermano.

Carter se echó a reír.

—Hubo momentos en los que los hubiera metido en una maleta para enviarlos a Francia.

—¿Es usted el mayor?

El pastel de cordero estaba delicioso y estaba sintiendo un gran placer.

Carter negó con la cabeza.

—No. Mi hermano, Charles, vizconde de Hastings, es el mayor. Luego viene mi hermano, Peter, y al final voy yo.

Continuó comiendo sin darse cuenta de que Lottie acababa de quedarse sin aire y que había puesto su mundo completamente patas arriba.

—¿Su hermano es vizconde? —Preguntó con el tenedor a medio camino entre el plato y la boca.

Carter sacudió la cabeza.

—De alguna manera. Es un título de cortesía de mi padre, el conde de Huntingdon.

Lottie bajó el tenedor y luchó contra las náuseas que le subían al estómago.

—¿Su padre es conde?

—Sí. Pero yo soy el humilde señor Westbrooke. —Movió la cabeza y sonrió—. Gracias al Cielo. No querría la responsabilidad y las limitaciones que conllevan un título nobiliario.

Un fuerte zumbido comenzó a resonar en sus oídos y sintió como si su voz viniera de la distancia. Este hombre pertenecía a la *alta sociedad*. Procedía de la nobleza. Su sangre era más azul que la tinta que ella usaba para su correspondencia. Apartó enseguida la comida.

—Señorita Danvers, ¿está bien? Parece que se ha puesto bastante pálida.

Tuvo que emplear toda la formación que había recibido a lo largo de los años sobre las maneras de comportarse educadamente y le ofreció una sonrisa.

—Me encuentro bastante bien. Resulta que no tenía tanta hambre como pensaba.

Él continuaba observándola.

—Tal vez sea por tener delante la anguila y los arenques. Voy a pedirle al camarero que los retire.

Se dio la vuelta e hizo una señal al camarero para que se acercara a su mesa.

—¿Podría retirar la bandeja, por favor?

– Té. —Consiguió decir Lottie—. Me gustaría tomar una taza de té. Ya no voy a comer más.

—Y, por favor, retire el plato de mi acompañante y tráiganos té. —Dijo Westbrooke y se volvió hacia ella una vez que el camarero se

marchó con los platos apilados en sus brazos—. Lamento que haya perdido el apetito. Creo que fueron las anguilas y los arenques los que la mataron.

Le ofreció una pequeña sonrisa, y ella quiso ponerse a llorar.

Era un hombre muy agradable. Muy atento y cariñoso. Alguien con quien hubiera deseado casarse antes de que su vida cambiara para siempre. Aunque no pensaba relacionarse con ningún hombre, tenía la sensación de que si las cosas hubieran sido diferentes, el señor Westbrooke sería alguien a quien habría podido cuidar.

O incluso amar.

No iba a llorar.

Carter continuó con su almuerzo, pero no perdía de vista a la señorita Danvers. Definitivamente, algo la había trastornado. Lo único en lo que podía pensar era que había ocurrido cuando le habló de sus hermanos y su padre. ¿Tendría algún tipo de antipatía hacia la nobleza? ¿Le habría roto el corazón algún miembro de la *alta sociedad*? Eso sin duda explicaría por qué habría dejado Londres para forjar su propio camino.

Cualquiera que fuera la razón, el resto del almuerzo estuvo forzado e incómodo. La señorita Danvers no comió ninguna de las tartas o galletas que acompañaban al té, pero se bebió dos tazas del brebaje. Respondió a todas sus preguntas con monosílabos hasta que comenzó a sentir que la conversación se estaba convirtiendo en una especie de Inquisición.

Pidió la cuenta a regañadientes, la pagó y la ayudó a salir para dirigirse al carruaje. El sol se había asomado a través de las nubes mientras estaban en el restaurante, lo que debería haberlo alegrado ya que amaba la luz, pero seguía con la sensación de que había perdido a la señorita Danvers.

Hablaron muy poco en el camino de regreso a la librería. La ayudó a salir del carruaje y la acompañó hasta la puerta. Sacó un llavero de su retícula y metió una de ellas en la cerradura. Antes de abrir la puerta, se volvió hacia él.

—Gracias por la comida.

—De nada, pero siento que en realidad no disfrutó demasiado. —Puso una mano por debajo de la barbilla de Lottie y le movió la cabeza para poder mirarla a los ojos—. ¿Qué le ocurrió?

Ella se echó hacia atrás y empezó a juguetear con su retícula.

—Nada. Todo estaba bien.

Le ofreció una sonrisa que no se reflejaba en sus ojos. Los tenía tristes.

—Entonces, ¿puedo pedirle que venga conmigo a la fiesta de la Asamblea de este sábado?

Ella giró el pomo de la puerta y entró tan rápido en la librería que casi se cae sobre una pequeña mesa en la que se apoyaba un expositor de libros. Él la agarró como pudo, pero ella se apartó rápidamente.

—Me temo que no podré ir.

Su rostro estaba enrojecido y parecía estar a punto de ponerse a llorar.

Era el momento de retirarse. Lo que fuera que la había molestado continuaba haciéndolo, y él no parecía más que empeorar las cosas.

—Muy bien. Lamento que no pueda asistir.

Como ella no respondió nada, sino que miró hacia otro lado esperando a que él se fuera, le hizo una breve reverencia y dijo:

—Gracias de nuevo por pasar un rato conmigo, señorita Danvers. Que tenga un buen día.

Ella asintió y él salió de la librería.

Carter repasó en su mente todo el tiempo que estuvieron juntos y concluyó que la comida había sido una experiencia completamente surrealista. Por más que recordaba su breve conversación, lo único que destacaba en su mente era el momento en que le contó que su fue padre era un conde, y que su hermano tenía el título de vizconde.

Aunque hubiera tenido una mala experiencia con alguien de la *aristocracia*, su reacción al saber de su familia había sido excesiva. Sin embargo, él no era el tipo de persona que se diera por vencida fácilmente en algo que se había vuelto importante para él, por lo que decidió pensar en que lo que había ocurrido no era algo

definitivo. Cuando quería algo, no se rendía hasta que no le quedaba más remedio que hacerlo.

Era demasiado pronto para saber si la señorita Danvers tendría algún interés en él. Había conocido a suficientes mujeres como para darse cuenta cuándo existía ese interés, y que la señorita Danvers no era inmune a sus encantos. Pensaba que lo mejor era retirarse, darle un poco de tiempo y después volver a librar batalla.

Capítulo 4

A pesar de lo impaciente que estaba, Carter consiguió esperar varios días antes de regresar la librería. Sin embargo, se llevó una gran decepción cuando se encontró que la atendía lady Pamela, y que la señorita Danvers no se veía por ninguna parte.

—Buenas tardes, señor W-w-westbrooke. —Lo saludó lady Pamela cuando entró. Tuvo que hacer un esfuerzo para no mostrarle su decepción, ya que no quería ofenderla.

—Buenas tardes, lady Pamela. Se ve muy bien hoy.

Ella se sonrojó.

—G-gracias.

Echó un vistazo a la librería y luego le preguntó casualmente:

—La última vez que estuve aquí, estaba a cargo la señorita Danvers. ¿Se turnan? Con suerte, no era una pregunta demasiado descarada, pero por la leve sonrisa que ella le ofreció, no creyó haberla engañado.

—Sí, nos turnamos. Ella trabaja m-m-mañana.

Aunque era bastante doloroso escuchar a la pobre chica, Carter le permitió tomarse su tiempo para que dijera lo que quería decir. La tartamudez debía de ser una aflicción muy molesta.

Tratando de disipar la verdadera razón de su visita, asintió.

—Voy a echar un vistazo por aquí.

Buscó durante unos quince minutos dos libros para añadir a su biblioteca, y de pronto, se abrió la puerta y entró la señorita Danvers. Su corazón se aceleró y se regañó a sí mismo por ser tan insensato.

Ella al principio no lo vio, y para que siguiera siendo así, se colocó detrás de una estantería que le bloqueaba la vista. Ella se quitó los guantes y, al ver a lady Pamela, se acercó a ella.

—¿Cómo va el negocio hoy?

—Muy bien. He estado bastante ocupada.

Carter estaba asombrado de la facilidad con la que lady Pamela había respondido a la señorita Danvers. Aparentemente, su

tartamudez era menos frecuente cuando hablaba con una amiga. No estaba demasiado familiarizado con ese padecimiento, pero esa explicación tenía sentido.

Las dos mujeres juntaron sus cabezas y Carter supo exactamente cuándo lady Pamela le dijo que él estaba en la librería pues la señorita Danvers se puso rígida y, por un momento, pensó que iba a huir. Pero antes de que pudiera hacerlo, salió de detrás de la estantería.

—Buenas tardes, señorita Danvers.

—Señor Westbrooke. —Lo saludó con un movimiento de cabeza —. Qué sorpresa. Su sonrisa lo dejó desconcertado. ¿Estaba gratamente sorprendida o molesta?

—Me temo que estamos a punto de cerrar la librería para tomar el té —dijo lady Pamela—. Entonces se dio cuenta de que la librería estaba vacía, excepto por ellos tres —. ¿Le gustaría tomar una taza de té con nosotras?

La señorita Danvers dirigió los ojos a lady Pamela con una expresión que podría haber incendiado la ropa de la pobre mujer. Lo más cortés que podía hacer era negarse, ya que era obvio que la señorita Danvers no quería que estuviera allí, pero tampoco podía dejar pasar esa oportunidad.

En cambio, hizo una reverencia.

—Me encantaría tomar una taza de té con unas damas tan encantadoras. Muchas gracias.

Lottie hubiera deseado zarandear a Pamela. Lo que menos quería hacer era volver a sentarse con el hijo de un conde. Eso es lo que pensaba desde su desafortunada comida, cuando se enteró de que era miembro de la *aristocracia*. Seguramente conocería a su madre. O al menos sabría quién era. Mientras daba vueltas en la cama esa noche, tuvo la horrible idea de que tal vez él incluso se podría haber valido de sus servicios.

Esa consideración la hizo ir al retrete a devolver la poca comida que había ingerido ese día. Luego se tranquilizó con la idea de que, si realmente hubiera conocido tan bien a su madre, habría notado, y muy probablemente comentado, el parecido que tenían entre ellas.

Era mucho más feliz en Bath, ocupándose de sus jóvenes pupilas y de sus dos amigas, antes de que el señor Westbrooke entrara en su vida. ¿Por qué no podía irse y dejarla en paz? Así no tendría que reconocer la ridícula atracción que sentía hacia él.

Cuando se dirigían a la parte trasera de la librería, Lottie empezó a sentir un principio de migraña. Echó un vistazo al señor Westbrooke mientras se acomodaban en las sillas que rodeaban la mesa donde se guardaban los artilugios para tomar el té. La seguía observando de una manera que la ponía nerviosa. Era un hombre maravilloso, y no quería que pensara que no le importaba.

Sí que le importaba. Probablemente mucho más de lo que debiera. Pero no podía cambiar quién era ella, o quién era él. Su familia, sin duda, esperaba que encontrara a una esposa fantástica, y la verdad es que eso no significaba que fuera con la hija de una cortesana. Les parecería un horror.

Pamela se levantó de un salto, sacó otra taza, un platillo y un plato para su invitado, y comenzó a servir el té.

Lottie tenía miedo incluso de levantar la taza, ya que sabía que su mano temblaba como una hoja aferrada a una rama en una tormenta de viento. Si quería superarlo, tenía que recuperar el control sobre sí misma. Era una mujer fuerte, y no era más que una taza de té.

Respiró hondo y miró al señor Westbrooke a los ojos.

—Veo que tiene ahí dos libros, señor Westbrooke. ¿Qué ha encontrado hoy?

Se felicitó a sí misma. A pesar de que le transpiraba el labio superior y la frente, había conseguido hablar como una persona normal.

De hecho, había juntado dos frases y no se había tropezado con las palabras ni su voz había sonado como el chillido de un ratón. Tampoco le había dejado caer una galleta en una pierna, ni le había echado té en la cabeza.

La sonrisa que le dedicó la alarmó. Era evidente que lo había hecho feliz simplemente por hablar con él.

Por favor, no. No, no, no.

Cogió los dos libros y miró las portadas.

—*Planilandia* de Edward Abbot. —Sonrió—. No sé por qué tiene dos nombres iguales. —Volvió a colocar el libro sobre la mesa y leyó el título del otro—. *Un pequeño recorrido por Francia de* Henry James.

—Oh, señor W-Westbrooke, ¿sabía usted que la señorita Danvers fue a una e-escuela en Francia? —Dijo lady Pamela.

—Sí. La señorita Danvers ya me lo contó.

—Qué extraño que haya elegido ese libro —dijo Lottie.

Podría haber sido una coincidencia, pero no creía que fuera así. Era tan extraño como que apareciera en la librería de Lottie dos veces en la última semana.

Tuvo la decencia de sonrojarse.

—La verdad es que siempre he tenido un gran interés por Francia. Y por los libros. —Dijo colocando un libro encima del otro—. Tengo una pregunta para ustedes, señoritas.

La fuerza de la costumbre hizo que Lottie se quedara quieta, casi como esperando un golpe.

—¿Sí, señor W-w-westbrooke?

Pamela se sentó hacia adelante con su bonita cara llena de curiosidad.

—Son unas damas tan encantadoras que me encantaría que me acompañaran a la fiesta de la Asamblea del sábado por la noche.

—Oh, qué bien —dijo Pamela, y se volvió hacia Lottie—. ¿No es maravilloso, Lottie? Siempre hemos querido ir, pero nunca tenemos acompañante.

—Sí. Fantástico.

Lottie miró al señor Westbrooke, que tuvo la temeridad de sonreír.

Lottie estaba en su escritorio en un rincón de su pequeño dormitorio pensando en cualquier excusa que se le ocurriera para añadir a la nota que estaba escribiendo al señor Westbrooke.

¿Qué estaría pensando para aceptar asistir a la fiesta de los sábados con el señor Westbrooke y Pamela? Había evitado deliberadamente todos los eventos sociales desde que había llegado a Bath, excepto alguna salida ocasional al teatro con sus amigas.

Miró la nota y se mordió el labio inferior. A decir verdad, estaba muy cansada de esconderse. Era joven y les gustaban todas las cosas de las que disfrutaría una jovencita. Teatro, museos, bailes, paseos por el parque o cenas en restaurantes de lujo. Tal vez nunca podría tener un pretendiente ya que no era apta para el matrimonio, pero sin duda podría asistir a más eventos que simplemente ir al teatro.

La boda en Londres no había terminado en un desastre, así que tal vez era hora de disfrutar un poco de la vida social. Antes de cambiar de opinión, rompió la nota en pedazos y la tiró a la basura. Después se quitó el polvo de las manos muy decidida y abrió la puerta de su armario para seleccionar un vestido para esa noche.

Eligió uno de satén verde oscuro con ribetes negros que había usado en un baile en Francia. El corpiño era sencillo y tenía una fila de ribetes de encaje negro. La tela iba ceñida a la cintura y al vientre, y se fruncía en la espalda formando un pequeño polisón.

Las zapatillas negras que iban a juego con el encaje del vestido seguían en perfecto estado, lo que le recordó había ido a ese baile en calidad de profesora y acompañante, por lo que no había bailado.

Se las arregló para recoger sus rizos castaños oscuros en un simple moño, aunque dejó que le cayeran algunos mechones por el cuello y a los lados de la cara. En la cabeza se pudo un simpático sombrerito verde a juego con una red negra como decoración.

Muy satisfecha con su aspecto, recogió su capa y esperó en el salón a que llegara el señor Westbrooke.

A los pocos minutos, oyó el sonido de las ruedas del carruaje y después un suave golpe en la puerta de su casa. Abrió la puerta y se le cortó el aliento. Westbrooke estaba muy elegante. ¿Por qué tenía que ser tan encantador y tan guapo?

El hombre le ofreció el brazo.

—¿Está lista, señorita Danvers?

Pensó en regañarlo por la forma en la que había maniobrado para que asistiera a la fiesta pidiéndoselo a Pamela. Pero después decidió pasar por alto su estrategia.

—Sí, señor Westbrooke. Estoy lista.

Lottie tuvo que admitir que estaba disfrutando de la emoción de ir a los salones de la Asamblea de Bath. Nunca había estado antes y quedó impresionada con las hermosas paredes de color azul pálido, los adornos en blanco y los numerosos candelabros que colgaban del techo. El salón era tres o cuatro veces más grande que todo su apartamento.

Entregaron sus abrigos a un hombre que estaba apostado en la puerta, y después, Lottie respiró hondo y tomó el brazo del señor Westbrooke, que le ofreció el otro a Pamela, y los tres entraron en el gran salón de baile.

Era como el país de las hadas de un libro infantil. Todas las mujeres iban vestidas con hermosos vestidos de noche de variados colores. Destellaban los tonos azul oscuro, rojo, verde y dorado, mientras los bailarines se movían hipnotizados al ritmo de un vals. También se podían ver todo tipo de telas. Satén, seda, cuellos forrados en piel, lanas delicadas e incluso algunos terciopelos.

Los caballeros estaban tan bien arreglados como las damas. Llevaban pantalones oscuros, camisas blancas, chalecos coloridos y corbatas bien anudadas, y todos se cubrían con chaquetas oscuras. Observó a los bailarines durante un rato, y se dio cuenta de que ninguno de los caballeros era tan guapo como el señor Westbrooke.

Westbrooke se inclinó hacia la oreja de Lottie y el delicado aroma de su jabón de baño le provocó cosquillas en la nariz.

—Supongo que como enseña a las señoritas a relacionarse en sociedad, debe de ser una excelente bailarina.

A Lottie le encantaba bailar. En Francia se le había permitido asistir a algunos eventos como invitada, y no solo como dama de compañía. Disfrutaba tanto del baile que incluso una vez se puso unas zapatillas con puntas.

—No sé si soy una excelente bailarina, pero sí una entusiasta.

—Ah. La modestia por encima de todo. —Le dijo Westbrooke sonriendo y la luz de los candelabros se reflejó en sus ojos.

El corazón de Lottie dio un vuelco y la sonrisa que pretendía dedicarle se desvaneció. No sabía qué hacer con las sensaciones que le provocaba.

La música terminó y los bailarines se dispersaron desde el centro de la pista. Algunos para unirse a sus amigos, otros para aprovechar los refrescos que había en la larga mesa de la pared sur de la habitación.

—Westbrooke. ¿Por qué siempre terminas con las damas más hermosas de la fiesta? —Un hombre alto y delgado dio una palmada en la espalda del señor Westbrooke mientras miraba fijamente a las dos mujeres, especialmente Pamela—. ¿Me presentas?

El señor Westbrooke se volvió hacia Lottie y hacia Pamela.

—Señoritas, permítanme presentarles al señor Nicholas Smith. —Y enseguida hizo un gesto hacia su amigo—: Smith, te presento a lady Pamela y a la señorita Danvers.

Ambas se inclinaron ligeramente y el señor Smith les hizo una reverencia.

—Me encantaría robarte a una de estas encantadoras damas, Westbrooke—. Se volvió hacia Pamela—. ¿Me concedería un baile, lady Pamela?

—S-sí, sí. M-me encantaría.

El rubor de Pamela subió desde la parte superior de su corpiño hasta la línea del cabello. Sin embargo, estaba hablando con un extraño y accediendo a un baile. A Lottie le pareció que las dos se iban a tener que enfrentar a sus demonios esa noche.

Estaba segura de que el señor Westbrooke se había puesto tenso cuando el señor Smith le pidió robarle a una de ellas, y después se había relajado visiblemente una vez que eligió a Pamela.

Los cuatro charlaron sobre los temas habituales, el clima de Inglaterra, el último error del parlamento y el horrible estado de las carreteras. El señor Smith era un hombre agradable, de aspecto normal, pero con una forma de sonreír que hacía muy atractivo su rostro. Y parecía estar sonriéndole mucho a Pamela.

El maestro de ceremonias anunció el siguiente baile, una cuadrilla, y Lottie comenzó a seguir el ritmo con los pies antes de que comenzara la música.

—Parece que estás deseando unirte a los demás en la pista de baile —dijo Westbrooke.

Tomó a Lottie del brazo y se dirigieron hasta el final de una fila de bailarines. El señor Smith y Pamela fueron por detrás, y tomaron posiciones junto a ellos.

Era un baile animado, y a Lottie le encantó descubrir que el señor Westbrooke era un bailarín maravilloso. La complejidad de los pasos no permitía demasiada conversación, pero sí podía sonreír.

Y el señor Westbrooke le devolvía las sonrisas.

Respiró hondo cuando terminó el baile.

—Ha sido muy divertido.

En cuanto lo dijo se dio cuenta de que había pasado mucho tiempo desde la última vez que había dicho algo así. De hecho, había sido divertido, y estaba muy contenta con su decisión de asistir al baile.

Westbrooke tomó a Lottie del brazo.

—Creo que lo que hace falta en este momento es tomar unos refrescos.

Cuando llegaron a la mesa de las bebidas, Lottie se dio cuenta de que el señor Smith y Pamela no los habían seguido, sino que estaban conversando con otras tres personas. Por la postura de Pamela, Lottie se dio cuenta de que se debía de sentir incómoda.

—Tal vez debería rescatar a lady Pamela de ese grupo —dijo Lottie mientras recibía un vaso de limonada del señor Westbrooke.

Miró al señor Smith.

—Creo que está bien. Smith puede hacer que cualquiera se relaje. Es dueño de un club de juego que tiene mucho éxito, y es capaz de convencer a un avaro para que le entregue sus monedas. No diré lo bien que le va con las damas porque iría corriendo a buscar a lady Pamela. Pero puede estar tranquila, nunca le haría nada inapropiado a una joven inocente. —Tomó el vaso vacío de la mano de Lottie y lo colocó sobre la mesa—. Vamos a dar un paseo. Se preocupa demasiado por su amiga.

Habían recorrido la mitad de la sala cuando dos caballeros se acercaron a ellos. Lottie se puso rígida de inmediato al ver la expresión de sus rostros. Nada amenazante, pero un poco demasiado... nerviosos era la única palabra que le encajaba.

El señor Westbrooke debió de sentirlo también porque le dio un ligero apretón en el brazo.

—Westbrooke, ¿no nos vas a presentar a la dama?

El señor Westbrooke vaciló un poco y dijo:

—Señorita Danvers, permítame presentarle a lord Sterling y al señor Clancy. Caballeros, os presento a la señorita Danvers.

—Señorita Danvers, me parece que la conozco. —Lord Sterling le cogió una mano y besó el aire justo por encima, pero hizo sentir que se sintiera incómoda al analizarla demasiado de cerca—. ¿Va a menudo a Londres?

—No. En absoluto.

Ella retiró la mano y la colocó detrás de su espalda. Sabía que sonaba como si estuviera sin aliento y lo único que quería era salir corriendo de la sala y regresar a casa. Se volvió hacia el señor Westbrooke.

—Creo que le va a gustar la limonada.

No les explicó que acababan de tomarse un vaso, sino que simplemente hizo un gesto con la cabeza a los dos hombres.

—Si nos disculpan.

—Espera un momento, Westbrooke. No vamos a dejar que acapares a esta belleza toda la noche. —Dijo lord Sterling mirándola —. ¿Puedo pedirle un baile, señorita Danvers?

—Y yo también.

El señor Clancy sonrió alegremente, y ella comenzó a transpirar.

Oh, ¿qué iba a hacer ahora? A lord Sterling le había parecido que la conocía de algo, y ella sabía por qué era. Si pasaba más tiempo con él, seguramente terminaría estableciendo la conexión.

—Lo siento, mi lord, pero estoy bastante mareada. Creo que es por el calor que hace aquí.

Se dio la vuelta y dirigió una mirada suplicante al señor Westbrooke.

Él le devolvió una cálida sonrisa y enseguida se volvió hacia los dos hombres.

—En otra ocasión, Sterling. Creo que acompañaré a la señorita Danvers a que tome un poco de aire.

—Sí. Un poco de aire fresco probablemente sea lo mejor. Os acompañaremos —dijo el señor Clancy.

No había nada que hacer. Si insistía en que no los acompañaran, despertaría demasiada atención y eso era lo último que quería.

—Muy bien.

Los cuatro se dirigieron a las puertas francesas que conducían a un camino de grava. Lottie volvió a ver a Pamela bailando con otro caballero. No parecía en absoluto angustiada, así que asumió que no tenía que preocuparse por su amiga. Lo que sí observó fue que el señor Smith no parecía nada contento mientras veía a Pamela bailar con otra pareja.

Lottie solo tenía que ocuparse de sí misma y tener cuidado con ese hombre que pensaba que su cara le resultaba conocida.

Capítulo 5

A Carter le estaba costando mucho trabajo intentar entender a la señorita Danvers. Se había quedado paralizada cuando Sterling y Clancy se acercaron a ellos, e incluso pidió otro vaso de limonada para poder escapar. Le hubiera encantado creer que se debía a que solo quería estar con él, pero su modestia innata no se lo permitía.

Estaba claro que esos dos hombres la ponían nerviosa. Del mismo modo que todavía no había comprendido por qué se había molestado cuando le mencionó a su hermano y a su padre, y qué era lo que la angustiaba tanto. Esta vez los nervios habían comenzado cuando le presentó a lord Sterling. De nuevo, tenía relación con los aristócratas, estaba seguro.

Había algo en la clase alta que hacía que se encerrara en sí misma, o que intentara escapar. En cuanto los cuatro salieron se dirigieron al camino de grava, y Sterling no dejaba de hablar. Clancy apenas añadía una o dos palabras de vez en cuando.

Pero Carter estaba demasiado pendiente de la señorita Danvers como para mantener una conversaciones absurdas.

—Señorita Danvers, debo decirle una vez más que me resulta muy familiar. ¿Tiene familia en Londres a la que podría conocer?

Sterling seguía mirándola tan fijamente que hasta Carter comenzó a molestarse.

—No. A nadie. Nunca voy a Londres.

Por supuesto, Carter sabía que eso era una mentira descarada, ya que acababan de regresar de la boda de Berkshire. Pero no estaba dispuesto a dejarla en evidencia cuando ella obviamente no quería reconocerlo.

—Me está dando bastante frío.

La señorita Danvers estaba, en efecto, temblando, así que todos regresaron al salón de baile.

—Ah, aprovecharé para reclamar mi baile.

Antes de que Carter pudiera detenerlo, Sterling tomó a la señorita Danvers del brazo y la llevó a la pista de baile. Los

trovadores comenzaron a interpretar un baile campestre, en el que se formaban dos filas de parejas.

Carter se quedó a un lado, y apenas mantuvo alguna conversación con Clancy, ya que tenía la atención fija en la señorita Danvers. Cada vez que Sterling le hablaba, ella negaba con la cabeza. Era evidente que estaba cada vez más nerviosa.

—Disculpa —dijo de pronto Carter y se alejó de Clancy. Se acercó a Sterling y le dio un golpecito en el hombro—. Es mi turno, Sterling.

El hombre pareció sorprendido, y después molesto, pero los buenos modales lo obligaban a apartarse. Hizo una leve reverencia y Carter ocupó su lugar. Miró a la señorita Danvers y le guiñó un ojo. Ella le devolvió la sonrisa y el baile continuó.

Le encantaba ser un caballero para su damisela en apuros.

Carter, lady Pamela y la señorita Danvers se acomodaron en su carruaje y, después de dar la señal, el cochero abandonó la fachada del edificio de los salones de la Asamblea. Continuó una agradable conversación entre los tres, pero Carter se dio cuenta de que la señorita Danvers parecía estar fuera de sí. Siempre estaba pendiente de ella, y todavía se preguntaba por sus ojos tristes.

Aunque la hubiera rescatado de Sterling, se había mantenido en guardia todo el resto del tiempo. Finalmente, después de rechazar a otro caballero que quería bailar con ella, le preguntó a Carter si podían irse, afirmando que tenía el comienzo de una migraña. Lady Pamela también parecía dispuesta a marcharse, por lo que se dirigieron al carruaje.

Primero se detuvieron frente a la residencia de lady Pamela, y Carter la acompañó hasta la puerta. Ella le dio las gracias, y él se alegró de que apenas hubiera tartamudeado. Tal vez se estaba sintiendo más cómoda con él, y ya lo consideraba un amigo.

Una vez que regresó al carruaje y el vehículo comenzó a moverse, respiró hondo y dijo:

—Señorita Danvers, ¿puede decirme por qué estaba tan molesta con lord Sterling?

Su rostro se enrojeció de inmediato.

—No estaba enfadada con lord Sterling.

—Sí. Lo estabas.

Aunque le ofreció una pequeña sonrisa, sus palabras habían sido lo suficientemente fuertes como para que ella se quedara observando la oscuridad por la ventana en lugar de mirarlo a él. Aprovechando la ocasión, Westbrooke se inclinó hacia adelante, tomó sus manos entre las suyas y se acomodó en el asiento que había a su lado.

—¡Señor Westbrooke!

Aunque intentó parecer sorprendida, él vio un destello de alegría en sus ojos.

—Carter, mejor dicho. ¿Podría convencerla para que me llame por mi nombre de pila?

Le sujetó las manos para evitar que se apartara. Pero ella cerró una mano con fuerza y apretó los labios.

Entonces Carter sujetó su barbilla y volvió su cara hacia él.

—Me da la impresión de que no le gustan los aristócratas. No solo lord Sterling, sino todos los demás. Sobre todo los caballeros.

Ella negó con la cabeza y trató de retirar sus manos, pero él no las soltaba.

—No. Eso no es cierto.

Su tono era casi de súplica. Había algo que la perturbaba profundamente. ¿Habría sido abusada?

La sola idea de que esta hermosa y dulce mujer hubiera sido maltratada por un hombre fue suficiente para querer ir a buscar al canalla que hubiera sido y golpearlo hasta hacerlo papilla.

Como no tenía sentido seguir discutiendo sobre el asunto, ya que solo la importunaría aún más, pasó un brazo alrededor de sus hombros y atrajo su cuerpo hacia él.

—Espero que como amigos que somos, me cuente cualquier problema que haya tenido con lord Sterling. ¿Dijo algo insultante?

Pero ella se apartó y él tuvo que dejar de sujetarla. No quería que sintiera que tuviera que temer de él.

Tardó apenas unos segundos en darse cuenta de que estaba llorando.

—¿Señorita Danvers?

—Sí. —Dijo mirándolo con los ojos brillantes por las lágrimas—. Soy yo. —Había pasado de la angustia a la ira—. Al menos siempre he pensado que es por mi culpa, pero ahora ya no estoy segura. —Se secó las lágrimas y una vez más volvió la expresión de tristeza—. Ya no estoy segura de nada. —Terminó negando lentamente con la cabeza.

Carter le pasó un rizo que se había soltado por detrás de la oreja.

—¿Qué le pasa, Lottie? ¿Puedo ayudarla?

Se le escapó su nombre de pila. Era con el que pensaba de ella, y pensaba mucho en ella, y por alguna razón, parecía que en ese momento su apellido la preocupaba.

Pero haciendo caso omiso a su desliz para dirigirse a ella, le respondió:

—Nadie puede ayudarme.

Volvió la cara hacia él, y no pudo evitar emocionarse. Se veía tan hermosa con la suave luz de la lámpara del carruaje bañando su rostro. Sus mejillas cremosas estaban sonrosadas y tenía las pestañas cubiertas de lágrimas. Suavemente le cogió ambas mejillas con sus manos y bajó la cabeza hasta cubrir sus labios perfectos con los suyos.

En cuestión de segundos había alcanzado cielo. Ella era exactamente como esperaba que fuera. Sus labios eran suaves, cálidos y húmedos. Le dio un golpecito en la boca con la lengua suponiendo que la iba a morder, pero en lugar de eso, la abrió. Entonces la acercó más a su cuerpo, de modo que sus delicados pechos quedaron apretados contra su abrigo. Carter maldijo la ropa que los separaba anhelando sentir su cálida piel pegada a la suya.

Sabía mejor de lo que había imaginado, a pesar de que su imaginación era bastante potente. Movió sus cuerpos y le inclinó la cabeza para poder besarla más profundamente. Vacilante al principio, Lottie pronto hizo su propia exploración, y se enredó ligeramente con su lengua.

Sus leves gemidos aumentaban su deseo, y su entusiasmo era delicioso. Carter se echó hacia atrás y la miró a los ojos. Sus ojos

estaban muy redondos, ¿sorpresa o ira?, y después observó su boca, que lo tentaba a probarla de nuevo.

Pero, con la esperanza de evitar una reprimenda, dijo:

—Si lo que acabo de hacer le molesta, por favor dígamelo.

Contuvo la respiración mientras ella se lamía los labios y sacudía lentamente la cabeza como si no estuviera muy segura.

—No. No creo.

Respiró aliviado. Un rápido vistazo por la ventana le dijo que aún les quedaba algo de tiempo antes de llegar a su edificio.

—Por favor, quiero que sepa que nunca dejaré que nadie le haga daño. Sé que no nos conocemos desde hace demasiado tiempo, pero debe reconocer que hay algo entre nosotros.

Ella comenzó a negar con la cabeza.

—No. No lo ha entendido.

Él le sonrió.

—¿Lo niega usted, señorita Danvers?

Ella suspiró y cerró los ojos, lo que le dio la oportunidad de besarla de nuevo. Enseguida la exploró, acarició, saboreó, mordisqueó y calmó con su boca. Pero por mucho que quisiera quitarle la ropa y sumergirse en su cálida zona húmeda, estaba satisfecho con poder sentirla segura entre sus brazos.

Nunca se había contentado con unos simples besos, y siempre tenía ganas de dar el siguiente paso. Pero la señorita Danvers era diferente. Era inocente. Una joven dulce y muy bien educada de la cada día estaba más encariñado.

Se echó hacia atrás y le pasó un nudillo por su suave mejilla.

—Me importas, Lottie. Mucho. Tenemos mucho en común, y sabes que se ha formado un vínculo entre nosotros. Lo ha habido desde que me derramaste el vino. —Sonrió al verla sonreír— Con tu permiso, me gustaría cortejarte.

Los ojos tristes reaparecieron, así como una sonrisa apesadumbrada.

—No. Me temo que eso no es posible.

Si lo hubiera dicho enfáticamente, se habría detenido de inmediato, pero su reticencia era evidente en el dolor que mostraba su rostro.

—No sé qué le preocupa, o qué pasó en su vida que la pone tan triste, pero ¿quiere confiar en mí?

El carruaje se detuvo lentamente frente a su edificio.

—¿Lottie?

Ella se echó hacia atrás y negó con la cabeza.

—No. No creo que funcione. Se merece una mujer mucho mejor que yo.

Antes de que pudiera responder a ese extraño comentario, Lottie se dio la vuelta, buscó a tientas la puerta y saltó del carruaje antes de que él pudiera siquiera ayudarla. Tropezó y se cayó sobre una rodilla, aunque se levantó rápidamente y salió corriendo.

—¡Lottie!

Saltó detrás de ella, pero ella subió corriendo las escaleras y rápidamente abrió la puerta y se la cerró en la cara sin siquiera haberse dado la vuelta cuando llegó al escalón más alto.

¿Qué demonios acaba de pasar?

Lottie apoyó la barbilla en una mano y se miró en el espejo del tocador de su dormitorio. El baile en la Asamblea de la noche anterior había sido un desastre.

Temía que lord Sterling terminara por descubrir por qué le resultaba tan familiar. Las repetidas preguntas con las que la había cuando bailaron casi hicieron que se saliera de la pista. Afortunadamente, Carter pareció darse cuenta de su angustia y la rescató.

Una vez más.

Le sorprendió que ahora pensara en él como Carter. Al fin y al cabo, ¿cómo podía seguir llamándolo señor Westbrooke, cuando la había besado hasta dejarla sin sentido?

Pero había sido muy insensata. Después de ese maravilloso beso, que era el primero de su vida, se había sentido llena de calidez, feliz y contenta. Era el tipo de cosas con las que soñaban las niñas, y algunas tenían la suerte de obtenerlas. Un hombre que se enamorare de ellas y les dé unos besos impresionantes.

Y después de salvarla de ese hombre terrible, había hecho el ridículo huyendo justo cuando le dijo que quería cortejarla. Era una

petición sencilla, y probablemente lo suficientemente inocua como para que no tuviera que salir huyendo como si la persiguieran los sabuesos del infierno.

Debió de pensar que era una tonta.

Pero ahora, que tenía que ir al servicio de la iglesia, al que intentaba no faltar nunca, se iba a encontrar con Carter y tendría que enfrentarse a él.

Los servicios religiosos en la pequeña capilla a la que asistía en Francia, eran mucho más elaborados que los de Inglaterra, pero aun así se sentía bien cuando rezaba.

Respiró hondo y cogió el cepillo para arreglarse el pelo. Sintió como si su pequeño mundo tan seguro se estuviera desmoronando. ¿Y si tenía que huir de Bath tal como lo le pasó con Londres?

A pesar de su insistencia en que podía mantenerse a sí misma, su madre había seguido enviándole dinero cada mes. Y ese dinero estaba intacto en una cuenta bancaria en Bath. Si tuviera la necesidad de volver a abandonar su hogar, se vería obligada a utilizar ese dinero. Lo poco que ganaba enseñando modales a señoritas apenas le alcanzaba para pagar su comida y el techo bajo el que vivía.

Capítulo 6

Como siempre, fue caminando desde su apartamento hasta la iglesia. Era un día precioso aunque sentía un poco de frío en la cara. Conversó brevemente con los feligreses que la saludaron en la puerta, y encontró un asiento a mitad de la iglesia. Como era su costumbre, tomó el cantoral que estaba en un estante debajo del banco que tenía frente a ella.

—Buenos días, señorita Danvers.

Estaba tan absorta en el libro que dio un salto cuando el señor Westbrooke se sentó sigilosamente a su lado. Enseguida se apartó un poco para darle más espacio, o tal vez para poner más espacio entre ellos.

Pero de inmediato sintió un calor intenso que le subía por todo el cuerpo y terminaba en su cara. Estaba segura de que se le había puesto lo bastante brillante como para llevar un barco hasta la orilla.

—Buenos días, señor Westbrooke.

Inmediatamente se le cayó el cantoral, se agachó para recuperarlo y se golpeó la cabeza contra el banco de enfrente.

—Permítame. —Westbrooke le agarró un brazo para que no se moviera.

¡Ay, cuánto deseaba desaparecer y volverse a casa, y que le no volvieran a ver la cara! Le desconcertaba que continuara mostrando interés en ella, a pesar de todas sus torpezas y huidas, y que, en general, se comportaba como una boba.

Westbrooke tomó el cantoral y se lo entregó justo cuando el párroco comenzaba la misa. Respiró hondo y hojeó las páginas hasta que encontró el himno correcto cuando la congregación acaba de dejar de cantarlo.

Se obligó a quedarse absolutamente quieta durante el sermón, el diezmo y la comunión. Si no movía ni un músculo, tal vez no hiciera más tonterías de las que ya había hecho.

—¿Puedo invitarla a que me acompañe a tomar un almuerzo, señorita Danvers?

Se limitaron a saludar con la cabeza al párroco y salieron al exterior. Lottie estaba destrozada. Le gustaba mucho el señor Westbrooke, pero no había ninguna posibilidad de que pudieran tener una amistad. Y no era justo alentarla.

—No creo que sea una buena idea.

Su respuesta a medias no pareció desanimarlo.

Se inclinó hacia ella y se acercó a su oído.

—¿Y si le prometo no volver a besarla?

Dio un paso atrás y la miró con las cejas arqueadas.

¡Bomba!

Volvió a sentir calor por todo el cuerpo. Excepto que esta vez, no solo era de vergüenza, sino más bien era una sensación de reconocimiento. Se acordó del beso y de lo mucho que lo había disfrutado. Además del calor, sintió un cosquilleo característico y desconocido para ella en sus pechos y en la entrepierna. Zonas de su cuerpo a las que nunca había prestado demasiada atención.

Levantó la barbilla.

—Casi no me acordaba de ese beso.

Se arrepintió en cuanto lo dijo. Sobre todo al verlo sonreír, completamente convencido de que tendría el beso grabado en su mente.

Pero ella era una novata en esos asuntos, y sin duda el señor Westbrooke habría besado a muchas mujeres, y sabía cuándo una dama había quedado marcada por un beso suyo.

Y la verdad es que era exactamente lo que le había ocurrido.

—Vale, muy bien. Aceptaré su invitación.

Se estremeció de lo descortés que había sido. Seguía haciendo cosas con ese hombre que horrorizarían a sus alumnas. Cuando no se estaba tropezando con algo. Pero, lo cierto es que ese hombre tenía la capacidad de ponerla nerviosa.

Westbrooke lizo una reverencia.

—Gracias. —Le ofreció un brazo—. Mi carruaje está a la vuelta de la esquina.

Mientras se dirigían al carruaje Westbrooke mantuvo una charla ligera. Lottie solía ser muy buena en eso, pero no ahora cuando todavía se sentía incómoda por su última despedida. Sin embargo, el señor Westbrooke se comportaba como si no hubiera nada extraño en el hecho de que ella se limitara a asentir con la cabeza a sus comentarios.

Parecía también olvidar, o fingía olvidar, su escapada tan poco femenina tras llevarla a casa después del baile de la noche anterior. Lottie se debatía entre la frustración de que no se diera por vencido con ella, y la admiración que le provocaba su tenacidad.

—¿Dónde está su amiga, lady Pamela?

—Por lo general, ella viene a la iglesia conmigo, pero de vez en cuando se salta el despertador y se pierde la misa. —Respondió sonriendo—. Yo diría que hoy es uno de esos días.

Westbrooke había ordenado al chófer que los llevara a un pequeño restaurante en Milsom Place, una de las zonas favoritas de Lottie en Bath para pasear por la tarde entre tiendas y restaurantes.

—Espero que este lugar le guste —dijo tendiéndole una mano para que bajara del carruaje.

—Sí. Me encanta este restaurante, pero solo he comido aquí una o dos veces.

No agregó que era demasiado caro para su bolsillo, y que había tenido que ahorrar varias semanas para poder reunirse con sus dos amigas allí.

Westbrooke abrió la puerta del restaurante para permitirle entrar.

—También es de mis favoritos.

Al parecer, había comido allí varias veces y era muy conocido por el personal. Los acompañaron hasta una hermosa mesa cerca de las ventanas delanteras desde las que entraba bastante luz a pesar de que el día se había nublado.

La sala solo tenía una docena de mesas, y la mayoría de ellas estaban ocupadas. Cada vez que un camarero entraba o salía del comedor con la comida salían de la cocina unos aromas maravillosos.

—¿Qué le gusta en especial? —Preguntó el señor Westbrooke mientras Lottie examinaba el menú.

—De todo —dijo ella y sonrió—. Tengo bastante hambre.

—Entonces me encanta haberla invitado a comer.

Volvió a prestar atención al menú, y ambos permanecieron en silencio mientras leían las opciones.

—¿Ya lo ha decidido?

El camarero estaba de pie junto a la mesa, con su libreta y su lápiz preparados.

—¿Señorita Danvers? —Preguntó el señor Westbrooke.

No había exagerado cuando dijo que todo le gustaba y que tenía bastante hambre. Sin embargo, no estaba bien mostrarse como una glotona.

—Creo que comeré la carne asada.

—Ah. Una muy buena elección —dijo el camarero mientras anotaba lo que había elegido— ¿Y para usted, señor?

—Creo que la dama ha hecho una buena elección, y yo pediré lo mismo.

El señor Westbrooke cerró el menú y se lo entregó al camarero, que hizo una leve reverencia y se marchó.

Carter estudió a Lottie mientras el camarero se alejaba y regresaba a la cocina a buscar la comida. Dada la forma abrupta en que se habían separado la noche anterior, se había llevado una grata sorpresa al encontrarla en la iglesia. Y aún más contento lo había puesto que no se hubiera golpeado la cabeza al recoger el cantoral.

Aunque su comportamiento le resultaba confuso, seguía creyendo que debía de haber algo en su pasado, algo que tenía que ver con la nobleza, que la ponía nerviosa. A veces estaba completamente relajada, y otras veces se le notaba la tensión y el miedo en los ojos.

Le resultaba difícil entender por qué había huido bruscamente de un caballero que le pedía cortejarla. ¿Realmente esperaba pasarse la vida alejada de la sociedad, enseñando buenos modales a las señoritas? Esa no era la vida de una joven hermosa, y seguramente no le debían pagar demasiado bien.

¿Qué habría sucedido en su vida para que hubiera tenido que seguir ese camino?

Sin embargo, dado lo angustiada que se puso cuando le pidió cortejarla, consideraba que era una gran bendición que hubiera accedido a comer con él. Si iba a seguir adelante para conseguir un noviazgo, que después terminara en un matrimonio, tendría que andar con los pies de plomo. Por alguna razón, era una mujer bastante asustadiza.

A la mayoría de las mujeres les gustaba hablar de sí mismas, así que tal vez una conversación sobre su trabajo podría hacer que se abriera un poco más. No le cabía duda de que ocultaba algo que le preocupaba mucho. Su mente volvía una y otra vez a que tenía el corazón roto, o tal vez a que hubiera sufrido algo aún más siniestro, y siempre acababa enfadándose cuando lo pensaba.

—¿Cuántas alumnas tiene?

Parecía ser una pregunta bastante inocua.

Ella también debió de pensar lo mismo porque le dedicó una suave sonrisa.

—Actualmente tengo seis señoritas. Cuatro de ellas debutarán en Londres cuando comience la próxima temporada. Las otras dos tienen un año más, pero sus madres prefieren esperar para que estén mejor preparadas.

—¿Y en qué consisten sus clases?

Hizo un gesto con la cabeza al camarero que colocó la comida delante de ellos. Una deliciosa carne de res asada, junto con pudin de Yorkshire, salsa, guisantes blandos con patatas y zanahorias hervidas. También colocó sobre la mesa una pequeña hogaza de pan caliente con un trozo de mantequilla.

Cuando comenzaron a comer, Lottie habló de sus alumnas, de cada una de sus fortalezas y debilidades, y de lo que necesitaban lograr para tener éxito en el mercado matrimonial. Sus ojos se iluminaban mientras hablaba, pues evidentemente le encantaba el mundo para el que estaban destinadas esas muchachas.

Pero por lo que dijo, no era un mundo que ella pretendiera para sí misma. *¿Por qué?* Pero su cautela lo llevó a no cuestionarla para poder disfrutar de su conversación.

De pronto, Carter tuvo una idea maravillosa que haría avanzar su idea de ser novios sin que ella sospechara de sus intenciones.

—Me parece que tener a un caballero a mano para ayudar a las niñas a aprender a conversar en sociedad podría mejorar mucho su formación. Creo que muchas de las señoritas que debutan en sociedad parecen ser un poco, digamos, tímidas. He conocido a algunas que apenas podían hablar de nada más que de cintas para el cabello y los colores de los vestidos.

Lottie se quedó muy quieta y lo observó. ¿Estaba yendo demasiado lejos y demasiado rápido? Pero una lenta sonrisa se extendió por su rostro, y él se relajó. No se había levantado de un salto ni se había marchado corriendo de la habitación.

—Es una idea maravillosa. —Dijo levantando las cejas—. Supongo que no se ofrecería como voluntario para ayudarnos, ¿verdad?

Su sonrisa le indicó que sabía exactamente lo que estaba haciendo, pero no parecía molesta por la sugerencia.

Westbrooke le devolvió la sonrisa y le hizo una leve reverencia.

—Estoy a su servicio, señorita Danvers.

—Debería ser en un lugar público para no causar ningún tipo de escándalo.

—¿Qué tal tomar el té en Pump Room?

—¡Perfecto! Podré observarlas de cerca para ver cómo se comportan en público, cómo toman el té, entablan una conversación y dejan una buena impresión. —Lottie se tocó los labios con la yema del dedo—. Creo que llevar a dos chicas cada vez funcionaría mejor. Si tuviéramos a las seis juntas, sería demasiado difícil evaluar el comportamiento de cada una de ellas.

Carter colocó su servilleta junto a su plato y se recostó. Menos mal que sugirió que fueran solo dos chicas a la vez. Casi entró en pánico al pensar en seis señoritas riendo y agitando las pestañas ante él.

—Entonces decidido. Avíseme cuándo e iré a su casa para acompañarla a usted y a dos señoritas a tomar el té.

—Pero usted tiene que atender sus propios negocios, señor Westbrooke.

—Efectivamente. Pero puedo sacar tiempo para ayudar a las señoritas a tener éxito cazando un marido.

Los labios de Lottie se tensaron.

—Odio ese término. Hace que todo parezca demasiado frío, demasiado calculador. Me imagino a chicas jóvenes con un arco y una flecha apuntando a algún caballero que hace todo lo posible por escapar. Prefiero pensar que las chicas van a disfrutar de la vida social mientras deciden si el caballero que las corteja es con el que quieren pasar el resto de sus vidas.

—Ay, creo que usted es una romántica, señorita Danvers.

Ella dudó lo suficiente como para que él pensara que no le iba a responder. Pero finalmente dijo:

—No soy exactamente una romántica, señor Westbrooke, simplemente quiero algo mejor para mis pupilas que lo que desean algunos padres.

Extendió la mano por encima de la mesa y le cubrió la mano con la suya.

—Me gustaría pensar que somos amigos.

Lottie pareció sorprendida por el giro de la conversación.

—Supongo que sí.

—Entonces, por favor, prescindamos de la formalidad. Me gustaría que me llamaras Carter, y espero que me dejes llamarte Lottie. —Sonrió.— Me encanta ese nombre, ya se lo he dicho. Le queda muy bien".

—Realmente es Charlotte, ya sabe. Cuando comencé mi nueva vida en Bath, lo cambié por Lottie. En realidad, fue idea de mis dos amigas. Sin embargo, respecto a su petición, aunque sigo pensando que es inapropiada, tal vez cuando no haya nadie cerca para escucharnos, podría ser aceptable. Pero no entiendo por qué es importante para usted.

A pesar de saber exactamente por qué era importante para él, permaneció en silencio. Si volvía a mencionar su intención de cortejarla y, finalmente, con suerte, casarse con ella, lo más probable es que terminara persiguiéndola por las calles de Bath.

—Digamos que siento que es algo que hacen los amigos. Por ejemplo, ¿llama a lady Pamela con su título? O ahora que la señorita

Mallory es lady Berkshire, ¿la llamaría así?

—No. —Lottie se echó a reír—. Muy bien, señor Westbro..., mejor dicho, Carter. Has dejado clara tu opinión.

—¿Desean tomar un postre?

El camarero había regresado y para retirar los platos.

—Me gustaría probar el *blancmange* que aparece en el menú. —Miró a Lottie. —¿Qué vas a pedir?

—Probablemente no debería comer postre después de esa maravillosa comida, pero no puedo dejar pasar el bizcocho Victoria.

—Traiga también té para los dos —añadió Carter.

—¿Cuándo llevaremos a nuestro primer par de señoritas a Pump Room?

Carter estaba ansioso por quedar con Lottie antes de que se le ocurriera otra excusa para no volver a verlo.

—Revisaré mi agenda y lo consultaré con las chicas. ¿Está bien si te envío una nota? Si el día y la hora no encajan en tu horario, por favor no pospongas tu trabajo por ayudarme. Siempre podemos hacerlo en otro momento.

Carter continuaba mirando su boca hipnótica mientras hablaba. Tenía muchas ganas de inclinarse por encima de la mesa para besarla intensamente. Ninguna otra mujer lo había atraído de esta manera. La deseaba tanto que no podía comer, dormir o trabajar sin que su mente se viera invadida pensando en ella.

—Mi horario es muy flexible. Estoy seguro de que estaré disponible a cualquier hora que elijas. Después de todo, estamos preparando a las jóvenes para que tengan éxito en la vida. Es una causa muy digna. ¿O no?

No le importó el ligero rubor que cubría la cara de Lottie, pero justo en ese momento llegó el camarero con el té y el postre, poniendo fin a la conversación. Sonrió al camarero y le dio las gracias.

Carter estaba celoso del camarero.

Había caído con fuerza.

Capítulo 7

Carter entró en Boodle's, un exclusivo club de caballeros en Pall Mall de Londres, y saludó a Grayson, lord Berkshire. Habían acordado reunirse allí para estudiar un nuevo negocio que les interesaba.

—Hola, ¿te sientes el novio más feliz del mundo?

Carter se sentó frente a Grayson en el comedor del club. La sala estaba llena de hombres que ocupados en sus negocios, y de algunos nobles ociosos que aún no se habían dado cuenta de que el mundo estaba cambiando y, a menos que cambiaran con él, pronto se verían en una situación desesperada.

Al menos algunos de ellos habían comprendido la situación y se habían casado con señoritas de Estados Unidos con grandes dotes.

—Sí. Para mi sorpresa, he descubierto que el matrimonio sí que va conmigo. Una vez que pasemos este maldito juicio, que es mañana, mi esposa y yo podremos regresar a Bath, donde ambos preferimos vivir.

—Me he dado cuenta de que estoy de acuerdo contigo. Nunca me gustó Londres, y solo vengo durante la temporada de plenos a hacer una aparición obligada en el Parlamento.

El camarero se acercó a la mesa con un lápiz y una libreta en la mano.

—¿Qué les apetece esta mañana, caballeros?

—Quiero un desayuno completo. Con mucho té. —Carter miró a Grayson—. ¿Lo mismo para ti, supongo?

—Sí. Tengo bastante hambre esta mañana. Excepto que a mí me trae café en lugar de té.

Una vez que el camarero se retiró con su pedido, Grayson dijo:

—¿Ha pasado algo interesante durante mi viaje de bodas?

—No. Tengo los papeles que mi abogado redactó para que los estudiáramos sobre este nuevo contrato de transportes. —Carter se agachó, recogió su cartera y sacó varios papeles—. Todo está ahí —dijo entregando los papeles a Grayson.

Grayson revisó los documentos, hizo una o dos preguntas mientras el camarero colocaba frente a ellos dos platos de alubias, huevos, salchichas, tocino, tomates fritos, champiñones fritos y tostadas. El aroma de la comida olía de maravilla, y Carter estaba ansioso por probarla.

Dejaron los papeles a un lado mientras disfrutaban de su almuerzo, y la conversación se basó en hacer cumplidos a la comida. Una vez que terminaron y retiraron los platos vacíos, Carter tomó su taza de té, apoyó los antebrazos en la mesa y miró a Grayson.

—Dime qué sabes de la señorita Danvers.

Carter se fijó que Grayson no pareció sorprenderse.

—¿La amiga de Addie?

—Sí.

Grayson se reclinó en su silla.

—Entonces, mi esposa tenía razón. Hay un cierto interés por tu parte.

Carter suspiró.

—Sí. No tengo miedo de decir que me interesa mucho. Es una mujer que me fascina, y después de tantos años de esquivar a madres que querían casar a sus hijas, creo que al fin tengo las campanas de boda en el horizonte. Al menos eso espero.

—Ay —dijo Grayson, con una sonrisa—. Me parece que te ha dado fuerte, amigo mío.

Carter se encogió de hombros.

—Es verdad. Es extraño si recuerdas lo inflexible que he sido sobre el amor a primera vista, y los romances en general. Sin embargo, con esta muchacha no lo estoy teniendo fácil.

Grayson dio un sorbo de café.

—¿Cuál es el problema? ¿No le interesas?

Carter negó con la cabeza.

—Ese es el problema. Estoy bastante seguro de que sí está interesada, pero la veo temerosa, como si hubiera algo en su pasado que la asustara.

Grayson asintió con la cabeza para agradecer al camarero que le pusiera más café en su taza.

—Me gustaría poder decirte más cosas de la señorita Danvers, pero lo único que Addie me ha contado es que tuvo una especie de ruptura con su madre, que vive en Londres, y poco después se trasladó a Bath. También me ha dicho que es bastante reacia a asistir a cualquier tipo de evento público, lo que Addie cree que tiene que ver con que no quiere que la reconozcan.

Carter se echó hacia atrás frunciendo el ceño.

—Qué raro. Que la reconozcan, ¿eh? Es una mujer muy guapa, y en el tiempo que he pasado con ella he comprobado que también es amable, ingeniosa y bastante inteligente. Fue bien educada en una escuela privada en Francia.

Grayson extendió los dedos sobre la mesa y se encogió de hombros.

—Me gustaría poder darte más información, pero eso es todo lo que sé. Para ser honesto, tampoco sé con certeza si Addie sabe algo más. La señorita Danvers es muy enigmática.

Carter terminó su té y colocó la servilleta sobre la mesa.

—Voy a coger el tren de media mañana de vuelta a Bath —dijo mientras retiraba la silla y se ponía de pie.

—Me hubiera gustado poder darte más información, pero me temo que no sé mucho más. Estoy de acuerdo en que es muy agradable, y su personalidad me parece encantadora. Lo único que te puedo decir es que te deseo la mejor de las suertes en tus indagaciones sobre la señorita Danvers.

—Gracias. Realmente no me gusta buscar información a sus espaldas, pero es que es muy reacia a hablar de su vida personal.

Se dirigieron hacia la puerta y el portero les entregó sus abrigos y sombreros. Una vez que salieron al aire brumoso de Londres, Carter dijo:

—Os deseo lo mejor en el juicio —dijo y terminó de abotonarse el abrigo para protegerse del frío de diciembre.

—Te deseo lo mejor en tu noviazgo con la señorita Danvers —añadió Grayson.

Enseguida se separaron, y Carter llamó a un carruaje para que lo llevara a la estación de Paddington. Normalmente hubiera ido a pie las casi tres millas, pero no quería perder el tren.

Pensó en su noviazgo con la señorita Danvers. Si lo pudiera llamar así. Definitivamente era una situación que iba dos pasos hacia adelante y un paso hacia atrás. Pero, sin lugar a dudas sabía que ella sentía algo hacia él. Su experiencia de la vida se lo había enseñado. Pero la razón por la que se reprimía, y a veces parecía casi asustada, lo desconcertaba, mientras que al mismo tiempo aumentaba su indignación por lo que le hubieran hecho.

No importaba cuántas veces considerara su comportamiento, siempre volvía a la manera de relacionarse con aristócratas. Algo debió haberle sucedido con algún "caballero" que se había ido a toda prisa a Bath para esconderse de la sociedad. Tal vez la próxima vez que volviera en Londres, dejaría caer su nombre para ver si podía conseguir alguna información de esa manera.

Esperaba con impaciencia el día siguiente, en que se iba a reunir con Lottie y dos de sus alumnas, la señorita Waverly y la señorita Dobson, ambas hijas de barones. Harían su debut en un par de meses cuando comenzara la temporada de fiestas de Londres. Ser anfitrión de dos jóvenes risueñas no era su idea de pasar una tarde interesante, pero si le permitía estar con Lottie, lo hacía encantado.

Pasó el viaje de vuelta a Bath pensando en varias formas de convencer a Lottie para que asistiera a eventos sociales. Y no le importaba esperar, si eso era lo que ella necesitaba para sentirse cómoda con él.

Tenía que saber qué era lo que atormentaba a esa pobre muchacha.

Lottie observó atentamente a la señorita Dobson y a la señorita Waverly mientras esperaban la llegada de Carter. Las acompañaría al salón de té de Milsom Street.

—Tienen que recodar todas las normas etiqueta que les enseñé, y por favor, entablen una conversación educada con el señor Westbrooke.

—¿Es su novio, señorita Danvers? —preguntó la señorita Waverly.

—Oh, no. —Lottie sintió que se ruborizaba por completo—. Es solo un amigo.

—Mi madre me dijo que los hombres y las mujeres no podían ser amigos —añadió la señorita Dobson.

—No quiero menospreciar a su madre, señorita Dobson, pero los hombres y las mujeres sí pueden ser amigos. El señor Westbrooke y yo lo demostramos.

Odiaba sonar tan arrogante, pero no quería pensar en Carter de ningún otro modo, y a decir verdad, no se sentía del todo cómoda en el papel de simples amigos.

Antes de que pudieran continuar la conversación sobre amigos y amigas, llamaron suavemente a la puerta.

—Debe de ser el señor Westbrooke. Recuerden sus modales, chicas. Las estaré vigilando, y cuando terminemos les haré saber cómo lo hicieron.

Lottie abrió la puerta y, como siempre, respiró hondo al ver al señor Carter Westbrooke. Guapo como siempre, vestía unos pantalones de color carbón claro, con un chaleco azul oscuro, camisa blanca y pañuelo negro. Sobre la chaqueta llevaba un cálido abrigo oscuro de lana superfina.

La señorita Dobson y la señorita Waverly se rieron. Lottie les lanzó una mirada severa y de inmediato se pusieron rígidas y adquirieron la postura que se esperaba que las damas de la alta sociedad adoptaran en público. Distantes y un poco aburridas. Pero no demasiado. Se suponía que todavía debían estar emocionadas de poder asistir a eventos a los que se les tenía prohibido ir antes de debutar.

—Señoritas, se ven maravillosas.

Carter hizo una reverencia, tomó la mano de Lottie, y enseguida miró expectante a las dos chicas.

—Señoritas, permítanme presentarles al señor Westbrooke. —Hizo una reverencia continuó—. Señor Westbrooke, permítame presentarle a la señorita Dobson y a la señorita Waverly.

Ambas muchachas hicieron una reverencia respetuosa que hizo muy feliz a Lottie. Se fijó en que las dos se sonrojaron cuando Carter les cogió la mano y besó su dorso.

—Señoritas, mi carruaje las espera. ¿Vamos?

Carter tomó a Lottie del brazo y bajó las escaleras con las dos muchachas detrás hasta llegar al carruaje.

Ayudó a cada una de las mujeres a subir, después se subió él y golpeó el techo para hacerle señas al conductor. Lottie hizo un gesto con la cabeza a la señorita Waverly.

—Señor Westbrooke, ¿Lleva mucho tiempo residiendo en Bath?

La joven logró hacer la pregunta sin sonrojarse ni reírse. Bien hecho.

—Sí, señorita Waverly. Llevo bastante tiempo viviendo en nuestra hermosa ciudad. Supongo que usted lleva aquí toda su vida.

—Sí. Mis padres prefirieron mantenernos a mis hermanas y a mí alejadas del ambiente de Londres.

Lottie le murmuró un "muy bien" a la señorita Waverly y enseguida se volvió hacia la señorita Dobson.

—Señor Westbrooke. —Respiró hondo—. ¿Tiene algún perro?

La señorita Dobson se sonrojó intensamente y tragó saliva mientras Lottie la miraba con las cejas levantadas.

Carter, afortunadamente, no se rió de la pobre chica, sino que se limitó a decir:

—No. No tengo perro. ¿Y usted, señorita Dobson?

Ella dejó escapar un profundo suspiro.

—Sí. Sí. Se llama Walter y es un pequinés. Su nombre es Walter. Ay, vaya, ya se lo he dicho.

Su voz se fue desvaneciendo a medida que su cara adquiría un tono rojo cada vez más profundo.

Carter mantuvo la expresión agradable, pero Lottie alcanzó a ver cómo le temblaban los hombros intentando contener la risa.

– El señor Westbrooke es un gran aficionado a la historia, y sé que a le gusta bastante, señorita Waverly.

Tanto Lottie como Carter se volvieron hacia la muchacha que acababa de mirar hacia atrás. Finalmente, dijo:

—Conozco a todos los reyes y reinas. ¿Le gustaría que los recitara?

Afortunadamente, el carruaje se detuvo y Lottie dejó escapar un suspiro de alivio

—Ya estamos aquí, muchachas.

Carter saltó del carruaje y se volvió para ayudar primero a Lottie y luego a las dos jóvenes. Entraron en el salón de té, y una vez que se sentaron, las dos muchachas observaron cómo Lottie recogía su servilleta y se la colocaba en el regazo. Copiaron sus movimientos mientras Carter observaba divertido.

Pidieron té, sándwiches y galletas, y Lottie llevó la conversación siempre incluyendo a las dos chicas. Le sobresaltó la llegada de un caballero a su mesa. No tardó mucho en reconocer a lord Sterling, el hombre que había conocido en la Asamblea que pensaba que su cara le resultaba conocida.

Su respiración se aceleró de inmediato y se dio cuenta que se había sonrojado. Al parecer, Carter también lo notó.

—Buenas tardes, Westbrooke, señoritas. —Sterling los miró en general, pero su atención se dirigió directamente a Lottie—. Es un placer verla de nuevo, señorita Danvers.

—Gracias.

Su voz sonó entrecortada, y se dio cuenta de que las jóvenes estaban confundidas porque no le había respondido de manera similar. Su pierna comenzó a temblar y esperó que Carter dijera algo.

—¿Qué te trae por aquí, Sterling?

Carter la había estado observando e intentó llamar la atención de Sterling hacia él. Afortunadamente, sus dos pupilas estaban ocupadas sirviéndose el té y pasando el plato de galletas. No parecía que estuvieran notando algo extraño en su maestra.

—Me gusta pasar por aquí a tomar el té de la tarde. Me quedaría con vosotros, pero acabo de terminar y voy de camino a mi club.

Lottie mantuvo los ojos bajos, estudiando su taza de té como si nunca antes hubiera visto una.

—Señorita Danvers, sigo creyendo que la conozco de alguna parte.

Lord Sterling la observaba de una manera que la hizo sentir extremadamente incómoda.

Carter observó a Lottie y saltó.

—Si nos disculpas, Sterling, las damas y yo estamos a punto de ponernos a tomar el té. Ha sido muy amable de tu parte que pasaras a saludar.

—Sí. Vale. Ya no vemos.

Lord Sterling hizo una leve reverencia y, tras una última mirada a Lottie, se dio la vuelta y salió del salón de té.

Todas las ganas que tenía Lottie de tomar un té con galletas salieron por la puerta con lord Sterling.

Aunque Carter no le preguntó nada, continuó observándola durante todo el tiempo que estuvieron allí. Pero siempre mantuvo una conversación con las chicas, lo que Lottie agradeció, ya que ella parecía haber perdido su capacidad para entablar conversaciones.

Las jóvenes, sin embargo, no parecieron darse cuenta, lo que también agradeció. ¿Qué iba a hacer con ese hombre? Era cuestión de tiempo que se diera cuenta de quién era ella. Tendría que irse de Bath. Ese pensamiento casi hizo que se pusiera a llorar.

No solo no quería renunciar a su precioso apartamento y a sus amigas, sino que le sería muy difícil empezar de nuevo. ¿Era algo que tendría que hacer una y otra vez durante el resto de su vida? Si tuviera que irse de Bath, lo mejor sería trasladarse a Gales o a Escocia. Era muy poco probable que alguien de esos lugares conociera a su madre.

Una vez más salió a la superficie el gran enfado que sentía hacia su madre por haberle arruinado la vida. ¿Nunca lo iba a superar? Se sobresaltó cuando Carter la llamó por su nombre.

—¿Se encuentra bien, señorita Danvers?

Las muchachas la miraron fijamente y ella bajó la vista hacia su plato, que todavía estaba lleno de pequeños sándwiches y galletas.

—Sí. Estoy bien, señor Westbrooke. Me temo que estaba en las nubes. Por favor, disculpe mis malos modales.

Parecía que mientras ella se sumía en la autocompasión, los otros tres habían terminado su té y estaban listos para irse.

—Supongo que es hora de que nos vayamos —dijo y se dio unas palmaditas en la boca y colocó la servilleta junto al plato.

Después se levantó con elegancia, y las dos chicas y el señor Westbrooke la siguieron.

Mientras se dirigían al carruaje Carter la tomó del brazo para hablarle en voz baja.

—Señorita Danvers, me gustaría tener una conversación con usted pronto. Sé que hay algo que le molesta e incluso la asusta. Quiero ayudarla.

Ay. No.

Capítulo 8

Carter dejó caer la aldaba en la puerta principal del edificio donde Lottie tenía su apartamento. Como las habitaciones solo se alquilaban a las mujeres, había un vigilante, lo que gustó a Carter al comprobar que Lottie vivía en un lugar seguro.

—Buenas tardes, señor. ¿Necesito que me diga a quién viene a ver?

El hombre, que era un poco mayor, vestía un sencillo uniforme de sirviente. Dio un paso atrás para permitir que Carter entrara.

Carter se quitó el sombrero y le hizo un gesto con la cabeza:

—Vengo a ver a la señorita Danvers.

—Muy bien, señor. Debo pedirle que espere en el salón y yo iré a buscar a la señorita Danvers. No permitimos que los caballeros suban más arriba de la planta baja. El hombre hizo un gesto hacia una habitación que había al lado derecho del vestíbulo de entrada.

Carter no se sentó, pero mientras deambulaba por la habitación, se fijó en que el lugar estaba bien decorado, y obviamente estaba destinado a proporcionar un espacio para que las residentes se reunieran con sus invitados. Eso le hizo tener aún mejor opinión del edificio.

A los cinco minutos, Lottie entró en el salón.

—Buenas tardes, señor Westbrooke. ¿A qué debo esta visita sorpresa*?* —Preguntó haciendo énfasis en la palabra "visita"

Aunque parecía un saludo lacónico, la expresión de su rostro no mostraba en absoluto que estuviera molesta. De hecho, parecía feliz de verlo.

—Lamento no haberte enviado una nota, pero es que estaba cerca de tu apartamento, y pensé que tal vez te apeteciera tomar el té conmigo. O dar un paseo por el parque. O por el barrio.

Con suerte, su voz no mostraba lo desesperado que se sentía ante la posibilidad de que ella frunciera el ceño y se negara.

Lottie vaciló por un momento y después, para su total sorpresa, dijo:

—Sí. Creo que me apetece dar un paseo. Llevo todo el día encerrada con una estudiante tras otra. Me hará bien tomar un poco de aire fresco.

Dado que hubiera sido el epítome de la falta de elegancia ponerse a dar saltos y gritos de alegría, Carter se limitó a sonreír y a hacerle una pequeña reverencia.

—Gracias.

—Déjame ir a buscar mi capa.

Y con esas pocas palabras, Lottie volvió a salir, y él se quedó contento y emocionado por lo bien que había recibido su invitación.

Por suerte era un raro día soleado y, aunque se acercaban al final del invierno, no hacía demasiado frío. Enseguida salieron a pasear por los alrededores de su barrio entablando una conversación ligera.

—¿Quedaste satisfecha con el comportamiento de tus alumnas en el salón de té el otro día?

Carter detuvo su paseo cuando se acercaron al final de la acera. Como no pasaba ningún vehículo, cruzaron la calle y continuaron.

—Sí. En su mayor parte creo que lo hicieron bastante bien. La pobre señorita Dobson estaba al borde de las lágrimas cuando llegó al día siguiente dar para su lección. Su pregunta sobre si tenías perro la verdad es que no era el tipo de cosas que enseño como método para mantener una conversación educada. Tuve que asegurarle más de una vez que no se trataba de un gran paso en *falso*, ya que tú eras, sobre todo, un sujeto de pruebas.

—Ambas muchachas parecían ser muy dulces. Estoy seguro de que les irá bien si las diriges. —Miró hacia ella para ver su reacción a su siguiente pregunta—. ¿Vas a ser su dama de compañía cuando hagan su debut en Londres?

Lottie respiró hondo y sacudió la cabeza.

—No. Para nada. Mi formación termina justo antes de que se vayan a Londres.

Colocó su mano sobre la de ella, con la esperanza de evitar que saliera corriendo, ya que su reacción a su pregunta fue la que esperaba.

—Qué raro. Pensaba que sus padres mantendrían tu trabajo cuando entraran en al Mercado Matrimonial.

—No. Cuando me contratan dejo muy claro que no seré su dama de compañía. —Lo miró de reojo—. Además, tengo más alumnas que necesitan mis servicios aquí en Bath.

Buena respuesta, mi querida señorita Danvers. Un punto para ti.

—Y, por supuesto, a ti no te gusta Londres.

Carter observaba el escaparate de una librería intentando aparentar que se trataba de una simple conversación y no que estaba sonsacándole información.

De nuevo, ella se puso rígida.

—Sí. No me gusta Londres.

Respiró hondo y *de perdidos al río...*

—Y tampoco quieres que te reconozcan en Londres.

Lottie se detuvo bruscamente. Intentó parecer inocente, pero no creía haberlo logrado.

—¿A qué te refieres? —Su respiración se había acelerado y su cara se enrojecía por momentos—. ¿Por qué lo dices?

—Mmm... Tal vez porque no te has puesto las gafas desde que volvimos a Bath. —Dijo y sonrió con la esperanza de recuperar un poco de calma—. Y creo que no necesitas gafas para ver.

Lottie intentó soltarle el brazo, pero él se aferró a ella con fuerza.

—No te enfades, por favor.

—No me enfado. Sin embargo, tengo que volver a casa. Una alumna llegará a verme pronto.

Ella continuaba tirando del brazo, y él sujetándola.

—Déjame ayudarte, Lottie. Por favor.

Ella negó con la cabeza.

—No sé de qué me estás hablando. Todo está bien. Yo estoy bien.

De nuevo llegaba el momento de retirarse. Si seguía así, la alejaría de él cada vez más, y esa no era su intención.

—Entonces te pido disculpas por molestarte. No era mi intención.

—Tonterías. Como te dije, no estoy molesta.

Su rostro enrojecido y su mano temblorosa desmentían lo que acaba de decir.

—Volvamos a tu casa, entonces, para que recibas a tu alumna.

Carter hizo que se dieran la vuelta para regresar por donde habían venido. Tenía que encontrar una manera de calmarla antes de separarse, o lo más probable es que la próxima vez que quisiera ir a buscarla, ella le diera con la puerta en la cara.

Iban mucho más rápido que antes de hacerle las preguntas, pero cuando llegaron a su edificio, ya estaba un poco más tranquila. Incluso consiguió que sonriera con de sus chistes más tontos.

—¿Puedo volver a buscarte? Tal vez te gustaría ir el Museo de Holbourne.

Le dolió ver que su cara mostraba remordimiento. Era obvio que no quería decirle que no, pero por alguna razón estaba a punto de hacerlo.

—Me temo que no tengo tiempo para visitas y paseos, señor Westbrooke.

Carter le cogió la barbilla para levantarle la cabeza y así poder mirarla a los ojos.

—Sería bueno que asumas que no me rindo fácilmente, Lottie. Estoy muy interesado en ti, y quiero cortejarte. También te aseguro que soy un caballero y nunca haría nada que te haga daño. De ninguna manera.

Ella comenzó a negar con la cabeza, pero él continuó:

—Sé que antes ya me has dicho que no, pero como te expliqué soy muy tenaz. A menos que me digas que sin lugar a dudas no tienes ningún interés en mí, haré todo lo posible para convencerte que salgamos juntos para conocernos mejor.

Para su sorpresa, los ojos de Lottie se llenaron de lágrimas.

—No te gustaría llegar a conocerme, Westbrooke. De eso estoy segura.

Antes de que pudiera detenerla, corrió escaleras arriba y rápidamente la puerta se abrió y se cerró después de que ella entrara.

Dos días más tarde, Lottie y una de sus nuevas alumnas, lady Edwina, hija del vizconde Monroe, subían al carruaje del vizconde para dar un paseo por Milsom Street. Iban al salón de té de los grandes almacenes Jolly's, una de las tiendas más elegantes de Bath.

Charlaron un rato, después se quedaron en silencio. Solo se oía el sonido rítmico de los cascos de los caballos sobre los adoquines, dejando a Lottie con sus propios pensamientos. Pensamientos que siempre volvían a Carter. Le gustaba. A decir verdad, le gustaba mucho. Era obvio que él también estaba interesado en ella. Pero cada vez que se colaba en sus pensamientos la inútil ensoñación de ser una pareja, la apartaba con firmeza.

Aún más problemáticos eran los sueños nocturnos sobre los que no tenía control. Le perturban algunas de las cosas que había soñado hacer con Carter. Cosas que involucraban cuerpos desnudos y mucha caricias. Tal vez *le ocurría* por ser hija de su madre.

El día no era tan agradable como el día que ella y Carter salieron de paseo. El sol se escondía detrás de las nubes y había un poco de brisa. Un recordatorio de que, a pesar de que comenzaba la primavera, todavía hacía frío a menudo.

Pensando en el paseo con Carter, le enfadó que se diera cuenta de que solo usaba esas gafas falsas en Londres. De todos modos, probablemente era una estupidez. Al parecerse mucho a su madre, le hubieran hecho falta más que un par de gafas para disimular ante alguien que la conociera bien.

No se había dado cuenta de que estaba perdida en sus pensamientos hasta que lady Edwina le dijo:

—¿Señorita Danvers? Creo que estamos aquí.

Lottie apartó la cortina de la ventana y miró hacia afuera.

—Oh, cariño. Es verdad. Le pido disculpas por mi falta de atención.

En ese momento se abrió la puerta y el cochero la ayudó a bajar a ella, y después a lady Edwina. Entraron en el salón de té y las acompañaron a una mesa que estaba junto a la pared.

Había bastantes clientes, pero como esta era la primera incursión de lady Edwina en un salón de té como alumna, Lottie le

estaba prestando toda su atención.

Pidieron té con sándwiches de pepino y galletas. Lottie le explicó la forma correcta de servir el té y cómo mantener una conversación educada mientras lo hacía. A pesar de que a lady Edwina solo le faltaba un año para debutar, no había recibido demasiada formación sobre las reglas sociales desde el fallecimiento de su madre, y su institutriz no la había animado a aprender las refinadas artes que las señoritas necesitaban conocer.

—Señorita Danvers, qué placer verla. —Lord Sterling estaba junto a su mesa con una mirada que la asustaba. Antes de que ella alcanzara a reaccionar, se inclinó acercándose mucho a ella—. ¿O debería llamarla señorita Danforth?

Enseguida se apartó y sonrió sin saber, o tal vez sin importarle, que acababa de hacer que todo su mundo se derrumbara.

Lady Edwina la miró como si esperara que Lottie le fuera a presentar a su señoría. Pero Lottie lo único que pensaba era en salir de inmediato del salón de té sin que nadie se diera cuenta.

Tuvo que recurrir a todos sus años de entrenamiento para endurecer su espalda y mirar directamente al hombre.

—Lo siento, mi lord, pero estoy instruyendo a esta joven en el arte de la buena educación y debo pedirle que nos deje tranquilas.

Sterling echó la cabeza hacia atrás y se largó a reír lo suficientemente alto como para atraer la atención de casi todos los presentes.

—¿*Estás* instruyendo a una joven sobre buenos modales? Qué gracioso. ¿Tu madre, que es una cortesana, lo sabe?

—¿Señorita Danvers?

Lady Edwina miró confundida de un lado a otro entre ella y lord Sterling.

—No hay nada de qué preocuparse, mi lady. Sin embargo, creo que debemos acortar nuestra lección de hoy. —Antes de que la pobre muchacha pudiera reaccionar, Lottie se levantó y se dirigió a la puerta. Se detuvo ante el hombre que las había llevado a su mesa, sin saber dónde se encontraba el camarero—. Me temo que mi alumna y yo debemos irnos.

Sacó algunas monedas de su retícula con la mano temblorosa y se las dio al hombre, que estaba muy sorprendido.

Lady Edwina ya la había alcanzado en ese momento y ambas salieron del salón de té.

—¡Espera!

Lord Sterling les pisaba los talones, y Lottie deseaba perderlo de vista.

Sin embargo, tuvo el descaro de agarrarla del brazo para detenerla.

—Quiero decirte algo que podría ser beneficioso para ti.

Lottie cerró los ojos y se volvió hacia lady Edwina.

—Mi lady, por favor vaya al carruaje y regresaré con usted en un minuto.

Todavía con cara de desconcierto, la muchacha asintió y se dirigió hacia el carruaje que se encontraba a pocos metros de la entrada del salón. Una vez que Lottie estuvo segura de que lady Edwina había entrado en el carruaje y la puerta se había cerrado, se volvió hacia lord Sterling.

—Mi lord, no tengo ni idea de por qué sigue molestándome. Por favor, sepa que no deseo hablar con usted, ni que se acerque a mí en público.

Sterling se echó hacia atrás con las manos en los bolsillos apoyándose en los talones.

—Vamos, señorita Danvers. O como te llames. Desde la primera vez que te vi supe que me resultabas familiar. Eres la hija de la señora Danforth. Y, por favor, no lo niegues, ya que eres igual a ella.

Realmente ya no tenía ninguna salida por lo que levantó la barbilla e intentó parecer displicente.

—¿Y si lo soy?

—Entonces me gustaría ofrecerte mi protección. Puedo conseguirte una casa, un carruaje y toda la ropa fina y las joyas que desees. Aquí mismo, en Bath.

La ira que recorrió todo su cuerpo casi hizo que lo golpeara. Sin embargo, como había gente en la calle, y algunos los miraban con interés, simplemente bajó la voz.

—No estoy en venta.

Antes de que él pudiera responder, prácticamente corrió hacia el carruaje, se subió y golpeó el techo para que el conductor iniciara la marcha.

—¿Se encuentra bien, señorita Danvers? —Lady Edwina la observó atentamente.

—Sí, mi lady. Le pido disculpas por acortar nuestra lección, pero ya la continuaremos en otro momento. Por favor, perdóneme.

Sacó su pañuelo y se palmeó el labio superior.

Eso fue todo lo que pudo decir a pesar del gran nudo que se le había formado en la garganta. Pero se las arregló para mantener la compostura hasta que llegaron a la casa de los Monroe, donde Lottie deseó un buen día a lady Edwina e inmediatamente la dejó para irse caminando, y prácticamente corriendo, hasta la casa de los Berkshire.

Addie había estado ocupada con la librería desde su regreso a Londres y habían pasado unas semanas desde la última vez que la había visto. Por ahora, necesitaba a alguien en quien pudiera confiar para abrirle el corazón.

Una vez que el mayordomo le indicó a Lottie que subiera a la sala de estar que tenía Addie junto a su dormitorio, se apresuró a subir los escalones e irrumpió en la habitación, sabiendo que tenía la cara manchada por el llanto. Retorcía un pañuelo insistentemente.

Addie se puso de pie y extendió una mano.

—¿Qué te pasa, Lottie?

Lottie respiró estremecida, acababa de tomar una decisión mientras subía las escaleras para ir al dormitorio.

—Tengo que marcharme de Bath.

—¡Irte de Bath! ¿Por qué?

Dio unos golpecitos junto a ella en su precioso sofá floreado.

Lottie se sentó a su lado secándose los ojos con un pañuelo.

—Porque acabo de llegar de Milsom Street, donde estaba tomando el té con una de mis alumnas. —Otra respiración profunda —. Lord Sterling entró en el salón y me saludó.

Addie esperó pacientemente a que Lottie se recompusiera.

—¿Y?

—¿No lo ves? No puedo quedarme en Bath. Lord Sterling se ha trasladado aquí de forma permanente.

Realmente no le había dicho eso, pero como lo veía tan a menudo y le había ofrecido una casa en Bath, pensaba que debía de ser un residente permanente.

Addie le cogió una mano.

—¿Y?

—Conoce a mi madre. Todo el mundo en Londres conoce a mi madre. Ahora también en Bath sabrán quién es. Debo marcharme de aquí.

Se levantó de un salto para irse pero Addie la agarró de la falda.

—Espera. No lo entiendo.

Lottie intentó soltarse, pero Addie se mantuvo firme.

—Has venido a decirme que tienes que irte de Bath. Pero no te dejaré marchar hasta que expliques por qué. Y no que tan solo me digas que lord Sterling, que, por lo que sé, tiene muy poca importancia, conoce a tu madre.

Lottie intentó decírselo, pero tardó en poder expresar en voz alta a su mejor amiga algo que desconocía por completo.

—Mi madre es la señora Danforth.

Un silencio paralizante siguió a la confesión que resonó en la habitación. Addie respiró hondo.

—Oh, no.

—Sí. Estoy segura de que te suena el nombre. Toda la *clase alta* de Londres sabe quién es. Incluso las jóvenes que debutan, que nunca deberían saber de esas cosas, susurran el nombre de la señora Danforth en los salones privados de las damas.

Lottie se puso de pie y dio unos pasos ante Addie.

—Mi madre es la cortesana más famosa de Londres.

—Pero, ¿por qué tienes que irte de Bath? Aquí tienes amigos y un negocio.

Lottie soltó una risita.

—¿Crees sinceramente que los padres de las niñas a las que he estado instruyendo sobre cómo comportarse en sociedad van a permitir que me acerque a sus hijas? Mi vida ha terminado. Debo

mudarme de nuevo a un lugar donde nadie me conozca ni pueda saber quién soy jamás.

Con esas palabras y la expresión de asombro en el rostro de Addie, se marchó de su casa con la intención de empacar sus pertenencias y tomar el primer tren que saliera de Bath.

No tenía ni idea de hacia donde iría.

Capítulo 9

A la mañana siguiente, mientras Lottie preparaba su equipaje fue interrumpida por un golpe en la puerta. Everson, el hombre que se ocupaba de vigilar la puerta principal de su edificio, estaba allí con un aspecto un poco incómodo.

—Señorita Danvers, hay un caballero y una dama esperándola abajo. Insisten en que deben hablar con usted de inmediato.

Agotada por no haber dormido la noche anterior, estaba un poco confundida. Frunció el ceño y colocó el cepillo, el peine y el pequeño espejo en la cartera.

—¿Le dijeron sus nombres?

—Lord Monroe y la institutriz de su hija, la señora Temple.

¡Su señoría y la institutriz! A Lottie se le retorció el estómago y su corazón se aceleró. Era realmente sorprendente lo rápido que habían llegado las malas noticias hasta la puerta de su casa.

—Dígales que bajaré en un momento.

Sacó el espejo del bolso y se analizó. Parecía pálida y asustada y le resaltaban las pocas pecas que tenía en la nariz. No había forma de arreglarlo. Respiró hondo y salió de su apartamento.

—Buenos días, mi lord. Señora Temple.

Había conocido a la institutriz cuando su señoría la contrató para preparar a su hija para presentarla a la sociedad. Ahora estaba sentada en el sofá marrón oscuro, mirándola fijamente.

Ambos se levantaron.

—Me temo que no es un buen día, señorita Danvers.

Lord Monroe parecía inquieto mientras se dirigía a ella.

—Voy a ir directo al grano —dijo la señora Temple—. He sido la institutriz de lady Edwina, una niña maravillosa, durante años. La he protegido de las cosas más sórdidas de la vida. Es una niña dulce e inocente. Sin embargo, parece que usted no dudó en hablar con uno de sus amantes mientras tomaba el té con mi protegida.

Lottie respiró hondo. Aunque sin duda tenía algo que ocultar, no podía dejar pasar una observación de ese calibre.

—Lo siento, señora Temple, pero, en primer lugar, el caballero —casi se atragantó con la palabra— que habló conmigo ayer no era, nunca ha sido, ni nunca será mi amante. No he hecho nada de lo que avergonzarme, ni expondría jamás a una joven a la parte de la vida a la que usted se refiere.

—¿Niega usted que su madre es una cortesana muy conocida en Londres? —preguntó lord Monroe.

Bien, entonces. Vayamos al grano, ¿de acuerdo?

—No, no lo niego porque es verdad. Sin embargo, no veo ninguna razón para continuar esta conversación. —Se dio la vuelta para irse, pero lord Monroe le dijo—: Está usted despedida. Ya no necesito de sus servicios.

Como Lottie pensaba irse hoy de todos modos, estaba a punto de notificárselo a todos los padres de sus alumnas. Pero esperaba, al parecer sin éxito, que no descubrieran la verdadera razón de su abrupta partida.

—Entiendo. No hay mucho más que decir al respecto.

—¿No tiene usted honor, señorita Danvers? —La señora Temple señaló con el dedo a Lottie—. No puedo imaginar por qué querría hacerse cargo de muchachas jóvenes cuando procede de un entorno tan sucio.

Al borde de las lágrimas, Lottie respondió:

—Lamento que se sienta así, señora Temple, pero no tengo un pasado sucio. Me eduqué en una escuela privada para niñas en Francia. No he hecho nada que justifique su desdén.

—¡Su madre es una puta!

La vergüenza de Lottie se convirtió en ira al escuchar una palabra tan fea.

—¡Cómo se atreve! Mi madre me ha cuidado toda su vida. Pagó una escuela exclusiva para niñas e incluso hacía el viaje de Londres a Francia para verme dos veces al mes. No sabe nada de mi madre.

—Sé todo lo que necesito saber. Pagó esa escuela con dinero mal ganado. —La señora Temple entonces le hizo un gesto con el dedo—. Es usted una vergüenza. No se le debería permitir acercarse a niñas jóvenes.

Lottie señaló la puerta.

—Por favor, váyanse. Ya han dicho todo lo que tenían que decir.

Pero antes de que llegaran a irse, Lottie salió de la habitación y corrió escaleras arriba.

Entró en su apartamento y se apoyó en la puerta. Inspiró grandes bocanadas de aire intentando mantener a raya las lágrimas, pero perdió la batalla y poco a poco se fue deslizando apoyada en la puerta hasta quedar sentada en el suelo. Después se subió las piernas hasta el pecho, apoyó la frente en las rodillas y comenzó a sollozar.

Dos horas más tarde, miró alrededor de su apartamento para asegurarse de que había guardado todas sus cosas más importantes. Era imposible empacar todo lo que había acumulado en Bath. Tendría que dejar los hermosos objetos decorativos que había comprado en la tienda de cosas antiguas. Así como todos sus libros.

Solo podía llevarse la ropa y los productos de aseo. Tal vez debía enviarle una nota a Addie para pedirle que empacara el resto de sus cosas para enviárselas una vez que tuviera un nuevo hogar.

En lugar de tener otra escena como la que se había producido en el salón de abajo, Lottie se tomó el tiempo para escribir notas a todos los padres de sus alumnas. Aunque tras la visita de lord Monroe y su horrible institutriz, la mayoría se iba a enterar de por qué se había marchado a toda prisa. Sin embargo, en sus cartas declaraba que le había surgido una urgencia familiar y que se tenía que marchar de Bath.

El alquiler estaba pagado el resto del mes, así que también dejó una nota para la señora Ponsoby, su casera, en la que le contaba la misma historia de la urgencia familiar. Con suerte, dado que todavía podía usar el piso durante un par de semanas, Addie tendría tiempo de sacar sus cosas antes de que la señora Ponsoby alquilara el apartamento a otro inquilino.

Con una última mirada a su alrededor, se puso la capa, el sombrero y los guantes, y recogió su bolso. Le había encantado vivir en ese apartamento y lo había convertido en un hogar muy cómodo. Había sido su primer hogar, teniendo en cuenta que había vivido en la escuela la mayor parte de su vida. Pero en el fondo, siempre supo que algún día tendría que dejarlo.

El señor Everson estaba en la puerta, como de costumbre. La miró con simpatía, lo que le indicaba que había oído todo lo que había ocurrido entre ella y sus visitantes.

—Debo irme debido a una urgencia familiar.

Levantó la barbilla y lo miró a los ojos. Aunque estaba segura de que sabía por qué se iba, mantuvo la historia que había escrito en la nota de la señora Ponsoby.

—Lamento que nos deje, señorita Danvers. Es una joven encantadora, y estoy seguro de que le irá bien dondequiera que vaya.

Le hizo una reverencia y le ofreció una breve sonrisa.

Estuvo a punto de ponerse a llorar por sus cariñosas palabras, pero antes de permitirse abrir las compuertas, le entregó la nota para su jefa.

—Por favor, entrégueselo a la señora Ponsoby.

—Por supuesto.

Lottie asintió y se fue del edificio. Por mucho que odiara hacerlo, su siguiente parada era el banco para retirar los fondos de los cheques que su madre le había enviado cada mes.

No tenía ni idea de adónde iría, pero quería que fuera un lugar lo más alejado posible de Londres y Bath. Lo más probable es que se fuese Francia. No creía que nadie allí supiera quién era la señora Danforth. En el pequeño pueblo que había cerca de su escuela, su madre era conocida como la señora Danvers, la cariñosa y devota madre de la señorita Charlotte Danvers.

—Señor, lord Berkshire insiste en querer verle a pesar de que no es un momento adecuado para hacer visitas.

El mayordomo de Carter, Manfred, recibió un fuerte empujón por parte de Grayson, que irrumpió en la habitación de Carter que todavía estaba en la cama.

—¿Qué diablos está pasando? —Carter retiró las sábanas y se puso la bata encogiéndose de hombros mientras miraba a Grayson con curiosidad—. ¿Bath ha sido invadida?

Grayson se pasó los dedos por el pelo.

—No. Pero tienes que vestirte rápidamente y reunirte con mi esposa en el piso de abajo, en el salón.

—¿Que vea a tu esposa? ¿De qué se trata, Berkshire?

Se sacó la bata y cogió la camisa que le había entregado el ayuda de cámara.

—Lottie.

Antes de poder reaccionar, Berkshire se marchó y Carter se quedó mirando la puerta cerrada.

¿Lottie? Debía de ser algo grave para que hubieran ido hasta su casa y lo hubieran sacado de la cama. ¿Lottie estaba enferma? Su corazón comenzó a latir con fuerza, sabiendo que lo que lady Berkshire quería decirle no iba a ser una buena noticia.

Se impacientó con la atención que Manfred le estaba prestando a su corbata, por lo que lo apartó y salió de la habitación. Mientras bajaba las escaleras se cruzó con un sirviente.

—Quiero que mi carruaje esté listo para partir.

—Sí, señor.

Fuera cual fuera el problema, estaba seguro de que necesitaría el carruaje. Cuando llegó al salón, vio que lady Berkshire estaba sentada retorciendo un pañuelo entre los dedos. Berkshire se paseaba por la habitación, tan inquieto como su esposa.

—¿Qué ha pasado? ¿La señorita Danvers está enferma?

Miró de un lado a otro a la pareja.

Lady Berkshire se levantó de un salto.

—Oh, menos mal que has sido rápido. No, no está enferma, pero debes detenerla.

Saber que la señorita Danvers gozaba de buena salud lo relajó un poco, pero continuaba nervioso.

—¿Detenerla de qué?

—Se marcha de Bath —dijo lady Berkshire y rompió a llorar.

—¿Se marcha? —Su pánico inicial regresó al mirar a Berkshire —. ¿Por qué se va? ¿A dónde va?

—Creo que deberíamos sentarnos y hablar de esto con calma.

Carter sentía de todo menos calma, pero la única forma de obtener información de Berkshire era respirar hondo y escuchar.

Una vez que se sentaron, Carter miró a lady Berkshire.

—Por favor, explícame qué ha pasado y por qué Lottie se va de Bath.

Lady Berkshire se dio unas palmaditas en los ojos hinchados y rojos.

—Lady Pamela y yo siempre supimos que Lottie escondía algo. Solo nos habló un poco de su pasado, y simplemente nos dijo que tenía una madre en Londres de la que estaba distanciada.

Carter intervino.

—Sabía que estaba ocultando algo porque en Londres iba disfrazada.

Lady Berkshire asintió.

—Sí, las gafas. Lottie se enteró hace un año, justo antes de mudarse a Bath, de que su madre es una mujer muy conocida...

Lady Berkshire miró a su marido.

Berkshire se aclaró la garganta.

—La madre de Lottie es la señora Danforth.

Carter soltó un silbido grave.

—¿La señora Danforth?

—¿Tú también la conoces?

Lady Berkshire volvió a llorar.

—No. No la conozco, pero sé quién es. La mayoría de los jóvenes caballeros de Londres lo saben. Pero por lo que tengo entendido, solo tiene un protector, y el actual lleva años con ella. Para gran pesar de muchos hombres. —Carter miró a Berkshire—. Espero que no te moleste que hable tan crudamente delante de tu esposa.

—En absoluto. Si queremos ayudarla, tenemos que saberlo todo.

Lady Berkshire empezó a retorcer de nuevo su pañuelo.

—Lottie vino a verme ayer, muy enfadada. Lord Sterling se acercó a ella mientras estaba con una de sus alumnas.

Carter sintió que su ira aumentaba.

—Ese canalla lleva tiempo insistiendo en que la conoce. Ya la había incordiado antes con sus insinuaciones.

—Sí. Bueno, al parecer se dio cuenta de por qué le resultaba conocida y le pidió que considerara ponerse bajo su protección.

El pesado silencio que se formó solo fue roto por las palabras de Carter en voz baja:

—Lo mataré.

Berkshire asintió.

—Pero hay un asunto mucho más importante con el que debes lidiar.

—¿Entonces puedo matarlo?

Lady Berkshire negó con la cabeza con fastidio.

—¡Hombres! Lo que tienes que hacer ahora mismo es evitar que Lottie se vaya.

Su sangre corría tan rápido por su cuerpo que sentía cómo latía con fuerza por su cabeza y parecía que le iba a explotar en cualquier momento. Pero el problema con Sterling tendría que esperar hasta después de tener a Lottie entre sus brazos.

—Evidentemente ella quiere irse. Sterling le ha hecho imposible ganarse la vida. Nadie de la alta sociedad le permitirá instruir a su hija.

Lady Berkshire asintió.

—Pensaba recoger su apartamento e irse hoy a no sé dónde. Ni siquiera lo sabía ella misma.

—¡Hoy!

—Sí. Debes detenerla —dijo lady Berkshire gimiendo.

—Dondequiera que vaya, tiene que ir a la estación de tren de Bath. —Carter se acercó a la puerta principal— ¿Dónde está mi carruaje?

Manfred respondió:

—Esperándole, señor.

Carter tomó una mano de lady Berkshire entre las suyas.

—Eres un buen amigo. Te necesitará las próximas semanas.

—Quiero mucho a Lottie. Siempre estaré a su lado, de eso no tengo ninguna duda. Hoy voy a visitar a lady Pamela y le contaré lo que está pasando. Ella también estará con Lottie.

Lady Berkshire tocó a Carter en un brazo, y el delicado contacto sirvió para calmarlo.

Carter examinó el rostro angustiado de lady Berkshire y se volvió hacia su marido.

—Pidan un té si quieren. Voy a buscar a la señorita Danvers. No va a ir a ninguna parte. Confiad en mí.

Enseguida salió de la casa y se subió a su carruaje.

—Estación de tren de Bath. Rápido.

Había pensado en cien manera diferentes de acercarse a Lottie, pero ya solo le quedaba una en su mente. Simplemente era suya. Siempre sería suya, y no le importaban en absoluto sus antecedentes.

Ahora comprendía la ansiedad que sentía cuando estuvieron en Londres. Cualquiera que hubiera asistido a una de las numerosas fiestas de la señora Danforth la podría reconocer. Aunque nunca había estado en presencia de la señora Danforth, la insistencia de Sterling en que le resultaba conocida significaba que debía haber un parecido entre las dos mujeres.

La señora Danforth era famosa por sus fiestas, pero, por lo que había escuchado, no eran demasiado hedonistas. Las personas que asistían eran bohemios, pero también iban muchos miembros de la *clase alta*: caballeros y algunas damas atrevidas, también adornaban su salón, junto con muchos miembros de la clase comerciante adinerada.

Se sabía que había expulsado a hombres de sus eventos por beber en exceso, o por acosar a sus empleadas. En todos los sentidos, la señora Danforth era una mujer muy bien educada, con un gusto excelente y una personalidad agradable.

La estación de Bath estaba abarrotada, como siempre. Revisó la sala de espera, la taquilla, y los bancos atestados de viajeros. Se tuvo que disculpar en numerosas ocasiones por chocarse con alguien. Frustrado, estaba a punto de unirse a la cola para preguntar al vendedor de pasajes si recordaba a Lottie, cuando se abrió la puerta del baño de damas y apareció de pronto.

Su corazón casi se paraliza. Era tan hermosa, y se veía tan perdida y vulnerable. Le nacieron un montón de sentimientos protectores. Quería tomarla en sus brazos y abrazarla. Decirle que nada malo le pasaría.

Lentamente, se abrió paso entre la multitud y se dirigió hacia ella. Ella levantó la vista y se quedó con la boca abierta cuando lo

vio. Rápidamente se dio la vuelta, e intentó de correr hacia la sala de espera, pero dos mujeres le bloquearon la entrada y él la consiguió alcanzarla.

—Deja que me marche. Por favor.

Unas lágrimas asomaban por sus hermosos ojos.

—No, Lottie. No te dejaré ir. Ni ahora, ni nunca.

La rodeó con sus brazos a pesar de que estaban en medio de la estación rodeados de porteadores y pasajeros bulliciosos.

—No lo entiendes.

Su voz era casi un gemido.

Carter le agarró la barbilla y le inclinó la cara hacia arriba.

—Sí. Sí. Lo entiendo, y debes saber que me perteneces.

—¡No quiero tener un protector! —Lo empujó y se dio la vuelta para huir, pero la detuvo—. No, cariño. Por favor. Nunca te humillaría de esa manera.

Ella se quedó quieta y una lágrima solitaria recorrió su delicada piel.

—Entonces no entiendo.

Estaba con hipo, y él quería abrazarla y llevársela muy, muy, muy lejos. Lejos de un mundo que la culpaba de algo con lo que no tenía nada que ver.

Carter le sonrió con cariño y le acarició las mejillas.

—Te quiero, señorita Charlotte Danvers. Quiero que seas mi esposa.

Capítulo 10

Lottie miró fijamente a Carter durante un minuto entero, mientras su corazón retumbaba con fuerza y repetía en su cabeza una y otra vez lo que le había dicho.

Quiero que seas mi esposa.

O bien había desarrollado un problema de audición o Carter no había entendido por completo su dilema. Estaba demasiado confundida como para siquiera pensar en lo que le había dicho, y simplemente preguntó:

—¿Por qué estás aquí?

Un ceño fruncido fue su única respuesta.

—Quiero decir, aquí en la estación de tren.

Carter la tomó del brazo y la alejó del ruidoso andén.

—Encantado te lo explico, pero tenemos que hablar, y este no es el lugar adecuado para lo que necesito contarte.

Ella le agitó el pasaje delante de la cara.

—Me voy en el próximo tren a Londres.

—Odias Londres y no vas a ir a ninguna parte hasta que pueda hablar contigo.

Solo se le ocurría una razón por la que él estaba allí haciéndole esa ridícula declaración. Addie. Debió de contarle lo que había ocurrido con lord Sterling. Lo más probable es que Carter hubiera venido para desempeñar el papel de caballero que rescata a una dama en apuros y la convence para que no se vaya. Incluso recurriendo a decirle cosas absurdas.

Quiero que seas mi esposa.

—Mi carruaje está a la vuelta de la esquina. Como prefiero hablar en privado, es el lugar perfecto.

La determinación que se veía en su rostro era casi cómica.

Lottie intentó negarse a avanzar.

—Solo tengo veinte minutos hasta que salga mi tren.

Él no le respondió, pero continuó haciéndola avanzar.

—Lo que tengo que decirte solo tomará unos minutos.

Resignada a permitir que Carter le explicara lo que pensaba, caminó con él hasta su carruaje. La ayudó a entrar desde afuera y enseguida se unió a ella. Una vez que se acomodaron, golpeó el techo del carruaje y se movieron.

—Pensaba que esto no te tomaría demasiado tiempo. Tengo que coger un tren.

—No hay ningún tren. No hay por qué irse.

Se acercó a ella y le dio un tirón para que se sentara en su regazo.

—¡Señor Westbrooke! Esto es de lo más impropio.

Pero, por inapropiado que fuera, no podía impedir el cosquilleo que siempre se burlaba de ella cuando estaba cerca de él. El conocido aroma de su jabón de baño y los duros músculos de sus muslos que ella sentía a través de sus múltiples capas de ropa, le provocaban sensaciones que nunca podría tener.

Carter la rodeó con sus brazos.

—Me arrodillaría, pero me temo que si te suelto, saltarás como una loca del carruaje en movimiento y te harás daño.

Ella negó con la cabeza.

—Por favor, no me repitas lo que dijiste en la estación de tren.

—Lo voy a volver a repetir porque lo dije en serio. Quiero que seas mi esposa. Quiero ser tu esposo. Quiero que nos casemos. Los dos. Tú y yo. —Sonrió—. ¿Está lo suficientemente claro?

Lottie gimió y cerró los ojos.

—Sé por qué estás haciendo esto. —Respondió ella fulminándolo con la mirada—. Addie debe de haberte contado lo que me pasó ayer con lord Sterling. También te habrá contado que me tengo que ir de Bath para evitar el odio que se levantará contra mí en cuanto se corra la voz acerca de quién es mi madre.

Él continuaba sonriéndole como si le estuvieran contando un hermoso cuento para dormir.

—Sí. lady Berkshire ha sido lo suficientemente inteligente como para despertarme a primera hora de la mañana y contarme lo que ha ocurrido con Sterling, a quien iré a ver pronto para tener una charla, y que querías irte de Bath.

Ella iba a empezar a hablar, pero él levantó una mano.

—No la conozco personalmente, pero he oído hablar de ella, la señora Danforth. Lo que no sabía era que tenía una hija maravillosa, hermosa, inteligente y encantadora. —Le acarició las mejillas—. De quien me he enamorado perdidamente.

Ella negó con la cabeza.

—No. No. No.

—Sí. —Dijo y enseguida se movió para que estuvieran sentados cara a cara—. No me importa quién sea tu madre. Te amo, y quiero que seas mía.

Lottie apoyó las manos en sus hombros.

—¡Eres el hijo de un conde! ¿Te imaginas lo que diría tu padre si fueras tan tonto como para casarte conmigo?

—Espero que me diga "felicidades", pero incluso si no lo hace, para mí no cambia nada. Él no es quien me hace tan feliz como tú. No me llena el corazón como lo haces tú.

Lottie levantó los ojos al cielo.

—¿Entiendes los comentarios que lanzarán a mi paso? ¿Y cómo te rechazarán por haberte casado conmigo?

Carter se puso rígido y la expresión de su rostro la asustó.

—Si alguien te dice algo despectivo, es mejor que se prepare porque le daré una paliza.

—Entonces tendrás que estar dispuesto a gastar bastante dinero en vendas, porque una vez que se sepa que soy hija de la señora Danforth se van a producir todo tipo de comentarios.

Carter le pasó el dedo por la mejilla, probablemente intentando distraerla.

—Por favor, dime que sí. Tendrás la protección de mi apellido y de mi familia. Nadie te insultará. —Volvió a sonreír—. Aunque no amenace con dar una paliza a quien lo haga.

Si consideraba seriamente su oferta, ¿estaba de verdad pensando hacerlo?, tenía que decirle una cosa más.

—Hay algo más que debes saber antes de seguir deseando pasar conmigo el resto de tu vida.

—Sí —la besó suavemente en los labios.

—No quiero...

—¿Qué?

Carter le mordisqueó la oreja a pesar de que la estaba distrayendo.

—Hacer lo que hace mi madre.

Carter elevó las cejas casi hasta la línea del cabello.

—¿Convertirte en cortesana?

—No, por supuesto que no. Quiero decir, que no quiero ser una cortesana. Me estás confundiendo.

Carter tomó sus manos entre las suyas y le besó los nudillos.

—Dilo, cariño. Dime qué es lo que te preocupa.

—No quiero consumar el matrimonio.

Carter se detuvo y la miró a punto de besarle los nudillos de nuevo.
—¿Qué?

—No creo que pueda hacerlo. —Tenía la cara completamente roja y se mordía el labio inferior—. No me atrevo a hacer lo que mi madre hace por dinero.

—Entonces no te pagaré.

Lottie apartó sus manos y se las colocó en las caderas, aunque dado el irregular pavimento por el que viajaban, podría terminar cayéndose.

—No es una broma.

—No estoy bromeando. Haré lo que sea que quieras que haga para que te sientas segura y protegida. Pero... no puedo aceptar que no haya consumación. Por otro lado, me gustaría tener hijos algún día.

—Yo también.

Carter negó con la cabeza, sin dar crédito a la conversación que estaban teniendo, pero contento de que estaban tardando lo suficiente como para que el tren partiera sin ella.

—Mi amor, para tener hijos, tiene que haber un hombre y una mujer, y deben tener relaciones sexuales. Y como es bastante raro que una mujer conciba en un solo intento, las relaciones sexuales deben ser continuas.

Carter no se desanimó. La vez que la había besado, o cuando la había tenido en sus brazos mientras bailaba, había sentido la pasión que se desataba en ella. Podría ser que ella pensara que no quería

algo así en ese momento, pero con el tiempo y el esfuerzo suficientes, sabía que podría convencerla de que el placer que se proporcionaban las parejas era algo maravilloso.

—Solo prométeme que me vas a permitir que te abrace, te toque y te bese.

—¿Eso es todo?

—Por ahora.

Ella continuó pensando un rato, y después asintió lentamente.

—Sí. Si eres lo suficientemente tonto como para casarte conmigo con lo que sabes de mi madre, y estás dispuesto a no presionarme con lo otro, entonces lo acepto...

—¿Casarse conmigo?

—Casarme contigo.

Inmediatamente le quitó el pasaje del tren de la mano y lo rompió en pedazos.

—Ya no lo necesitas

—¿Qué voy a hacer ahora? He dejado a mi apartamento, aunque todavía me quedan un par de semanas de alquiler.

Carter la atrajo hacia él para darle un beso que la tranquilizó. Podían resolver todos los problemas logísticos, así como cualquier cosa que ella pudiera imaginar, pero en ese momento lo único que quería era besar a su prometida.

Ella estuvo un poco rígida al principio, pero después, mientras él continuaba el asalto a su boca, se ablandó y comenzó gemir mientras él se enredaba con su lengua. Carter colocó una mano en la parte baja de su espalda y tiró de ella.

Enseguida se apartó un poco y la llenó de besos por la garganta y la mandíbula.

—Tan suave.

Después le metió los dedos en el pelo, le arrancó el sombrero haciendo que numerosas horquillas salieran volando.

La mujer que afirmaba que no quería consumar su matrimonio era cualquier cosa menos pacata y tímida. Lottie le puso las manos en las mejillas y lo besó.

El carruaje disminuyó la velocidad debido al tráfico y ella cayó hacia atrás.

—¡Espera! —Jadeaba y tenía las mejillas sonrojadas. Mostraba mucha pasión en la mirada y Carter estaba muy satisfecho con su acuerdo. No tardaría mucho en seducirla para conseguir llevársela a su cama—. Esto no es correcto. Si alguien se asomara al carruaje, sería mi ruina.

Se agachó para recuperar el sombrero y se lo colocó en la cabeza. Él no tuvo el valor de decirle que como tenía el pelo desordenado, el sombrero no le iba a cambiar demasiado la apariencia.

—Tienes razón. Este no es el lugar para una celebración de compromiso. Déjame decirle al cochero que vaya a la mansión de lord Berkshire. Estoy seguro de que lady Berkshire estará encantada de poder alojarte hasta nuestra boda.

Lottie se limitó a asentir con la cabeza y él dio unos golpecitos en el techo. El conductor abrió la pequeña ventanita y miró hacia abajo.

—Sí, señor.

—Por favor, diríjase a la casa de lord Berkshire.

—Muy bien, señor.

La pequeña abertura se cerró y el conductor aceleró el paso, ya que no tenía que vagar por la ciudad sin rumbo hasta que Carter le diera nuevas órdenes.

Lottie quiso salirse de su regazo, pero él se negó a dejarla moverse al otro lado y, en cambio, la ancló pegada él.

Ella lo miró con sus hermosos labios hinchados por el beso.

—No quiero una boda.

Sonrió. Había aceptado casarse con él, pero no quería tener relaciones sexuales y tampoco quería una boda. Empezaba a darse cuenta de que su futura esposa podía ser bastante confusa a veces.

—¿Disculpa? ¿Quizás te refieres a una boda pública, mi amor?

—Sí. No quiero una boda pública. Solo nosotros y los testigos.

—Eso me va bien, pero debo advertirle que no tengo intención de esperar a que se publiquen las amonestaciones. Haré que Berkshire solicite al arzobispo de Canterbury una licencia especial para nosotros.

—¿Qué es eso?

—Nos permitirá casarnos sin las tres semanas que hay que esperar desde que se publican las amonestaciones. También podemos casarnos en cualquier lugar, no necesariamente en una iglesia.

Ella cerró los ojos y sonrió.

—Eso es perfecto.

Carter tomó sus manos entre las suyas.

—¿Quieres hablar conmigo de tu madre?

Inmediatamente ella se apartó y cruzó los brazos sobre su cintura.

—No. —Se mordió el labio durante un minuto y luego dijo—: Pero creo que, dado que te estás arriesgando con la denigración pública, tienes derecho a saberlo. Aunque, debes entender que yo no sabía nada de mi madre... ni de su ocupación, hasta el año pasado.

Por mucho que quisiera que volviera a sus brazos, Carter le dio el espacio libre que evidentemente necesitaba.

—Fue una madre maravillosa toda mi vida. Pasé mis primeros años con una familia encantadora en el campo, los Stevens. Eran una pareja mayor con un hijo adulto, y todos me querían con locura. Mi madre me dijo que eran amigos suyos y que quería que disfrutara del aire campestre. Como ella tenía que estar en Londres, prefería que viviera con ellos.

Me visitaba muy a menudo, me traía regalos y me llevaba a lo que llamábamos "aventuras". Eso significaba hacer pícnics, recoger flores, e incluso hacerse cargo de la cocina de la señora Stevens para hornear pan, hacer mermelada con la fruta que recogíamos y preparar uno de los platos favoritos de mamá: verduras en escabeche.

Carter notó inmediatamente el cambio en Lottie. El brillo en su rostro y la emoción que mostraba en su mirada le indicaban que la ruptura con su madre probablemente la estaba consumiendo lentamente.

—Después, cuando cumplí diez años, me inscribió en un internado privado para niñas a las afueras de París. Sorprendentemente, me visitaba al menos dos veces al mes.

También pasamos momentos maravillosos entonces. Conocimos gran parte de París, visitamos todos los sitios turísticos más bonitos y comíamos comidas deliciosas. —Su voz se apagó lentamente y lo miró—. ¿Por qué lo haría? Simplemente no lo entiendo.

—Cuando te enteraste de su situación, ¿le preguntaste por qué?

Su corazón se rompió al ver su rostro. Tenía la sensación de que ella nunca le había contado eso a nadie. Ni siquiera a sus mejores amigas.

Ella negó con la cabeza.

—No. Me temo que solo me puse a despotricar y a gritar. Me comporté como una niña.

—Y después te marchaste.

—Sí. Esa misma noche alquilé un carruaje y me quedé en un hotel durante dos noches hasta que decidí venir a Bath. —Se frotó los brazos como si de repente se hubiera resfriado—. No tenía lo suficiente para formar un hogar con el dinero que había ahorrado de mi salario como maestra los últimos dos años en la escuela, así que mi madre me dio lo suficiente para mudarme, pero le devolví cada centavo.

Sabía en su corazón que Lottie nunca estaría en paz hasta que pudiera volver a enfrentarse a su madre. Pero en este momento, estaba más preocupado por llevarla a la casa de Berkshire, solicitar la licencia especial y casarse.

Un breve viaje de bodas les daría tiempo para alejarse de cualquier escándalo que se hubiera producido en Bath. También le daría la oportunidad de acostumbrar a su esposa a lo que ocurre en el lecho matrimonial.

Siempre optimista, estaba seguro de que todo saldría bien. Lo que más deseaba era oír de los labios de Lottie que lo amaba tanto como él la amaba a ella. Le llevaría un tiempo, estaba seguro, pero el tiempo era lo único que tenía una vez que ella fuera legalmente suya.

—Hemos llegado, cariño.

Carter apartó la cortina y miró por la ventana mientras se detenían frente a la casa de Berkshire. La puerta del carruaje se abrió, salió él primero y se volvió para ayudar a Lottie a bajar.

—¡Lottie! Oh, menos mal que te encontró a tiempo.

—Lady Berkshire bajó apresuradamente los escalones con los brazos extendidos, lista para abrazar a su amiga.

Ambas mujeres lloraron mientras se abrazaban. Mientras Carter sonrió a Berkshire, que observaba a su esposa con la misma mirada de amor, y estaba seguro de que también se reflejaba en su propio rostro.

Capítulo 11

Lottie entró en el salón comedor de la casa de Berkshire para unirse a Addie, lord Berkshire y lady Pamela a disfrutar de una comida que olía a maravilla.

—¡Pamela!

Lottie corrió hacia ellos mientras Pamela se levantaba de su asiento para abrazarla.

Pamela la abrazó con fuerza y luego se echó hacia atrás para observarla.

—¿C-cómo te atreviste a p-pensar que tenías que d-dejar tu casa y a tus a-amigos? ¿No s-sabes que todos te queremos y que si-siempre estaremos a tu lado pase lo que p-pase?

A la pobre Pamela le costaba hablar sin tartamudear porque estaba muy nerviosa, a pesar de estar rodeada de amigos. Lottie se sentía culpable por la angustia de su amiga. La volvió a abrazar.

—Lo sé. Debí haberlo sabido hacer mejor. Pero estaba tan...

—¿Por qué no te sientas y comes algo? —Addie hizo un gesto hacia la silla que tenía frente a ella—. Desde que se me han pasado las náuseas matutinas, estoy hambrienta todo el día. Si esto sigue así, me a costar cruzar la puerta cuando sea el momento de que nazca este niño.

Addie le había contado la noche anterior que ella y lord Berkshire esperaban su primer hijo dentro de unos cinco meses. Como se había quedado tan preocupada por Lottie la noche en que la visitó para decirle que se iba de Bath, había mantenido el silencio sobre su bebé porque no quería mostrar su alegría justo cuando ella estaba tan fastidiada.

—¿No es maravilloso, Lottie? ¡Vamos a ser tías! —Dijo Pamela sonriendo a Addie.

Lottie estaba realmente feliz por Addie y Berkshire. Al mismo tiempo, pensó que era muy valiente de su parte tener un hijo cuando el hijo pequeño de Berkshire, Michael, era sordo. ¿Podría tener este nuevo bebé la misma dolencia?

Pero claro, si se dedicaban a la actividad que realizaban las parejas casadas, tenía casi garantizado tener otro hijo.

Eso hizo le hizo pensar en su propia situación. Había pasado buena parte de la noche dando vueltas en la cama, con miedo de que sus sentimientos hacia Carter fueran casi tan fuertes como los de él hacia ella. ¿Era justo de su parte casarse con él cuando estaba segura de que tendría muchos dolores de cabeza debido a su elección?

Entonces tomó conciencia de que ya era un hombre adulto, conocedor del mundo, y si a él no le importaban sus antecedentes, lo mejor era que dejara de preocuparse por ello. Sonrió al pensar que se le estaba contagiando la actitud optimista de Carter.

—Sí. Es muy emocionante, —dijo Lottie en respuesta a la pregunta de Pamela—. Pienso malcriar todo lo que pueda al futuro sin vergüenza.

Pamela le sonrió.

—A menos que algún día tengas uno propio.

—Es de esperar que así sea.

Carter entró en el comedor y saludó a Lottie dándole un beso en la mejilla.

—Buenos días, mi amor.

Ella sintió un hormigueo en el estómago y se ruborizó de pies a cabeza

—Buenos días, a ti también.

Addie y Pamela intercambiaron miradas divertidas, que no hicieron más que aumentar su rubor.

Lottie tomó la bandeja de huevos del centro de la mesa y colocó uno en su plato, junto a una rebanada de pan tostado y tomates guisados.

Carter y Berkshire se pusieron a conversar sobre sus negocios, lo que ayudó a Lottie a calmarse y a poder desayunar.

—Tenemos que ir a comprarte un vestido para la boda.

Addie tomó su último sorbo de té y colocó la taza sobre el platillo.

—Sí. Definitivamente necesitas un vestido.

Los ojos de Pamela brillaban de emoción. No parecía que se sintiera excluida, a pesar de que una de sus amigas se había casado y esperaba un bebé, y la otra se estaba preparando para su boda. Al fin y al cabo, las tres se habían prometido que no iban casarse por preferir la libertad de llevar una vida independiente.

Lottie nunca entendió por qué Pamela llevaba tanto tiempo soltera siendo que era tan guapa y talentosa. Por supuesto, su tartamudez y su timidez casi paralizante no ayudaban, pero era una mujer inteligente e ingeniosa. Y cantaba como un ángel.

—Creo que tan pronto como acabes de desayunar, deberíamos ir las tres a la tienda de Madame LeBlanc para pedirle que te prepare algo maravilloso —dijo Addie.

Carter cubrió la mano de Lottie con la suya.

—No hay tiempo para hacer vestidos, mi amor. Una vez que Berkshire obtenga la licencia especial, tengo la intención de que nos casemos de inmediato.

—¿Cuál es la prisa? —Preguntó Addie.

Carter apretó la mano de Lottie.

—Como rechazó a lord Sterling, tengo muchas razones para pensar que se vengará contándole a todo el mundo lo de la señora Danforth.

Lottie respiró hondo al escuchar que el nombre de su madre se deslizaba tan fácilmente por los labios de Carter. Rápidamente miró alrededor de la mesa. Nadie reaccionó en contra de lo que había dicho. Claro que no, eran sus amigos. Tenía que recordárselo una y otra vez. De hecho, hacía mucho tiempo que debía haberles contado lo que pasaba con su madre a Addie y a Pamela.

—Igual podemos ir a ver a Madame LeBlanc. Tiene varios vestidos ya confeccionados, y algunos de ellos son realmente muy bonitos. Estuve en su tienda hace una semana y me sorprendió mucho la cantidad y variedad de ofertas que tiene.

Ahora que Lottie no tenía que gastar su dinero en mudarse a un nuevo lugar, tenía lo suficiente como para comprarse algo especial para su boda. Lo sacaría de sus propios ahorros y después volvería a poner el dinero de su madre en el banco.

—Sí. Es una muy buena idea.

Carter levantó una tostada.

—Id a todas las tiendas que queráis y comprad lo que más os guste, y que después me envíen las facturas.

—No. Yo no puedo hacer eso. —Lottie negó con la cabeza—. Tengo suficiente dinero como para pagarme un vestido.

Empezaba a entrar en pánico. Eso era real. Iba a ser la esposa de Carter, y por el resto de su vida estaría bajo su control. Es curioso cómo nunca había pensado demasiado en eso. Había estado siempre tan concentrada en la idea de no casarse nunca que no había prestado demasiada atención al hecho de que su vida estaba a punto de cambiar.

—Cariño, eres mi prometida, y pronto serás mi esposa. Soy legal y moralmente responsable de tu alojamiento, comida, ropa y cualquier otra cosa que desees tener. Puedes redecorar nuestra casa, tirar los muebles y comprar unos nuevos si eso es lo que quieres. No es solo un requisito, sino que es algo que me encanta que sea así.

—Por supuesto, Lottie. El señor Westbrooke tiene razón.

Addie le sonrió con cariño, tal vez temerosa de que Lottie volviera a negarse. O tal vez porque percibía el nerviosismo que esa conversación provocaba en su amiga.

—Creo que ha llegado el momento de que dejemos de llamarnos utilizando el tratamiento de cortesía y comencemos a usar nuestros nombres de pila. —Lord Berkshire miró alrededor de la mesa—. Es bastante incómodo llamar a las mejores amigas de mi esposa, señora Westbrooke y lady Pamela.

Todos asintieron con la cabeza.

—Tenemos que irnos. —Después de mirar el plato de Lottie, Addie se puso de pie y empujó su silla hacia atrás—. Tenemos que ir a un montón de sitios para encontrar todo lo necesario para la boda. —Entonces guiñó un ojo a Lottie—. Y para tu noche de bodas.

De nuevo, Lottie se sonrojó hasta la raíz del cabello. Notó una sonrisilla en el rostro de Carter, que ella le devolvió. Había pasado de sugerirle que no consumaran su matrimonio a morirse de deseo cuando Carter la besaba.

Addie se inclinó para besar a Berkshire, o como quería que lo llamaran, Grayson, en la parte superior de su cabeza. Y, Lottie hizo lo mismo con Carter muy desconcertada. La verdad es que le gustaba.

Las tres salieron de la casa y entraron en el carruaje de Berkshire que las esperaba. Comprar ropa sin tener que contar los centavos iba a ser una experiencia nueva.

Pamela miró a Lottie mientras el carruaje avanzaba.

—Lottie, no quiero molestarte, pero Addie prefirió no contarme lo de tu madre y del problema que tenéis. Me dijo que era una prerrogativa tuya contarlo si querías.

Lottie pensó durante un minuto.

—Como pronto todo el mundo en Bath lo va a saber, no hay ninguna razón para que no te cuente toda la historia.

—Me gustaría tener más información solo si se sientes cómoda de hacerlo. —Addie la miró con preocupación—. No queremos estropear la alegría de este día, pero creo que una vez que saques todo a la luz, te sentirás mejor.

—Probablemente tengas razón. Sentí un gran alivio cuando Carter y yo tuvimos una conversación sobre lo que pueden hacer aquellos que probablemente me causarán problemas.

Todo el resto del viaje desde la casa de Berkshire hasta el centro de Bath, donde estaban las tiendas que pretendían visitar, Lottie fue explicando a sus mejores amigas la historia de por qué había terminado en Bath y les había ocultado la razón.

Addie no se equivocaba. Se sintió mucho mejor cuando el carruaje llegó a la tienda de Madame LeBlanc y las tres se dirigieron al local con los brazos entrelazados, muy emocionadas charlando sobre qué tenían que comprar.

—Sé que planeas hacerle una visita a Sterling, que es exactamente lo que yo haría si fuera Addie la que hubiera sido víctima de acoso por parte de un hombre. ¿Debo ir contigo para evitar que celebres la boda en una celda de la cárcel?

—No. Esto es algo que tengo que hacer yo mismo. Te aseguro que mantendré el control y no lo mataré. —Carter le guiñó un ojo y

salió del comedor—. Eso creo.

Dado que Sterling pertenecía a la nobleza consentida que vivía de una buena herencia, de la que sin duda disfrutaba con entusiasmo, lo más probable es que estuviera en alguno de sus clubes.

Lo buscó sin éxito en The People's Club en Harrington Place y en The Bath and Country Club en Queens Square 21-22. También fue a algunos de los clubes menos conocidos y más nuevos sin encontrar ni rastro de él.

Después de comprobar que el sinvergüenza tampoco estaba en Pump Room, Carter hizo que el conductor del carruaje se dirigiera a la casa de Sterling en Woodland Place, suponiendo que el muy holgazán estaría durmiendo tras una noche de juerga.

El mayordomo tardó unos minutos en abrir la puerta después de que Carter dejara caer la aldaba. Era un hombre alto, lo suficientemente mayor como para ser el bisabuelo de Sterling y se notaba medio dormido, con los ojos apagados y despeinado.

—¿Sí?

Si así era el mayordomo, imaginó que Sterling no debía de tener una casa demasiado organizada y eficiente.

—He venido a ver a lord Sterling.

El hombre permaneció un minuto entero mirándolo. A punto de perder la paciencia, Carter dijo:

—¿Puedo entrar y que avise a su señoría?

—Su señoría nunca se levanta antes de las dos de la tarde.

—Hoy será diferente. O despierta a *su señoría* o iré a buscarlo y lo haré yo mismo.

—Esto es de lo más impropio.

Al hombre le costaba tanto mantenerse de pie que Carter finalmente se dio cuenta de que estaba borracho.

—No importa.

Carter empujó al mayordomo y entró en la casa. Las habitaciones a ambos lados del vestíbulo estaban llenas de naipes, vasos vacíos, botellas de licor y ropa interior femenina de fantasía.

Había un hombre roncando acurrucado sobre una mesa boca abajo mientras sujetaba una botella vacía.

Carter no tardó mucho en evaluar lo que había sucedido la noche anterior. Sacudió la cabeza disgustado y subió las escaleras.

—¡Sterling!

Comenzó a abrir puertas, despertó a varios huéspedes, la mayoría de ellos desnudos, y en más de una cama había varias personas.

—¡Sterling!

Siguió golpeando puertas hasta que finalmente una mujer salió de una de ellas, atándose el cinturón de una bata de hombre.

—¿Quién es usted? ¿Qué es lo que quiere?

—Quiero ver a Sterling. —Carter movió la cabeza hacia donde ella estaba—. ¿Está ahí?

Ella bostezó haciendo un ruido bastante fuerte. Una verdadera dama...

—Sí. Pero está durmiendo.

—Ya no. —Levantó suavemente a la mujer por los codos y la dejó a un lado—. Ve a preparar un café. Fuerte.

—¡No soy una sirviente! —Dijo con la voz entrecortada.

—Entonces busca a una.

Entró en la habitación y cerró la puerta. Las cortinas alrededor de la cama estaban cerradas y las de las ventanas echadas.

—Es hora de levantarse, Sterling.

Carter retiró las cortinas de las ventanas dejando que la luz brillante del sol inundara la habitación. Después corrió las cortinas de la cama y se quedó mirando al desecho humano que yacía encima. Desnudo y oliendo a destilería.

Agarró el pelo de Sterling y se echó hacia atrás para poder verle la cara.

—Es hora de levantarse, Sterling.

Los ojos de Sterling se abrieron y soltó un quejido.

—Debe de ser un mal sueño.

—No. Soy tu peor pesadilla.

Carter soltó el cabello del hombre y se dirigió hacia el tocador al otro lado de la habitación. Cogió la jarra de agua, que estaba medio llena, y la lanzó sobre la cabeza de Sterling.

—¡Qué infierno es este! —Sterling se levantó de un salto y se sacudió la cabeza, haciendo que el agua salpicara por todos lados—. ¿Eres Westbrooke? ¿Qué haces en mi dormitorio? ¿Viniste invitado anoche? No me acuerdo.

Dio un gemido y se sujetó la cabeza.

—Sí. Soy yo, el señor Carter Westbrooke. He venido para traerte un mensaje que espero que no tenga que repetirte demasiadas veces antes de que entre en tu cerebro de alcohólico.

—¿Se trata de esa puta?

El puño de Carter se disparó directamente a la mandíbula de Sterling. El hombre cayó como un saco de harina.

—Este ha sido tu segundo error.

Sterling lo miró desde la cama.

—Sal de mi casa.

Carter se frotó los nudillos, ansioso por asestarle otro golpe.

—En caso de que te preguntes cuál fue tu primer error, fue que abordaras a mi prometida en la vía pública e insultarla con una oferta que no vale la pena repetir.

—¿Tu prometida? ¿Estás loco? Si es...

Carter agarró el cuello de Sterling y lo tiró hacia adelante, y le dio un puñetazo en el estómago.

—Nunca. Digas. Esa. Palabra. Otra vez.

Sterling se dobló mirándolo.

—¿Sabes lo de su madre? —Levantó la mano—. No me vuelvas a pegar, o voy a vomitar todo lo que bebí anoche. Solo quiero saber si conoces a la familia de tu futura esposa.

—Sé todo lo que necesito saber. Pero escucha esto, Sterling. Si pronuncias una sola palabra sobre mi esposa, o su madre, o sus tías, hermanas, primas o antepasadas, volveré por ti y te puedo asegurar que lo vas pasar mal.

Sterling se enderezó y se mantuvo en pie hasta que volvió a desplomarse en la cama. Miró a Carter asombrado.

—La amas.

—Solo recuerda lo que te dije. Si alguien te cuenta cualquier cosa sobre la señorita Danvers, o te pide tu opinión sobre ella, no

dirás nada más que cosas positivas. Vas a convertirte en su gran defensor. ¿Lo entiendes?

—Siempre pensé que el amor podía volver loco a un hombre, y aquí está la prueba. —Levantó una mano en señal de rendición cuando Carter dio un paso hacia él—. Vale, de acuerdo. No diré nada despectivo sobre esta dama. Y si me la encuentro en la calle, en una tienda o en la iglesia, la trataré con el mayor respeto.

Carter se llevó las manos a las caderas.

—Por lo que he visto abajo, y por el estado en el que estás, te vendría bien ir a la iglesia.

Con esas palabras, se dio la vuelta y abrió la puerta. La mujer que había visto al principio se tambaleó porque tenía la oreja pegada a la puerta. Carter la señaló con el dedo y le dijo:

—Todo lo que le he dicho a él también va por ti.

Capítulo 12

Lottie intentaba terminar de abotonarse el vestido de novia con las manos heladas y temblorosas.

—Pamela, ayúdame, por favor.

Pamela dejó de mirarse en el espejo para intentar convertir sus rizos en un moño decente y se acercó a ella. Apartó las manos de Lottie de un manotazo.

—Déjame hacer esto. Te estás haciendo un lío. —Negó con la cabeza—. Novias siempre nerviosas...

Sí. Lottie estaba completamente de acuerdo. La licencia especial había llegado hacía dos días, y esa mañana se celebraba su boda. La noche anterior había preparado dos listas. Una lista con todas las razones por las que no debía casarse con Carter. O con cualquier otra persona.

Y la segunda lista daba las razones de por qué sí debía casarse con Carter. A pesar de que esa tenía solo una entrada, en comparación con las diez de la otra lista, y probablemente encontraría más si se daba tiempo, la convenció de que estaba haciendo lo correcto.

Él me ama y estoy segura de que yo lo amo también.

Eso era realmente lo único que tenía que considerar. Aun así, las dudas continuaban en su mente mientras se vestía.

Después, sus pensamientos vagaron hacia la boda de Addie y cómo ella y su madre se abrazaron y compartieron algunas lágrimas cuando la señora Mallory vio a su hija como novia por primera vez.

Sin embargo, ella, que había estado tan unida a su madre toda la vida, estaba a punto de casarse y no la iba a acompañar. Ni siquiera lo iba a saber. Unas lágrimas brotaron de sus ojos y de pronto sintió la necesidad de tirarse encima la cama como si fuera una niña y ponerse a llorar a mares.

Sin lugar a dudas, Lottie sabía que su madre estaría encantada de ver a su hija casarse. Especialmente con un hombre tan honrado y honorable.

El otro punto de fricción era la ausencia de la familia de Carter en la boda. Ella le había pedido que celebraran una pequeña boda tan solo con los testigos, pero él había accedido tan fácilmente que se preguntó si no se sentía aliviado de no tener que informar a su familia sobre ella hasta después de que se hubieran casado.

¡Tenía tantas cosas de las que preocuparse cuando debía estar disfrutando de su día de bodas!

—No sé qué está pasando por tu cerebro en este momento, Lottie, pero debes parar de pensar.— Pamela terminó con la larga fila de botones y le puso las manos sobre sus hombros y le dio un ligero apretón—. Para.

—¿Parar de pensar qué?

—Lo que sea que te estés diciendo a ti misma te está removiendo y no estás siendo una novia feliz. Carter te ama. No tiene reparos en casarse contigo, así que debes confiar en él. Confías en él, ¿verdad?

—Sí. Pero...

—Sin peros. Arreglemos tu hermoso sombrero y ya estarás lista para que te vea el novio.

La boda se iba a celebrar en la casa de Carter y la oficiaría el párroco de la iglesia . Solo estarían presentes Pamela, Grayson, Addie, el hijo de Grayson, Michael, y la institutriz de Michael. Si bien, eso era precisamente lo que Lottie había pedido, ahora le parecía que iba a ser una ceremonia un poco solitaria.

—Lottie, te dije que pararas. —Pamela la fulminó con la mirada —. Además, el sombrero se ve hermoso y es hora de que bajemos.

Lottie negó con la cabeza.

—No. Todavía no.

Pamela se quedó boquiabierta.

—¿Por qué no?

Lottie sonrió a su amiga.

—Porque no has terminado de arreglarte el cabello y lo tienes medio recogido y medio suelto.

Addie entró en la habitación mientras Pamela se arreglaba el pelo.

—Lo siento, hemos llegado un poco tarde. Tardamos en desayunar. —Se detuvo y miró a Lottie de arriba a abajo—. Estás increíblemente guapa, Lottie.

Los ojos de Lottie se llenaron de lágrimas.

—Gracias.

—¿Qué pasa? —Addie se acercó a ella y le levantó la barbilla—. Deberías estar radiante y feliz.

—Lo estoy. Pero... mi madre.

—Por favor, no empieces con eso otra vez —dijo Addie mientras se sentaba en la cama—. Este es un día feliz para ti.

—No. No es eso lo que quise decir. Estoy pensando en lo bonito que fue que estuviera tu madre el día de tu boda. —Miró de un lado a otro entre Addie y Pamela—.¿Debí haberla invitado?

El silencio que siguió fue ensordecedor.

—¿Crees que hubieras debido haberla invitado? —Preguntó Pamela.

—No. Sí. Oh, no lo sé.

Como Addie sintió que la novia estaba a punto de colapsar, se levantó de un salto y tomó a Lottie del brazo.

—Es hora de irse. Tu novio te espera.

Las tres damas bajaron las escaleras y entraron en el salón. Lottie se quedó sin aliento cuando Carter, que estaba hablando con Grayson, se volvió para mirarla. El amor que se veía sus ojos la asustaba un poco, pero al mismo tiempo la animaba y le quitaba muchas de las preocupaciones que la habían mantenido en vilo desde que había accedido a su propuesta.

Sí. Todo iba a salir bien. ¿Verdad?

Aceptó la mano de Carter y se acercó a él. El vicario comenzó la ceremonia, y parecía que en cuestión de minutos iban a ser declarados marido y mujer. Carter le dio un beso muy entusiasta, que hizo reír al vicario y aplaudir a la pequeña concurrencia.

—Por favor, venga con mi esposa y conmigo a comer algo —dijo Carter.

A Lottie se le revolvió el estómago escuchar *mi esposa.* Pero ya se había producido. Era su esposa. Y él su marido. Para bien o para mal. Hasta que la muerte los separara. Miró el anillo de boda y

recordó las palabras que Carter pronunció cuando se lo colocó en el dedo:

Con este anillo, yo te desposo; con mi cuerpo, te venero; y te entrego todos mis bienes terrenales: En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Se estremeció y se pasó las manos por los brazos.

—¿Tienes frío, cariño?

Carter la miró con preocupación y ella se relajó de inmediato. Tal vez no se conocían desde hacía demasiado tiempo, pero sabía de corazón que este hombre siempre la iba a cuidar, y siempre iba a estar a su lado.

—Solo un poco. Una taza de té caliente me calentará.

El grupo se reunió en el comedor donde disfrutaron de un festín de ensalada de langosta, varios platos de pollo, jamón, judías verdes y consomé, además de jaleas con crema de postre, junto a la tradicional tarta de bodas.

Después de unas horas de animada conversación, gracias y bromas sobre la inminente noche de bodas, el grupo se separó y dejó a Carter y a Lottie deseándoles un matrimonio feliz, y algunos guiños de Grayson sobre la única cosa que a Lottie le preocupaba.

Tal vez sintiendo su estado de ánimo, Carter se acercó a ella para darle un hermoso beso que la relajó, pero al mismo tiempo le recordaba lo que estaba por venir.

—¿Te gustaría dar un paseo para que nos ayude a digerir esta maravillosa comida?

Lottie dio su suspiro de alivio, que esperaba que no fuera demasiado evidente. Desde luego, no pensaba que Carter la fuera a arrastrar escaleras arriba en el momento en que la puerta se cerrara para el último de sus invitados, y que después la arrojara sobre la cama para saltar encima ella. Pero aún así, le inquietaba lo que vendría después.

—Sí. Me encanta la idea de dar un paseo.

Se pusieron los abrigos, los guantes y los gorros. A Lottie le hizo gracia que Carter tomara la bufanda que colgaba de su abrigo y se la pudiera alrededor del cuello, remetiéndola por dentro del abrigo. No le iba a costar acostumbrarse a ese tipo de cosas.

El día era bastante frío, pero pronto el clima primaveral lo calentaría un poco. Disfrutaron de un paseo tranquilo, repasaron el banquete de la boda y comentaron cuando Addie y Michael enseñaron al grupo cómo funcionaba el lenguaje de señas. Fue una experiencia realmente fascinante.

Después de aproximadamente una milla, Carter hizo que se dieran la vuelta para regresar a la casa. De hecho, ahora también era la casa de Lottie. Pero cuanto más se acercaban a la vivienda, más se le hacía un nudo en el estómago.

—Relájate, cariño. No voy a arrastrarte directamente hasta la cama.

Cuando Carter hizo que se dieran la vuelta para volver a casa, enseguida se dio cuenta de que Lottie se había puesto tensa. La conversación relajada que habían estado disfrutando llegó a su fin, y parecía que ella ya no tenía nada más que decir, a pesar de que hasta entonces había estado bastante habladora.

—Me gustaría que sepas cómo me gusta terminar el día.

La acercó a él para alejarla de un hombre que paseaba a un perro de aspecto bastante poco amistoso.

—Sí. Quiero saberlo. Me parece muy extraño no volver a mi propio apartamento.

Como Carter se dio cuenta de que hacerla hablar era la mejor manera de que se relajara, le preguntó:

—¿Y qué rutina sigues por las noches?

—Por lo general, me cambio de ropa y me pongo cómoda con mi bata cálida y agradable. Me gusta tomar un vaso de leche caliente, y después leo hasta que se me cierran los ojos.

—¿Ah, sí? La mía es muy parecida. Excepto que no bebo leche tibia, sino una copa de brandy suave. Pero también leo hasta que ya no puedo más.

—¿Libros de historia?

—Algunos. Pero también novelas.

Tal vez hablar de sus rutinas nocturnas era la mejor manera de relajar a su asustadiza esposa, pero para él era un recordatorio de cómo estaba a punto de cambiar su rutina nocturna a partir de esa

noche. Ese pensamiento lo emocionó y sintió la necesidad de avanzar más rápido, pero mantuvo su entusiasmo bajo control para no hacer que su esposa huyese en dirección opuesta.

Una vez que llegaron a la casa, su mayordomo, Milton, los ayudó a quitarse los abrigos y sombreros. Carter ya había presentado a Lottie a su exquisito personal. Solo empleaba a un ama de llaves, a un mayordomo y a un cocinero. El ama de llaves, la señora Davis, se encargaba de la limpieza diaria y tenía una chica del pueblo que venía una vez a la semana para limpiar a fondo y cambiar la ropa de cama.

—Acabo de pensar, Lottie, que tal vez tenga que contratar más personal de servicio. Solo tengo al ama de llaves, al cocinero y al mayordomo que ya conoces. ¿Tienes a alguna doncella?

—Vaya, no. Me las arreglé sola cuando trabajaba en la escuela, y con mi escaso salario, no he tenido dinero para pagar a un doncella. Además, la mayoría de las mujeres ya no tienen doncellas porque la ropa es un poco más fácil de poner y quitar.

No debería haberle mencionado que se iba a sacar la ropa. Un torrente de sangre corrió hacia la zona de su ingle, lo que hizo que se tuviera que ajustar los pantalones para no alarmar a su esposa.

—Vamos a relajarnos al salón. ¿Abrimos una botella de vino para celebrar nuestra boda?

Lottie accedió con tanto entusiasmo que pensó que lo vería como una forma de evitar el dormitorio, o tal vez incluso de poder beber lo suficiente como para olvidar lo que estaba haciendo. Pero él no lo iba a permitir. Acostarse con una mujer borracha era peor que no hacer nada con ella.

Sin embargo, un tomar un poco de alcohol para relajarse era una gran idea. Hizo que Milton fuera a la bodega, y Lottie y él se acomodaron en un cómodo sofá frente a la chimenea. Normalmente, no encendía el fuego ya tan adentrada la primavera, pero como Lottie temblaba de vez en cuando, probablemente era una buena idea.

—Como ya te dije antes, si quieres redecorar la casa, no dudes en hacerlo. Solo tienes que comprar lo que más te guste, y que después me envíen las facturas.

Lottie se echó a reír mientras se tomaba un sorbo de vino.

—Me temo que algún día te arrepentirás de haberme dicho que compre lo que quiera, y que después te envíen las facturas. Recuerda que crecí en una escuela y la idea de un poder hacer hogar acogedor con cosas de mi agrado es bastante tentadora.

Carter le quitó el vaso de la mano y lo colocó sobre la mesa frente a ellos. La giró hacia él y le colocó un rizo suelto detrás de la oreja.

—Puedo permitirme que hagas lo que quieras. Haz esta casa a tu gusto. Puedes hacer lo mismo en nuestra casa de Londres.

—Eres demasiado generoso.

—No. ¿De qué sirve el dinero si uno no puede hacer cosas agradables para las personas que ama? Te amo, Lottie, y quiero que seas feliz.

Esperaba que ella le respondiera, pero al parecer no estaba preparada. Sin embargo, no tenía ninguna duda de que algún día lo haría.

Después de terminarse la botella de vino, y de que los dos estuvieran relajados y riéndose de cualquier tontería que Grayson había dicho en el banquete de bodas, Carter tomó la mano de Lottie entre las suyas.

—Vamos al dormitorio y nos ponemos más cómodos.

Esperaba que Lottie se resistiera, pero se sorprendió gratamente cuando ella le tomó la mano y se puso de pie.

—Sí. Creo que es una buena idea.

Le acarició las mejillas y acercó lentamente su boca a la de ella.

—Te quiero mucho, señora Westbrooke.

Sus labios se encontraron con los de ella y rápidamente se apoderó de su boca. Ella era suya, para amarla, cuidarla y protegerla. Daría su vida por ella y haría cualquier cosa para hacerla feliz.

Carter la tomó en sus brazos y se dirigió a la escalera. Lottie se echó hacia atrás sonriendo.

—¡No se te ocurra subirme por las escaleras!

—¿Qué? ¿Crees que no soy capaz de subir las escaleras cargando con mi esposa? —Carter le dio un beso rápido—. Me

subestimas, cariño.

Subió corriendo las escaleras, y se murieron de risa cuando tras cerrar la puerta dormitorio de una patada, la lanzó directamente sobre la cama.

Carter se unió a ella apoyándose en los codos.

—Tengo que reconocer que estoy un poco sin aliento.

Sonrió mientras se tomaba el tiempo para recuperarse. Tal vez debía ir más asiduamente a su club de boxeo.

Observó a Lottie y ella le devolvió la mirada. Su cabello se había caído del moño que había usado todo el día, y sus rizos oscuros y ondulados caían sobre sus hombros y cubrían sus senos. Su hermosa boca formaba una pequeña sonrisa, y se apartaba el cabello de la frente con una mano.

Carter pasó un brazo alrededor de su cintura, y la estrechó hacia él hasta que sus curvas se alinearon perfectamente con su cuerpo.

—Eres tan hermosa. No solo por fuera, sino de alma.

La besó con mucha delicadeza mientras metía los dedos entre su cabellera suave y perfumada.

—Ya que no tienes doncella, te ayudaré yo a quitarte el vestido.

Antes de que ella pudiera protestar, Carter se puso de pie e hizo que se levantara. Continuó besándola mientras le desabrochaba el vestido y lo deslizaba por sus hombros cremosos.

Incapaz de evitarlo, le besó la cálida piel de la zona donde el cuello se une al hombro. Olía a lavanda y a limón.

—Hueles de maravilla.

—Ahora te toca a ti, marido. —Lottie le desabrochó el chaleco y con su ayuda le sacó la chaqueta, el chaleco y la camisa. Cuando solo le quedaban los pantalones, las medias y los zapatos, dio un paso atrás—. Creo que te dejaré hacer el resto.

Después, con una risita, se metió en la cama y se subió la colcha hasta la barbilla, mientras no dejaba de sonreírle.

—Espera un minuto. Debes quitarte el resto de la ropa.

—Creo que estoy bastante cómoda como estoy.

Llevaba solo su ropa interior de algodón con ribetes de encaje y un corsé.

—¿Y qué hay de las medias y los zapatos?

Lottie se echó a reír y bajó las sábanas.

—Se me olvidaba.— Se levantó de un salto y rápidamente se quitó las botas. Cuando separó la ropa interior de las medias, lo miró sonrojada—. No mires.

Oh, claro que iba a mirar, pero no en ese momento. No quería romper el estado de ánimo juguetón en el que estaba su esposa. El vino había hecho su trabajo. Estaba relajada y achispada, y eso a él le encantaba.

Se bajó los pantalones, pero se metió en la cama con los calzoncillos todavía puestos. Se acercó a ella y la atrajo hacia sus brazos. Era suave, cálida y, por la expresión de su rostro, parecía dispuesta.

Había esperado mucho tiempo para llegar a ese momento, y se iba a tomar su tiempo. Iba a amarla como debía ser amada, y respetaría el voto que había prometido:

Te adoraré con mi cuerpo.

Capítulo 13

Una semana. Llevaban casados una semana. Lottie se asomó a la ventana de su dormitorio y observó cómo pasaban carruajes y criados que iban a toda prisa de las tiendas a sus casas.

Todo parecía tan normal. Pero estaba a punto de caer por un precipicio. Al menos así era como se sentía. Carter había decidido que una vez que regresaran de su breve viaje de bodas, se presentarían inmediatamente en la ciudad ya como pareja casada.

Sus planes para el día incluían un paseo por el Royal Victoria Park, después un paseo por Milsom Street y las tiendas de la zona, seguido de un almuerzo en Sally Lunn's. Finalmente harían un breve descanso en casa antes de unirse a Grayson y Addie para enfrentarse a todos los que fueran al teatro esa noche.

La teoría de Carter era que debían exponerse para sofocar cualquier tipo de chisme o rumor que pudiera iniciarse. Quería mostrarle al mundo que ella era suya, y que ya se encargaría él si alguien tenía la audacia de tratarla de cualquier forma que no fuera honorable.

Por mucho que le encantara la idea de que la fuera a defender, Lottie estaba aterrorizada. Había tenido una vida muy protegida y no estaba preparada para enfrentarse a las críticas y el desdén de la gente. Pero sabía de corazón que su esposo tenía razón.

Oyó cómo entraba en la habitación e inmediatamente sintió su cálido aliento en el cuello, donde la acarició y la besó.

—¿Estás preparada para enfrentarse al mundo como señora Westbrooke?

Ella se volvió en sus brazos.

—Tal vez deberíamos esperar unos días.

—Ah. No, cariño. Sé que eres una mujer fuerte. No hay necesidad de esperar, cada día que pasa se hará más difícil. —Le tomó la mano—. Ven, el carruaje espera.

El clima de principios de primavera les permitía ir con abrigos ligeros. Casi como si el tiempo quisiera animar su paseo, el sol brillaba y no había ni una sola nube en el cielo.

Durante el corto trayecto en el faetón descapotado hasta el Royal Victoria Park, Carter no dejó de hablar. Lo hacía para evitar que ella saltara del vehículo y se volviera corriendo a casa.

—Hay una historia interesante sobre el Royal Victoria Park. —Cambió de asiento y se volvió hacia ella, sin perder de vista el tráfico —. Cuando la reina Victoria tenía apenas once años, inauguró el parque. Poco después, un reportero escribió la historia en un periódico menospreciando su vestimenta. Había dicho que iba desaliñada, o algo así.

La futura reina quedó tan molesta que nunca más volvió a visitar Bath. Una vez que iba en un tren que pasaba por Bath hizo cerrar todas las persianas de las ventanillas de su vagón para no tener que ver la ciudad cuando pasaran.

—Ay. Supongo que no era de las que perdonan fácilmente.

Carter negó con la cabeza.

—Parece que no.

Entraron al parque y comenzaron su lento paseo. Carter había elegido un buen momento porque no había demasiados vehículos y carritos, pues las multitudes habituales que llenaban el parque los días más cálidos probablemente todavía estaban descansando en sus camas.

A los pocos minutos, sin embargo, se les acercaron dos carruajes. La señora Silverstein y su hija iban en uno de ellos, que los saludó con la cabeza. En el segundo carruaje viajaba lady Edwards-Hughes, junto con otras dos damas que Lottie no conocía.

Lady Edwards-Hughes les hizo señas para que pararan. Carter colocó una mano sobre la de ella, que descansaba en su regazo.

—Tranquilízate, cariño. —Sonrió a las damas—. Buenos días, señoras. Hermoso día para dar un paseo, ¿verdad?

La segunda mujer del carruaje, que aparentemente conocía a Carter, lo miró a los ojos.

—Tengo entendido que se ha casado hace poco, señor Westbrooke.

—Sí. Así es. De hecho, permítanme presentarles a mi esposa, la señora Westbrooke.

Se volvió hacia Lottie.

—Te presento a lady Edwards-Hughes, a la señora Edward Turner y a la señora Gregory Cooper.

Lottie ya conocía a lady Edwards-Hughes por una de sus alumnas, pero a las otras dos no. Sonrió y saludó con la cabeza.

—Buenos días, señoras. Es un placer conocerlas.

La que había sido presentada como la señora Cooper sacó un monóculo y la miró fijamente.

—¿Por qué no la conozco, joven? ¿Es de Londres?

—No, señora. Vivo aquí en Bath.

La señora Cooper carraspeó.

—Debes haberte estado escondiendo.

Aunque el corazón de Lottie latía con fuerza y podía sentir el sudor que había aparecido en su labio superior, hasta ahora ninguna de las damas sabía quién era, o no les importaba. Pero esto último iba a dejar de ocurrir, pues a estas mujeres les encantaban los escándalos.

—Una noche tienes que traer a cenar a tu encantadora nueva esposa, señor Westbrooke. Os enviaré una invitación.

Lady Edwards-Hughes dio un golpecito a su cochero con la sombrilla y el carruaje avanzó.

Carter se volvió hacia Lottie con una brillante sonrisa en su rostro.

—Ha ido bastante bien, ¿no crees?

Lottie siguió el carruaje con la mirada.

—Sí. Ha ido todo bien. —Se volvió hacia Carter—. No es que quiera buscarme problemas, pero tengo la sensación de que lady Edwards-Hughes se «olvidará» de enviar la invitación. Una vez que haga saber a su círculo de amigos quién es tu nueva esposa, sin duda también les informará sobre mis escandalosos antecedentes.

Carter respiró hondo mientras su carruaje avanzaba de nuevo.

—Lottie, debes parar con eso. No hay nada escandaloso en tu pasado. Siempre has sido una señorita decente, honrada y honorable. Tú no eres tu madre.

Permanecieron en silencio durante el resto del viaje en carruaje, excepto por algunos comentarios sobre las flores que estaban apareciendo. Carter hizo que fueran desde el parque hasta la calle Milsom, donde dejaron el faetón en una caballeriza pública para dar un paseo a pie.

Visitaron algunas de las tiendas. Lottie se compró un sombrero nuevo y un par de guantes que Carter insistió en que debía tener. Le gustaba ir de comprar sin pensar en el dinero.

—Ya es hora de almorzar, cariño. ¿Vamos a Sally Lunn?

Estaban a menos de diez minutos a pie desde las tiendas de la calle Milsom hasta North Parade Passage, donde se encontraba Sally Lunn's. Lottie seguía poniéndose nerviosa cada vez que alguien se acercaba a ellos y hablaba con Carter, pero hasta ahora nadie le había gritado que era una "ramera". ¿Era posible que a nadie en Bath le importara realmente que el conocido abogado y hombre de negocios, hijo del conde de Huntingdon y hermano del vizconde Hastings, se había casado con la hija de una cortesana?

Pero por mucho que le gustara creerlo, se mantenía en guardia.

—Westbrooke, ven con nosotros.

Un hombre les hizo señas cuando entraron al restaurante. Se sentó en una mesa lo suficientemente grande como para seis personas, pero solo había otros dos hombres con él.

Lottie se puso rígida de inmediato y se detuvo en seco.

—No. No creo que debamos sentarnos con ellos.

Carter le rodeó la cintura con un brazo y la movió hacia adelante.

—Son amigos míos de Harrow.

—Ay, no.

Lottie negaba con la cabeza como si la estuviera arrastrando hacia su muerte.

—Son buenas personas. No tienes nada de qué preocuparte.

Lottie respiró hondo y le permitió que la llevara hasta la mesa. Los tres hombres se pusieron de pie cuando llegaron.

—Caballeros, permítanme presentarles a mi esposa, la señora Lottie Westbrooke.

—¡Esposa! —Uno de los hombres sonrió en dirección a Carter—. Así que al final te ató la soga el párroco.

—Lottie, estos pecadores son el señor Collins, el señor Wilkerson y lord Derby.

Con la boca seca como la arena del desierto, Lottie se limitó a asentir y sonreír.

—Señora Westbrooke, su rostro me resulta familiar. —Dijo lord Derby ladeando la cabeza mientras la observaba.

Lottie miró a Carter, que le apretó la mano.

—La madre de Lottie es la señora Danforth.

Los tres hombres la miraron fijamente.

—Sí. Tienen un gran parecido —dijo Collins. Luego miró a Carter —. Eres muy valiente, Carter.

Lottie sintió que se iba a desmayar y apretó la mano de Carter con tanta fuerza que temió romperle los huesos. Entonces lord Derby recogió su copa y los saludó.

—Y afortunado, por lo que puedo ver. Mis mejores deseos para los dos.

Los otros dos hombres también recogieron sus copas y les desearon felicidad. Y ese fue el final de la conversación sobre su matrimonio y su madre. Lottie todavía estaba nerviosa cuando llegó su comida y se limitó a picotear un poco, todavía esperando a que alguien hiciera algún comentario lascivo.

Pero simplemente comieron, conversaron sobre diversos temas y después se despidieron.

Poco después de la cena, dos días después de su incursión en la ciudad, Carter se sentó en su escritorio en su oficina para revisar sus libros de cuentas. Había quedado muy satisfecho por la respuesta —o la falta de respuesta— que habían tenido las personas con las que se había encontrado los últimos días.

Fiel a su palabra, lady Edwards-Hughes envió una nota invitándolo a él y a Lottie a cenar la semana siguiente. Sin embargo, a pesar de lo optimista que era, todavía esperaba que pudiera pasar algo malo.

El sábado, pensaba llevar a Lottie, junto con Pamela, Addie y Berkshire a los salones de la Asamblea, y a la mañana siguiente irían

a la iglesia . Quería comunicar su matrimonio a todo el mundo para que Lottie no tuviera de qué preocuparse.

Milton golpeó ligeramente la puerta y la abrió cuando se lo indicó.

—Señor, está aquí su hermano, el vizconde Hastings.

Carter cerró el cuaderno en el que había estado trabajando y estiró sus músculos acalambrados.

—¿Charles está aquí? ¡Espléndido! Dígale que pase.

Su hermano debía haber tomado el último tren desde Londres, así que tendría que pedir que prepararan una habitación para él.

Justo detrás de Milton, apareció Charles y entró en la habitación. Carter estaba tan feliz de ver a su hermano que casi no se dio cuenta del tono de burla que mostraba su rostro. Casi.

—¿Qué te trae aquí, Charles?

Carter hizo un gesto con la mano hacia los cómodos sofás que había junto a la chimenea donde ambos se acomodaron.

Charles tiró de los puños de su chaqueta y se echó hacia atrás, con el pie apoyado en la rodilla doblada.

—Escuché decir en Londres que mi hermano menor se había casado.

—Escuchaste bien. Espero que hayas venido a desearme felicidad.

—En realidad, querido hermano, no exactamente.

Carter sintió que se le erizaban los pelos de la nuca.

—¿Y por qué?

Charles se levantó de un salto y apoyó el brazo en la repisa de la chimenea. —Porque espero haberlo escuchado mal. ¿Te has casado con la hija de la señora Danforth?

La felicidad de ver a su hermano se desvaneció y se convirtió en ira.

—Me casé con una mujer encantadora llamada señorita Charlotte Danvers.

—No juegues conmigo, hermano. ¿Te casaste con la hija de esa puta?

Carter se levantó lentamente con el corazón acelerado y el puño ansioso por golpear a su hermano.

—Dije que me casé con *la señorita Charlotte Danvers*. Quiénes sean los miembros de su familia no tiene nada que ver con mi esposa.

—¿Estás loco, Carter? —Charles empezó a caminar por el salón — ¿Tienes alguna idea de lo que le dañará a nuestro apellido que quede asociado a ella? ¿No pensaste en eso antes de que te casarte con esa muchachita?

Como Lottie estaba arriba, en la sala de estar que tenía junto a su alcoba, revisando muestras de tela para hacer cortinas y cubrecamas nuevos, se acercó a la puerta del despacho y la cerró porque no quería que escuchara a su hermano.

—Con quién yo elija casarme es asunto mío. Cuando tú y Lizzie fuisteis descubiertos medio desnudos en la biblioteca de lord Munthorpe y tuvisteis que celebrar una boda apresurada, ¿os hice alguna crítica?

Charles se giró y se llevó las manos a las caderas.

—No me casé con una chica ligera.

Antes de que tuviera la oportunidad de pensar en ello, Carter le lanzó directamente un puñetazo, que hizo que saltara hacia atrás hasta aterrizar en el sofá.

—Mi mujer no es una chica ligera. Es una mujer bien formada que se educó en una exclusiva escuela de niñas en Francia.

Charles se frotó la barbilla.

—Si estás tan orgulloso de tu esposa, ¿por qué no invitaste a tu familia a la boda? ¿Y cuándo pensabas decírselo a mamá y a papá? ¿Después de que llegue el primer hijo dentro de unos seis meses?

Carter saltó sobre su hermano y cayeron rodando chocando contra los muebles que se encontraban a su paso. Mientras daban vueltas, el sonido de sus golpes reverberaba por toda la habitación.

—¡Parad! —Lottie estaba de pie en la puerta, con las manos en las caderas, mirando a los dos hombres horrorizada—. ¿Qué está pasando aquí?

Carter dio a su hermano un último puñetazo en la mandíbula antes de ponerse de pie secándose la sangre que le salía de la nariz.

—Lottie, vuelve arriba. Esto no tiene nada que ver contigo.

—Sí tiene que ver —dijo Charles desde el suelo.

—¿Te importaría presentarme a este caballero con el que acabas de pelearte a puñetazos? —Dijo entrando en la habitación.

Aparentemente, Lottie se había perdido la parte de "obedecer" de la ceremonia de matrimonio cuando el párroco les dijo: "ama, honra y obedece".

—Soy el vizconde Hastings. —Charles se puso en pie estirándose la ropa— Tu cuñado, lamento decirlo.

Carter saltó sobre el sofá, agarró a su hermano por el cuello y ambos volvieron a caer al suelo.

Lottie inmediatamente se puso a dar patadas en el suelo.

—Basta ya. ¡Basta ya! —Corrió hacia una mesita, cogió un jarrón y lo levantó en el aire—. Os voy a pegar con esto en la cabeza a los dos.

Carter se apartó de su hermano, se puso de pie y se acercó a trompicones a Lottie.

—Amor, por favor vuelve arriba.

Ella negó con la cabeza.

—No. Quiero saber qué está pasando aquí. Si es tu hermano, ¿por qué estáis los dos rodando por el suelo peleando como un par de colegiales?

Charles tiró de las mangas de su chaqueta y miró a Carter.

—¿Se lo vas a decir o tengo que decírselo yo?

—¿Decirme qué?

Lottie parecía preocupada, y Carter supo que su hermano estaba a punto de romperle el corazón.

Lo intentó una vez más.

—Lottie, esto es algo privado entre nosotros. Por favor, olvida lo que has visto y vuelve arriba.

—Estás empezando a asustarme —dijo y miró a Charles—. Dime lo que mi marido no quiere que escuche.

—Muy bien. Lo haré porque amo a mi hermano. Amo a toda mi familia y, francamente, que el hecho de que se haya casado contigo hará un gran daño a nuestro nombre. —Se volvió hacia Carter—. Ya. Se lo he dicho. Lo siento, señorita Danvers, pero esa es la situación.

Lottie retrocedió como si le hubieran dado una bofetada.

—Soy la señora Westbrooke —murmuró, y luego, con la barbilla levantada, salió de la habitación y cerró la puerta suavemente.

Carter se volvió contra su hermano.

—No vuelvas a venir a mi casa. No eres bienvenido. Y si mi madre y mi padre sienten lo mismo que tú, eso también vale para ellos. Amo a mi esposa. Es una mujer maravillosa, amable, cariñosa e inteligente. —Apartó a Charles de un empujón y se dirigió a la puerta—. Vete ahora mismo.

Como era de esperar, Lottie estaba sentada en la cama mirando a la pared. Una lágrima solitaria recorría su mejilla.

—Sabía que esto iba a pasar.

Carter se sentó a su lado y le tomó la mano.

—Mi hermano es un imbécil. Siempre ha sido muy impetuoso y nunca piensa lo que va a decir antes de abrir la boca.

Lottie se secó la mejilla y negó con la cabeza.

—No. Tu hermano tiene razón. Te dije antes de casarnos que yo podría ensuciar el buen nombre de tu familia. —Se dio la vuelta y sonrió suavemente—. Pero detesto haber tenido razón.

Carter la rodeó con sus brazos y la abrazó con fuerza.

—No tienes razón. A mi hermano no le importa nada. Aquí en Bath todo el mundo ha sido perfectamente agradable con los dos. Él vive en Londres. No tenemos que volver a verlo nunca más.

—Y al resto de tu familia. ¿La descartarás tan rápido también?

Carter le colocó un rizo detrás de la oreja y le acarició la barbilla.

—Ahora tú eres mi familia. Tendremos hijos y forjaremos una vida en la que seamos felices. No necesitamos a nadie más.

Lottie cerró los ojos y, después, lo atrajo para darle un beso que terminó en una explosión de pasión. Hicieron el amor un par de veces y cuando ya estaban agotados finalmente se durmieron.

Carter se despertó al amanecer de la mañana siguiente y se acercó a Lottie. Pero el espacio que había a su lado estaba vacío. Y frío. Después de revisar la casa comprobó que también estaba vacía.

Su esposa lo había abandonado.

Capítulo 14

Carter golpeó con fuerza la puerta principal de la residencia de los Berkshire. No le importaba despertar a todo el vecindario. Estaba seguro de que su esposa había huido con Addie y quería, más bien necesitaba, convencerla para que volviera a casa.

Su vida no era nada sin ella. En el poco tiempo que llevaban casados, lo sabía en su corazón. Ay, hasta estaba preparado para mudarse a Francia y pasar el resto de su vida allí si eso era lo necesario para que ella se sintiera cómoda.

Golpeó la puerta una vez más, y el mayordomo de Berkshire finalmente la abrió. —Buenos días, Penrose. ¿Ya se ha levantado su señoría?

Era muy temprano, y Carter sabía que Berkshire probablemente no estaría listo para recibir a nadie, pero estaba seguro de que Lottie estaba allí.

—Me temo que no, señor. Si espera en el salón, veré si puede recibirlo.

Carter asintió y se dirigió al salón donde no podía dejar de dar vueltas. Lo que de verdad quería hacer era subir corriendo hasta el piso superior e ir abriendo todas las puertas hasta encontrar a su esposa. Pero prevalecieron sus buenos modales, y esperó.

A los pocos minutos, Berkshire entró en la habitación atándose el cinturón de su bata.

—¿Qué diablos está pasando?

—¿Dónde está mi mujer?

Berkshire lo miró fijamente.

—¿Tu esposa? ¿Cómo diablos voy a saber dónde está? ¿No sabes dónde ha ido?

Carter frunció el ceño.

—¿Estás seguro de que no está aquí?

Berkshire se pasó los dedos por el pelo.

—Debo reconocer que no hago un inventario de residentes antes de retirarme cada noche, pero hasta donde sé, no está aquí.

—¿Puedes pedirle a Addie que hable con ella?

Berkshire arqueó las cejas.

—¿Crees que mi mujer está escondiendo a tu esposa? —Sacudió la cabeza y se dirigió a la puerta—. Lástima que sea demasiado temprano para tomar un brandy.

Unos diez minutos después, Berkshire regresó con Addie a cuestas. Parecía recién salida de la cama, ya que llevaba el pelo suelto e iba en bata. Destacaba un ligero bulto en su vientre.

—¿Qué es eso de que Lottie ha desaparecido?

Carter se lamentó ante la sinceridad de las palabras de Addie.

—¿No está aquí?

—No. ¿Qué ha pasado?

—Mi hermano vino a mi casa anoche y provocó un enfrentamiento conmigo por haberme casado con Lottie. Por desgracia, le dijo la razón por la que no estaba contento con el enlace. Ella se sintió muy molesta, pero pensé que había conseguido calmarla. Pero esta mañana había desaparecido. Estaba seguro de que estaría aquí.

—¿Volvería a la estación de tren? —dijo Addie, tapándose la boca con el dorso de la mano por un bostezo.

—Sinceramente, estaba tan seguro de que estaría aquí que no pensé en dónde más podría estar. Pero esa es una muy buena idea. —Carter salió de la habitación—. Si viene por aquí, no dejéis que se vaya y enviad a alguien a buscarme.

Parecía que el carruaje tardaba una eternidad en recorrer el corto trayecto que había desde la residencia de Berkshire hasta la estación de tren de Bath. Carter se bajó de un salto antes de que el vehículo se detuviera por completo. Pasó corriendo por la taquilla, con su larga cola esperando para comprar pasajes, y examinó a todo el mundo.

El andén volvía a estar atestado de gente, con porteadores por todas partes cargando y descargando equipajes. Las familias se abrazaban, se besaban y se despedían con la mano.

—Si me estás buscando para poder pegarme de nuevo, aquí estoy.

Carter se giró y se encontró con Charles frente a él. Tenía el labio partido y un desagradable ojo morado. Carter ni siquiera se había molestado en mirarse en un espejo para interesarse por las magulladuras que le había hecho su hermano. Asumió que se vería parecido a él.

—Apártate de mi camino. —Dijo Carter empujando a Charles a un lado para continuar con su búsqueda.

—Espera. —Charles lo agarró del brazo—. Quiero disculparme por lo que le dije a tu esposa ayer.

—Ah, ¿y ahora? Qué bonito. Pero por desgracia, mi esposa ha desaparecido. —Carter se golpeó los labios con un dedo para reprimir la ira que se le iba acumulando lentamente. Lo último que tenía que hacer era meterse en otra pelea con su hermano y terminar en la cárcel.— Me parece que lo que le dijiste tiene que ver con que desapareciera.

—¿Crees que está aquí? —Charles miró alrededor entre la multitud.

—No. No creo que esté aquí. Por eso la estoy buscando como un loco en esta maldita estación de tren. —Dio otro empujón a su hermano—. Ahora, apártate de mi camino.

—Quiero ayudarte.

Carter observó atentamente a su hermano. Estaba hecho un desastre. No solo mostraba las huellas de su altercado, sino que llevaba la culpa escrita en el rostro, así como signos de una noche de disipación. Pero con Lottie desaparecida, no tenía tiempo para compadecerse de Charles.

—No. No necesito tu ayuda.

Con esas palabras se alejó y continuó su búsqueda.

Al cabo de una hora, Carter se resignó al hecho de que, o bien Lottie se había ido en un tren anterior, o tal vez no estaba allí. No volvió a ver a su hermano y se marchó de la estación.

En el camino de vuelta a casa volvió a repasar todo lo ocurrido, y se dio cuenta de que había pasado por alto una cosa importante. Dio unos golpecitos en el techo del carruaje.

—Sí, señor.

—En lugar de ir a casa, llévame de vuelta a la casa de Berkshire.

El conductor giró el carruaje y se dirigió a esa dirección. Cuando llegaron, Carter saltó del vehículo y una vez más llamó a la puerta principal.

—Sí, señor Westbrooke. —Penrose le dedicó una leve sonrisa—. Antes de que pregunte, sus señorías están en el salón comedor. Por favor, pase directamente si lo desea.

—Gracias.

Carter se dirigió al pasillo que daba al salón comedor, y se encontró a Berkshire y Addie desayunando.

—No estaba en la estación de tren.

Carter se desplomó en la silla frente a Addie.

—¿Por qué no desayunas y hablamos tranquilamente?— Addie entrecerró los ojos al mirarlo—. Tienes muy mal aspecto. Tienes un moretón en la mejilla y otro en la mandíbula.

Carter hizo un gesto de desdén con la mano.

—No importa. He venido a pedirte que me acompañes o que me des la dirección de lady Pamela.

Addie arqueó las cejas.

—¿Crees que estará ahí?

—Estoy rezando para que esté ahí. Si no es así, no tengo ni idea de dónde más buscar.

Berkshire se limpió la boca con la servilleta.

—No podría haber regresado a Francia, ¿verdad? Parece que ese era el único lugar donde la pobre muchacha se sentía segura y protegida.

Carter asintió.

—Bien pensado. Pero esperemos que todavía esté aquí en Bath, en casa de Pamela.

Addie empujó su silla hacia atrás y Berkshire se levantó de un salto para ayudarla a levantarse. A pesar de lo que estaba pasando, a Carter le hizo gracia lo cariñoso que era Berkshire con su esposa. Para cuando el bebé se acercara a su llegada, probablemente cargaría con ella a todas partes.

—Iré contigo. Solo dame un minuto para asearme. —Addie pasó junto a él y apoyó una mano en su hombro—. La encontraremos. Ella te ama, ya lo sabes.

—Sí. Lo he pensado. Pero eso no me sirve de nada si no puedo encontrarla.

Addie le apretó el hombro.

—Lo haremos.

Lottie se dio la vuelta y se cayó al suelo. Había olvidado que estaba durmiendo en el sofá de Pamela y no en su cómoda cama grande.

—¡Ay!

Se frotó el hombro y volvió a subirse al sofá.

—¿Te sientes mejor?

Pamela se sentó en una silla frente al sofá.

—No. —Lottie sonrió—. Pero, de todos modos, tampoco esperaba estarlo.

Había llegado a la habitación de la residencia de Pamela alrededor de las seis de la mañana, después de una noche de dar vueltas y vueltas y finalmente decidir que tenía que liberar a Carter. Él no sabía qué era lo mejor para su vida, así que ella tendría que ser la fuerte y hacerlo.

Hicieron el amor dos veces, y Lottie disfrutó de cada minuto, sabiendo que sería la última vez. Dejó a Carter durmiendo profundamente, tendido sobre la cama, con la cara magullada por la paliza que le había dado su hermano. Por lo que había presenciado, Charles debía de tener el mismo aspecto.

—¿Qué vas a hacer? —Pamela la miró con cariño—. Sabes que Carter te quiere mucho. ¿De verdad piensas que te dejaría porque su hermano no lo apruebe?

Lottie le había contado a Pamela lo que había sucedido cuando se presentó en la puerta de la residencia después de un rápido viaje en un carruaje ligero desde su casa. En lugar de ofrecerle consejos, Pamela había sido lo bastante inteligente como para escuchar la triste historia de Lottie. Después había sacado una almohada y una manta y para que durmiera unas horas. Lo cual, al parecer, había hecho.

—¿Te apetece desayunar?

—No. No tengo hambre, pero una taza de té me vendría bien. —Lottie bajó la vista hacia su vestido que estaba muy arrugado—. Ni siquiera he traído ropa. Tenía miedo de despertar a Carter y repetir lo que había sucedido anoche.

—Espero que hables con él antes de tomar cualquier decisión importante. Tiene derecho a explicarte cómo se siente.

Lottie resopló.

—Sé cómo se siente, pero no piensa con claridad. Estamos hablando del resto de nuestras vidas, Pamela. No puedo hacer que toda su familia se tenga que avergonzar por mi culpa.

Pamela dio unos pasos por la habitación, se sentó junto a Lottie y le pasó un brazo por encima de los hombros.

—Tu esposo es un hombre adulto. Sabe lo que puede manejar y lo que no. Simplemente dale la oportunidad de que hable contigo antes de hacer nada demasiado precipitado.

Lottie suspiró. Era un gran dilema. Había pasado buena parte de la noche anterior repitiendo las palabras de Charles en su mente y avergonzándose cada vez.

Mientras continuaban tomando la taza té, de pronto llamaron a la puerta del dormitorio.

—Estoy segura de que sé quién es —dijo Pamela mientras se levantaba para abrir la puerta—. Se volvió hacia Lottie—. No intentes escaparte trepando por la ventana. Estamos en el segundo piso.

—Mi lady, alguien ha venido a ver a su invitada.

El recepcionista que atendía la puerta principal echó un vistazo a Pamela.

—Tiene que bajar al salón para reunirse con él.

Pamela se volvió.

—¿No quieres hablar con él?

Lottie se puso en pie.

—Sí. Más vale que termine con esto de una vez.

Al entrar en el pequeño salón junto al vestíbulo principal, Carter, que estaba frente a la ventana, se dio la vuelta.

—¡Lottie! —Cruzó la habitación y la atrajo hacia él rodeándola con sus brazos. —¿Por qué diablos has hecho esto? Llevo toda la

mañana buscándote como un loco. —Se echó hacia atrás y le puso las manos en los hombros—. No me vuelvas a hacer esto nunca más.

Pamela entró en la habitación arreglándose el abrigo.

—Voy a dar un paseo. Me hará bien el aire fresco.

Guiñó un ojo a Lottie y se fue.

—¿Te apetece una taza de té? —Preguntó Lottie después de que se cerrara la puerta principal.

—¿Té? No, necesito un buen vaso de brandy. Me has asustado muchísimo.

Lottie le cogió la mano y lo llevó al sofá del salón.

—Lo siento. No quise asustarte, pero tengo que hacer planes y no podía hacerlos contigo al lado.

—¿Planes?

Le acarició la barbilla y la besó, apoderándose por completo de su boca. Ella sintió que le corrían lágrimas a pesar de tener los ojos cerrados, pues su corazón sabía que este sería uno de los últimos besos que se iba a dar con Carter.

Lottie se echó hacia atrás primero y le puso la mano en el pecho.

—Por favor, déjame decirte lo que pienso.

Carter se cruzó de brazos, tomando una postura que no indicaba que estuviera preparado para escucharla.

—Sigue. Después te daré mi opinión.

Lottie se puso de pie y retrocedió pues no quería estar demasiado cerca de él. Su determinación ya se estaba desvaneciendo, cuando él apenas se había limitado a besarla una vez y a observarla. Le dolía mucho el corazón. Ojalá hubiera hecho caso a su sentido común y se hubiera negado a casarse con él.

—Por favor, no culpes a tu hermano de esto.

Carter resopló.

—Sí. Eso es algo que tendría que considerar. Pero ya está muerto para mí, Lottie.

Ella negó con la cabeza furiosamente.

—¡No! Precisamente por eso que quiero tener esta charla. Es tu hermano.

—Medio hermano.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué?

Carter se descruzó de brazos y se puso de pie, pero como ella retrocedió, se quedó donde estaba. Giró el cuello, se puso las manos en las caderas y luego dijo:

—No eras la única que guarda secretos, querida. Hace muchos años, mi madre y mi padre estuvieron separados durante un tiempo. Nunca supe cuál fue la causa de la separación, pero en esos momentos mi madre tuvo una aventura muy breve.

Si Carter le hubiera dicho que su madre había sido cantante de ópera en su juventud, no se hubiera sorprendido tanto.

—¿Una aventura?

—Como he dicho. Muy breve. Pero en ese tiempo quedó embarazada. De mí.

Lottie se desplomó en el sofá con la boca abierta.

—¿No eres hijo del conde de Huntingdon?

—En lo que a todo mundo respecta, sí soy el tercer hijo del conde de Huntingdon. Pero en realidad, casi se podría decir que soy un bastardo ya que mis padres no estaban casados entre ellos.

Ella sacudió la cabeza para despejarse.

—¿Tu padre, el conde, lo sabe?

—Sí. Una vez que tuve la edad suficiente para entenderlo, mi madre me lo dijo. Ella y mi padre, el conde, se sentaron un día en el sofá y me lo contaron. Él la perdonó cuando ella volvió con él y siempre me consideró su hijo.

—Entonces, Charles...

—Es mi hermanastro.

Lottie estaba atónita. Pensaba que había traído la desgracia a su familia, y sin embargo, su madre había cometido un error y su marido la había perdonado.

—¿Y cómo se llevan ahora?

Carter se echó a reír.

—Se adoran. De hecho, cuando mi padre me contó lo que había sucedido entre ellos, y cómo había aceptado el error de mi madre y

mi llegada al mundo, me explicó que su matrimonio se había fortalecido.

—Tu padre es un hombre increíble. —Se quedó pensando un minuto—. ¿Alguna vez tu madre te dijo quién es tu verdadero padre?

—Lord Huntingdon es mi verdadero padre.

—Perdona. ¿Pero no es tu padre de sangre, entonces?

—No. Me dio la impresión de que simplemente querían compartir la historia conmigo, pero no ir más allá. Fue bueno para mí porque mi padre nunca me trató de manera diferente a mis hermanos.

Lottie se sentó y meditó sobre esa nueva información. Entonces preguntó:

—¿Tus hermanos lo saben?

—No. Mi padre y mi madre me pidieron que me lo guardara solo para mí. Realmente no había razón para hacer que se tuvieran que avergonzar de sus padres. —Carter esperó unos minutos y después dijo—: Lottie, por favor, vuelve a casa conmigo. Tenemos que hablar de esto, y la pobre Pamela probablemente esté dando vueltas por las calles preguntándose cuándo podrá recuperar su casa.

Todavía impresionada por la información que Carter acababa de compartir con ella, asintió.

—Muy bien. Volvamos a nuestra casa y hablemos de todo esto.

Encontraron a Pamela paseando por la calle cuando salían de la residencia.

—Ya puedes volver a casa —dijo Lottie con una sonrisa—. Gracias por permitirme quedarme aquí cuando más necesitaba un hombro para llorar.

—Siempre tendré un hombro para ti, Lottie.

Pamela la abrazó y saludó a Carter, que hacía señas a su conductor.

Permanecieron en silencio durante todo el viaje de vuelta. Lottie se sentó frente a él fue observando las casas y las tiendas a medida que pasaban. Carter estudió sus manos y parecía estar sumido en sus pensamientos.

Finalmente subieron las escaleras de su casa cogidos de la mano, y entraron en ella.

—Señor, ha llegado un telegrama mientras usted se encontraba fuera.

Milton le pasó un sobre amarillo pálido.

—Gracias. —Carter cogió el sobre y siguió a Lottie al salón. Se volvió hacia su mayordomo—. ¿Dígale a la cocinera que nos prepare un muy buen desayuno? Avísenos cuando esté listo e iremos al comedor.

Milton hizo una reverencia y se marchó.

—¿De quién es el telegrama?

Lottie se acomodó en el sofá.

Carter leyó lo que decía y rápidamente la miró.

—Mi madre y mi padre llegarán esta noche.

Capítulo 15

Lottie se paseaba por la alcoba con un nudo en el estómago y a punto de devolver la poca comida que había ingerido ese día. Habían pasado unos veinte minutos desde la llegada a Bath del último tren procedente de Londres. Tenía que ser el tren en el que venían los padres de Carter.

Estuvo a punto de desmayarse cuando Carter le leyó el telegrama. ¡Sus padres! ¿No había sido lo bastante malo que viniera su odioso hermano y la insultara? Ahora su madre y su padre venían a hacerla aún más infeliz.

Carter le había asegurado más de una vez que sus padres no se iban a comportar como Charles. Sin embargo, cada vez que lo decía, veía un destello de duda en sus ojos.

—Ah, aquí es donde te escondes.

Carter entró en el dormitorio y le tendió una mano. Ella se acercó y le dio uno de sus cálidos y seguros abrazos.

—No me estoy escondiendo exactamente. Bueno, tal vez sí, pero no sé si podré enfrentarme a tus padres. —Se echó hacia atrás y lo observó—. Sigo pensando que lo mejor es que me vaya y que pidamos el divorcio. Sé que no es fácil de conseguir, pero firmaré cualquier documento y diré lo que quieras que diga.

Carter le colocó las manos a ambos lados de su cabeza.

—Si me dejas, te seguiré donde vayas. Si vas a Francia, allí estaré. Contrataré detectives para que te encuentren. Te amo, Lottie, y me niego a pasar el resto de mi vida sin que estés a mi lado.

Lottie negó con la cabeza.

—Eres muy insensato.

Ambos se quedaron paralizados cuando sonó la aldaba de la puerta. Carter la besó en los labios y le apartó el pelo de la frente.

—Ven. Enfrentamos esto juntos.

Bajaron las escaleras aferrados el uno al otro mientras una pareja de bastante edad entraba por la puerta principal. Miraron a su

alrededor y vieron que estaban en las escaleras.

—¡Oh, ay! Aquí está mi hermosa nueva nuera. Ven y dame un abrazo.

La mujer, que se parecía notablemente a Carter, extendió los brazos.

Unas lágrimas de alivio inundaron los ojos de Lottie, y sus músculos comenzaron a relajarse. Avanzó lentamente y, finalmente, lady Huntingdon le dio un abrazo. La madre de Carter emanaba un agradable olor a lavanda y vainilla. Lottie inspiró profundamente su aroma.

Era más baja que Lottie, y se podía considerar que era una mujer muy completa. Todavía se veía guapa con su cabello castaño oscuro salpicado de mechones plateados.

Lady Huntingdon se echó hacia atrás y miró a Lottie a los ojos.

—Estoy muy feliz de que mi hijo haya encontrado una mujer a la que amar.

Luego se volvió hacia Carter con los ojos centelleantes.

—¿Por qué no me invitasteis a la boda de mi hijo?

Lord Huntingdon puso su mano en el hombro de lady Huntingdon.

—¿Por qué no nos trasladamos a la biblioteca? —Después se volvió hacia Lottie y le dijo—: Bienvenida a la familia, querida.

Lottie, aturdida, tomó la mano de Carter y siguieron a sus padres a la biblioteca. Parecían bastante familiarizados con la distribución de la casa. Lord Huntingdon fue directamente a la barra que había a un lado y sirvió dos brandis. Después se volvió hacia Lottie y su esposa.

—¿Señoras, os gustaría tomar una copa de jerez?

Ambas asintieron. Ahora que la tensión había desparecido, Lottie sentía una mezcla de hambre y agotamiento. Pero más que nada, se sentía aliviada.

—Pediré a la cocinera que nos prepare una comida ligera.

Lottie se puso de pie y tiró de la campanilla para llamar al sirviente. Una vez que le dio las instrucciones, regresó al sofá. Carter se acercó a ella y tomó su mano entre las suyas.

—Estoy esperando una explicación, Carter. ¿Por qué no nos invitasteis a tu boda?

Lottie respiró hondo.

—Fue por mi culpa, mi lady.

Lady Huntingdon movió una mano en el aire.

—Por favor, no mantengamos la formalidad, querida. Puedes llamarme madre, o por mi nombre de pila, Harriet. Pero ya que tienes una madre propia, tal vez Harriet sea lo mejor.

El corazón de Lottie se aceleró al mencionar a su madre, pero nadie parecía sorprendido o molesto. Y el techo no se había caído sobre ella.

Harriet continuó:

—Muy pocos de nosotros hemos llevado siempre vidas perfectas, sin cometer errores. —Se acercó su esposo y le tomó la mano—. Estoy seguro de que mi hijo te contó mi gran equivocación. Pero gracias al Cielo, mi maravilloso esposo me perdonó y la vida continuó.

Lottie estuvo a punto de reírse, ya que la «equivocación» de Harriet estaba sentada a su lado en forma hombre de carne y hueso, algo nada menor que no se podía pasar por alto fácilmente. De pronto comenzó a sentirse cada vez más incómoda. Harriet era demasiado abierta sobre cosas que Lottie siempre pensó que era necesario ocultar. Pero se limitaba a asentir con la cabeza a lo que decía.

—Si el motivo por el que no se nos notificó la celebración de la boda fue por alguna razón tonta sobre tu familia, Lottie, entonces os perdono. No porque crea que tuvierais razones para hacerlo, sino porque sois muy jóvenes e inexpertos en este mundo.

Milton llegó con un carrito con una tetera y una bandeja con sándwiches y pasteles. Lottie sintió que le gruñía el estómago y esperó que nadie lo hubiera oído.

Feliz por la interrupción, indicó al mayordomo que colocara el carrito de té a su lado. Gracias al Cielo y a sus años de formación sabía servir el té, prepararlo de la manera que a cada uno le gustaba, y colocar los sándwiches y pasteles en los platos que pasaba sin que las manos le temblaran.

—Querida, eres tan amable y elegante, y te manejas tan bien. Debe ser por la maravillosa formación que tuviste. —Harriet dio un mordisco a un sándwich y cerró los ojos emitiendo un leve gemido —. Siempre me ha gustado la cocinera de Carter. Me encantaría robársela, pero ella no se mudaría a Londres.

Lord Huntingdon se puso en pie.

—No sé tú, hijo, pero en lugar de té, creo que me daré el gusto de tomar un poco más de brandy. Levantó su copa vacía. ¿Quieres venir conmigo?

—Sí, señor. Eso suena perfecto.

Carter se unió a su padre en la barra, donde se pusieron a hablar sobre política.

Lottie todavía se estaba recuperando de la forma en que se iba desarrollando la visita cuando se dio cuenta de que Harriet había dicho algo que no tenía sentido.

—Disculpe, mi lady...

—Harriet, por favor.

—Sí. Lo siento. Mencionaste la formación que recibí. No estoy segura de lo que querías decir con eso.

Harriet se palmeó los labios con la servilleta y sonrió.

—Bueno, lo sé todo sobre ti, querida. Tus primeros años en el campo, la escuela en Francia y tu etapa aquí en Bath.

Lottie miró a la mujer con la boca abierta.

—¿Cómo...? —Preguntó negando con la cabeza— ¿Cómo sabes todo eso?

Harriet le dedicó una cálida sonrisa y se metió un trozo de tarta de limón en la boca justo cuando Carter y lord Huntingdon se volvían a unir a ellas. Tragó el pastel y volvió a limpiarse la boca.

—Por qué hablé con tu madre, por supuesto

Carter se atragantó con un sorbo de brandy y se puso a toser hasta que se llenó de lágrimas. Sus padres lo había tenido en vilo desde que entraron por la puerta. Si bien no estaba tan nervioso como Lottie por la visita, sí estaba un poco preocupado por lo que pudiera hacer si sus padres la censuraban, tal como había hecho Charles. Y

no le gustaba la idea tener que pelearse a puñetazos con su padre, y después tener que echarlos de su casa.

Sin embargo, dada la historia de su madre, le hubiera sorprendido mucho si se hubieran comportado mal. Estaba muy contento de haberle contado a Lottie la aventura de su madre, por lo que no le desconcertó lo que le dijo.

—¿Hablaste con la madre de Lottie?

Finalmente pudo decir algo. Lottie seguía completamente estupefacta.

La madre tuvo el descaro de levantar las cejas y hacerse la sorprendida.

—Bueno, por supuesto. Cuando mi hijo me va a presentar una nueva y encantadora nuera, ciertamente quiero hablar con su familia. Para asegurarles de que serán bienvenidos entre nosotros.

Lottie finalmente salió de su estupor. Estaba apretando tanto la mano de Carter que hubiera podido romperle los huesos.

—Mi lady, eh, Harriet, no sé qué decir. Decir que estoy sorprendida es decir tan poco que, francamente, no sé qué decir. —Lottie pareció vacilar, intentando encontrar las palabras. Miró a Carter—. He dicho "decir" demasiadas veces, ¿verdad?

Él la entendía porque sentía lo mismo.

—Lottie, querida. —Harriet se detuvo y reflexionó un momento —. Tengo entendido que tu madre prefiere que llamarte Charlotte.

Lottie asintió.

—Sí, cambié mi nombre de Charlotte a Lottie cuando me vine a Bath.

—Tu madre se entristeció mucho al enterarse de que te habías casado sin invitarla.

Harriet frunció el ceño y Carter casi se rió de la expresión que vio en el rostro de su esposa. Parecía una niña pequeña recibiendo una reprimenda de su niñera.

—¿Te contó mi madre que estamos separadas?

Harriet volvió a desdeñar lo que le decía.

—Eso no importa. Una madre siempre es una madre. —Miró directamente a los ojos de Lottie—. Para siempre.

—Querida, creo que cualquier conversación sobre este tema debería posponerse hasta mañana. —El padre colocó su vaso en la mesita que tenía junto a él—. Estoy muy fatigado por el viaje, y creo que todos nos merecemos un descanso. Podemos continuar esta conversación por la mañana. —Entonces miró a Lottie.— No quiero insultar a mi nueva nuera, pero mi querida muchacha, pareces agotada.

Carter miró a Lottie, que en realidad parecía estar a punto de colapsar.

—Creo que tiene usted razón, padre.

Carter se puso de pie y ayudó a Lottie a levantarse. Su padre y su madre también se levantaron de inmediato, y todos se dirigieron hacia las escaleras.

Harriet se puso de puntillas y lo besó en la mejilla.

—Buenas noches, hijo. —Enseguida tocó la mejilla de Lottie—. Y a ti también, Lottie.—Después tomó a su marido del brazo y subieron las escaleras. Cuando llegaron arriba, miró a Carter y a Lottie—. ¿La alcoba de siempre, verdad, hijo?

—Sí. Madre. La misma.

Carter colocó un brazo alrededor de los hombros de Lottie y también subieron las escaleras.

—Usan la misma alcoba cada vez que vienen. Pero si quieres cambiarlo, no dudes en hacerlo. Esta casa es tuya ahora.

Una vez que cerraron la puerta del dormitorio, Lottie se desplomó en la cama.

—No me lo creo.

Carter se desabotonó la chaqueta y se la sacó.

—¿Qué parte de esta increíble noche no te crees?

—Tienes razón. Toda la noche ha sido surrealista.

Lottie soltó un gemido cuando se levantó de la cama y le dio la espalda a Carter para que le desabrochara el vestido.

Lentamente se fueron quitaron la ropa dejándola caer al suelo, y enseguida se metieron en la cama y se acurrucaron el uno contra el otro.

—Podría dormir dos días enteros —dijo Lottie bostezando.

—Yo también.

A la mañana siguiente, Carter dejó a Lottie dormida en la cama y se unió a sus padres en el comedor.

—Buenos días, madre, padre.

Se sentó en la cabecera de la mesa, vertió el café en su taza y dio un trago.

—Lottie sigue durmiendo. No me importa que sepáis estaba bastante nerviosa con vuestra visita. —Tomó la fuente con comida que había en el centro de la mesa y se llenó el plato—. ¿Sabíais que vino Charles anteayer?

—Sí. ¡El atolondrado! ¿Cómo se atrevió a venir a tu casa para denigrar a tu esposa? Cuando llegó ayer a nuestra casa y nos contó lo que sucedió, casi le dejo negro el otro ojo.

Su madre enfurecida era todo un espectáculo.

Carter sonrió e intercambió miradas divertidas con su padre. Los dos, en un momento u otro, habían sentido que su disgusto era verdadero.

Harriet entonces puso una mano sobre la de Carter.

—Es posible que te enfrentes a algunas críticas de vez en cuando, hijo, pero por favor haz todo lo posible para proteger a tu encantadora esposa y que no las escuche. De todos modos, enseguida todo se olvidará, y saldrá a la luz algún nuevo escándalo que mantenga a todos felizmente ocupados con cosas sórdidas.

—Estoy agradecido de que no vivamos en el centro de Londres, donde con la temporada de fiestas en marcha, todo sería mucho más difícil para Lottie.

—Me parece una joven encantadora, Carter.

Su madre le sonrió cálidamente y su padre asintió.

—Sí. Lo es. Lottie es amable, cariñosa, inteligente, pero desafortunadamente, debido a su restringida educación no está familiarizada con muchas cosas del mundo.

—Lo percibí en mi conversación con la señora Danforth. —Harriet untó mermelada en su tostada mientras pensaba en lo que iba a decir—. Debo reconocer que me quedé un poco desconcertada cuando supimos que te habías casado con Lottie.

Carter sintió que se endurecía, y pensó que le iba a hacer un reproche.

—Deja de parecer tan enfadado, hijo. No tengo ninguna intención de reprocharte nada. Todas las madres quieren que sus hijos sean felices, y una de las mejores formas para conseguir la felicidad es casarse con alguien a quien ames. Es evidente por la forma en que miras a Lottie, y cómo la defiendes con tanta fuerza, que te ha robado el corazón por completo.

Carter asintió y sonrió, pensando en Lottie y en lo mucho que la quería. Le había importado casi desde el momento en que se conocieron.

—Sí. Solo quiero que se sienta amada y segura. Que pueda relacionarse en sociedad, si así lo desea, y que nadie la haga sentirse inferior, ya que ella no tiene absolutamente nada que ver con la causa por la que la rechazan.

—Eres un buen hombre, Carter. —Su padre se aclaró la garganta—. Nunca le des la espalda como hice yo con tu madre. Por mucho que la quería, y por mucho que siempre la haya amado, si hubiera estado lo suficientemente atento a la hora de cuidarla, nunca habría tenido necesidad de buscar afecto en otra parte.

Su madre se palmeó las comisuras de los ojos y apoyó una mano sobre la mano de su padre.

—Buenos días.

Lottie entró en la habitación con un aspecto encantador. Debía de haberse levantado justo después de que él se marchara porque estaba perfectamente vestida, con el cabello bien arreglado y parecía lista para afrontar el día. Hacía mucho tiempo que Carter no veía ese brillo en su cara.

—Buenos días, mi amor.

Se puso de pie, la abrazó y le dio un delicado beso en la mejilla.

Lottie saludó a sus padres y se sentó frente a él. Se sirvió una taza de té y cogió una tostada. Harriet la miró y se incorporó. Carter no estaba muy contento con la expresión de sus ojos. La había visto demasiadas veces antes.

—Lottie, querida. Hay una cosa que me gustaría que hicieras. —Colocó la servilleta a un lado y cruzó las manos en su regazo para parecer inocente, lo que no engañaba a Carter en absoluto. Sin embargo, aparentemente sí engañaba a Lottie.

—Claro, Harriet. —Le respondió sonriendo.

—Pídele a Carter que te lleve a Londres para ir a ver a tu madre. Tiene mucha información que desconoces y tienes que saber.

Capítulo 16

—No creo que sea una buena idea.

Mientras Carter y ella se dirigían a la casa de su madre, Lottie iba retorciendo el pañuelo que llevaba en la mano. Habían conseguido contratar un carruaje después de llegar a la estación de tren de Londres. El vehículo se balanceaba cuando cruzaba entre los surcos de la carretera, y de pronto se tuvo que detener durante un rato por culpa del tráfico.

Había decido enviar un telegrama a su madre anunciando su visita para evitar que le diera un paro cardíaco de la impresión al verla. Tampoco quería llegar a casa de su madre mientras estuviera entreteniendo a un "cliente".

—No me lo parece. Es una muy buena idea. Nunca estarás contenta con tu vida hasta que no te enfrentes a tu madre y escuches lo que te tenga que decir.

Carter había estado intentando tranquilizarla desde que habían decidido hacer la visita. Lady Huntingdon le había insistido en que tenía que hablar con su madre. Además de eso, la echaba mucho de menos.

Retorció un poco más el pañuelo y miró por la ventana. Como solo había estado en la casa de su madre una vez, el día de esa terrible visita, no tenía idea de la distancia a la que estaban.

—Eres una mujer fuerte y puedes hacer frente a esto. —Carter iba sentado a su lado casi pegado a ella—. Pase lo que pase, yo estoy aquí contigo.

Y eso fue quizás lo único que le impedía salir huyendo del carruaje y volverse corriendo a la estación de tren. Carter era su única ancla en medio de un torbellino de emociones. Lo amaba tanto que le costaba creer que él también la amara.

Cinco minutos después, el carruaje se detuvo frente a lo que reconoció como la fachada de la casa de su madre. Su corazón comenzó a latir con fuerza y se le acalambraron los músculos del estómago.

—No puedo hacerlo.

—Sí. Sí puedes.

Carter salió primero del carruaje y se volvió para ayudarla. Ella vaciló y él enarcó las cejas.

—Está bien.

Lottie se deslizó hacia adelante en el asiento y le tomó la mano. Después subieron las escaleras y antes de que llegaran al último escalón, la puerta se abrió. No era el hombre que recordaba de la vez anterior, sino su propia madre.

Parecía cansada y había perdido algo de peso. Pero antes de que pudieran saludarse, un hombre apareció detrás de ella y le puso una mano en el hombro.

Era un hombre mayor, con el pelo negro y plateado y unos ojos azules centelleantes. Si no lo hubiera conocido en ese lugar, incluso podría haberle gustado como persona. Su sonrisa era cálida y genuina. Pero estaba en casa de su madre, a pesar de que sabía que ella venía de visita.

Lottie se dio la vuelta con la intención de volver a bajar las escaleras cuando su madre dijo.

—Espera, Charlotte. Por favor.

Carter bajó dos peldaños hasta donde ella estaba y le tomó la mano.

—Todos estamos en esto, cariño.

Lottie respiró hondo, volvió a subir las escaleras y entró en la casa.

Entonces, Alice, su madre, retorciéndose la manos dijo:

—Vamos a tomar un té con sándwiches en el salón.

Lottie asintió y esperó a que su madre continuara. Como solo había estado una vez en la casa, no recordaba dónde se encontraba el salón.

Los cuatro avanzaron por el pasillo hasta que llegaron al lugar que Lottie recordaba como el salón donde se había celebrado la fiesta. Se estremeció y Carter le apretó la mano.

Una vez que todos estuvieron sentados, Alice dijo:

—Te ves muy bien, Charlotte. Parece que el matrimonio te favorece.

Su voz era firme y tranquila, pero su palidez y la fuerza con la que apretaba los dedos en su regazo contaban una historia diferente.

Lottie se mordió la lengua para no darle una réplica hiriente. Dado que todos habían sido tan inflexibles en que debía mantener esa charla, lo mejor era mantener la cordialidad. Su madre les daría sus explicaciones, y ella y Carter se irían en el siguiente tren a Bath.

Carter había mencionado que había notificado al personal de su casa de Londres que tal vez pasarían la noche allí. Lo dudaba, pero probablemente lo mejor era tener un lugar adonde ir si la «visita» duraba más de lo esperado.

—Gracias, mamá. El matrimonio me hace muy bien.

Se volvió hacia Carter y vio tanto amor y cariño en su mirada que le dieron ganas de ponerse a llorar. Tenía las emociones bastante desenfrenadas.

—Os quiero presentar al señor Franklin Monroe.

Los ojos de su madre se iluminaron cuando se volvió hacia el hombre que estaba sentado a su lado. Lottie sintió como si fuera a devolver el desayuno.

—Me alegro de conocerla, señora Westbrooke.

El señor Monroe le sonrió y Lottie quiso ponerse gritar. Todos se comportaban con tanta normalidad, tan diferentes de lo que ella había esperado. No sabía realmente qué se podía esperar, pero este hombre tan digno sentado al lado de su madre no formaba parte de lo que había imaginado.

Lottie asintió e hizo un gesto a Carter.

—Mi marido, el señor Carter Westbrooke.

El señor Monroe se levantó y estrechó la mano de Carter.

—Es un placer conocerlo, señor Westbrooke.

Carter lo saludó con un gesto con la cabeza.

—Un placer.

Vaya, ¿no estamos todos siendo demasiado remilgados y correctos?

Se quedaron en silencio y su madre se acercó al carrito de té.

—¿Un taza de té?

—Sí. Gracias.

Lottie deseaba que ocurriera cualquier cosa que impidiera la conversación que se estaba a punto de producirse entre los cuatro. Todavía no entendía por qué su madre le había pedido al señor Monroe que la acompañara en su visita.

—Joven, ya hemos pasado el mediodía. ¿Le apetece un brandy en lugar de una taza de té? —Dijo el señor Monroe mientras se ponía de pie y se dirigía a Carter.

—Sí. En realidad, un brandy suena bien.

Lottie no le sorprendió ver que el señor Monroe actuara como anfitrión. Al parecer, debía de tener algún tipo de estatus en esa casa. Sirvió dos brandis, y llevó uno a Carter.

Su madre le sirvió una taza de té y preparó otra para ella. Era tan elegante como recordaba, sus delicadas manos vertieron hábilmente el líquido caliente en la taza, le añadió azúcar y nata, y se la entregó a Lottie.

Después llenó un plato pequeño con sándwiches y lo pasó a los demás. Lottie tenía ganas de tomarse la taza de té, pero con el estómago hecho un nudo, no creía que pudiera tomar nada en varios días.

Una vez más reinó el silencio. Los hombres bebiendo sus brandis, las mujeres su té, y todos fingiendo que estaban disfrutando de comer unos sándwiches.

Su madre miró al señor Monroe, y como Lottie la conocía tan bien, reconoció que le estaba suplicando que la ayudara.

El señor Monroe se aclaró la garganta.

—Me gustaría decirte que desde el mes pasado, tu encantadora madre aceptó ser mi prometida.

Entonces Lottie miró la mano de su madre y se fijó en el elegante anillo de diamantes y rubíes que llevaba.

—¿Prometida?

Esa declaración la sorprendió casi tanto como cuando lady Huntingdon le dijo que había hablado con su madre. ¿Iba a volver a quedarse estupefacta?

Lo más probable.

—Felicidades, señor Monroe —dijo Carter y levantó su copa de brandy—. Señora Danforth, le deseo mucha felicidad.

Lottie miraba atónita. Sentía como si estuviera en una obra de teatro en la que todo el mundo conocía sus diálogos, pero ella ni siquiera sabía qué papel estaba representando.

—Charlotte, estoy preparada para responder cualquier pregunta que quieras hacerme. —La madre le dio unas palmaditas en la mano al señor Monroe y continuó—: Franklin conoce todo lo que hay que saber sobre mí, así que por favor no te contengas. Deberíamos haber tenido esta conversación hace mucho tiempo, y me culpo todos los días de que te hubieras enterado de cómo era mi vida de la manera en que lo hiciste, lo que te obligó a huir de mí.

—Adelante, cariño —dijo Carter mientras tomaba su mano entre las suyas.

Bueno, si a su madre no le incomodaba que todos escucharan lo que tenía que decirle, entonces le iba a preguntar todo lo que la había inquietado durante el último año.

—Muy bien. Empecemos por mi padre. ¿Sabes siquiera quién es?

La señora Danforth se encogió de hombros y el señor Monroe la rodeó con su brazo. Eso pareció tranquilizarla.

—Sí. Tu padre era el señor Jerome Danvers. —Respiró hondo—. Mi marido.

El fuerte tic-tac del reloj de la esquina marcaba los segundos a la misma velocidad que el corazón de Lottie. Tanto el reloj como sus latidos apagaban cualquier sonido, pero continuaba mirando a su madre.

—¿Estabais casados?

—Sí.

—¿Entonces, soy una hija legítima?

—Sí.

—¿Por qué no me lo dijiste? Cuando te preguntaba por él a lo largo de los años, me contabas muchas cosas. Pero desde lo que pasó el año pasado, pensé que te lo habías inventado todo.

—No. Fue un hombre maravilloso que murió demasiado joven.

Tenía cientos de preguntas corriendo por su mente. Tantas que ni siquiera sabía por dónde empezar.

—Señora Danforth, tal vez sería mejor empezar por el principio y así le cuenta todo lo que necesita saber. —Carter miró a Lottie—. Mi esposa parece un poco sorprendida en este momento, pero creo que escuchar su historia la va a ayudar.

El señor Monroe movió la cabeza en dirección a su madre y ella comenzó su relato.

Carter sacó el pañuelo limpio de su bolsillo y se lo entregó a Lottie, ya que el que tenía en las manos estaba casi deshecho.

Entonces la señora Danforth comenzó a hablar con un tono de voz muy suave.

—Tu padre y yo éramos muy jóvenes cuando nos casamos. Lo hicimos en contra de la aprobación de sus padres. Yo era hija de un panadero y sus padres eran terratenientes. Pertenecían a la nobleza rural. Éramos jóvenes, estábamos enamorados y no sentíamos muy felices. Tu padre se ganaba la vida pintando retratos.

—¿Mi padre era artista? —Lottie se volvió hacia Carter—. Yo no tengo talento para la pintura.

—No es así, querida. He visto tus acuarelas.

—Cuando murió —continuó la señora Danforth—, mis padres ya habían fallecido, y sus padres no querían tener nada que ver conmigo. Esa misma semana descubrí que estaba embarazada de ti. Entonces me puse a trabajar como empleada doméstica hasta que mi jefe descubrió que estaba embarazada y me despidió.

—Qué bonito despedir a una mujer que no tenía a nadie en el mundo y con un bebé en camino —dijo Carter.

El señor Monroe asintió con la cabeza.

—Después me dediqué a lavar la ropa y a coser hasta que naciste. No pagaban mucho, pero podía alimentarte. En ese momento, vivía en un pabellón de caza abandonado.

La señora Danforth respiró hondo y el señor Monroe tomó su mano entre las suyas.

—Un hombre de la pequeña aldea donde vivíamos se enteró de mi difícil situación y me ofreció que fuera la nodriza de su hijo recién nacido. Estaba casado, pero se había separado de su esposa, que vivía en Londres. Sin embargo, tenía al niño con él.

El problema es que me dio un ultimátum. O me convertía en su amante o me despedía. En ese momento, sentí que no me quedaba otra opción. Cuando finalmente lo hice, estaba muy cansada y deseaba proporcionarte algo más que las necesidades básicas.

—¿Y qué pasó?

—Se cansó de mí, lo que siempre pasa. Me compró una casa en Londres, y me aseguró otro protector. Fue entonces cuando lo organicé todo para que vivieras con los Stevens, a quienes conocía desde mi infancia. —Miró a Lottie a los ojos—. A lo largo de todos estos años solo he tenido cinco protectores.

—Cuatro, querida —dijo el señor Monroe—. Pronto yo voy a ser tu esposo.

La señora Danforth miró al hombre con tanto amor que Lottie sintió que se le iban a saltar las lágrimas.

Sin pensarlo, las palabras salieron de su boca.

—¿Por qué todo el mundo dice que eres tan famosa como...?

—Cortesana —dijo la señora Danforth, ofreciéndole a Lottie una suave sonrisa—. Por mis fiestas. Me encanta la música, las conversaciones y las veladas inteligentes. Me gusta invitar a leer a poetas, o a que nos den conferencias sobre libros y temas específicos. Incluso una vez conseguí que viniera un cantante de ópera de Italia.

El señor Monroe se aclaró la garganta.

—Permitidme añadir que conocí a tu madre hace cinco años. Mi esposa, en ese momento, sufría de un problema mental y llevaba años en el hospital.—Entonces miró a su madre—. Nos enamoramos, pero no podíamos hacer nada al respecto. El mes pasado, mi esposa se quitó la vida. Inmediatamente le propuse matrimonio a tu madre y ella aceptó. Dentro de un mes más o menos, nos casaremos.

Lottie se recostó en el sofá y observó a su madre. El año pasado había pensado tantas cosas terribles sobre esta mujer. ¿Hubiera tomado ella las mismas decisiones? Era difícil saberlo porque su madre se aseguró de que pudiera llevar un tipo de vida que le evitaba sufrir las complicadas condiciones de vida que tuvo ella como para tener que tomar ese tipo de decisión.

—Hay una cosa quiero que sepas, Charlotte. Te quiero más de lo que nunca has imaginado. Bueno, tal vez no, pero cuando tengas un hijo propio y esté en tus brazos, entenderás lo que siento por ti.

Al final de su declaración, la señora Danforth y ella estaban llorando.

Ambas se levantaron y se abrazaron, y lloraron, hasta el punto que los dos hombres comenzaron a sentirse un poco incómodos.

Después de unos minutos, se limpiaron la cara y se sentaron en el sofá tomadas de la mano, la una al lado de la otra. Carter se sentó en una de las sillas para darles más espacio.

—Charlotte, por favor dime que esta tontería entre nosotras ha terminado.

—Sí, mamá, te he echado mucho de menos.

Apoyó la cabeza en el hombro de su madre, como había hecho tantas veces cuando era niña.

—Yo también te echaba de menos.

El señor Monroe miró a la señora Danforth.

—Querida, ¿por qué no les cuentas lo de mañana por la noche?

La madre aplaudió como una niña y Lottie se levantó.

—Oh, sí. Lord y lady Huntingdon nos han invitado a los cuatro a cenar mañana para celebrar vuestra boda y nuestro compromiso.

Lottie no creía que pudiera aguantar más sorpresas. Su suegra estaba rompiendo todas las reglas de la alta sociedad al aceptar a una cortesana en su casa. Y la iba a sentar en la mesa de su comedor.

—Tu madre es una mujer extraordinaria —le dijo la señora Danforth a Carter.

—Y usted también —replicó Carter.

Las dos parejas estuvieron charlando varias horas, poniéndose al día sobre lo que Lottie había estado haciendo en Bath. Lottie todavía tenía algunas preguntas más, pero una vez que la tarde llegó a su fin, sintió que sabía todo lo que necesitaba saber.

Había entendido cuánto la había querido su madre, y que todas las decisiones que había tomado habían sido para proporcionarle una vida mejor.

Lottie y Carter se fueron a su casa en Londres después de una encantadora cena con la señora Danforth y el señor Monroe, a quien Lottie le pareció que era un caballero maravilloso. Era propietario de una naviera, y era encantador y divertido. Y estaba muy enamorado de su madre.

Durante la cena les explicó que iba a vender su negocio para que él y su madre pudieran dedicarse a viajar. Después se comprarían una casa y disfrutarían del resto de sus vidas juntos. Lottie mencionó inmediatamente las maravillosas casas que había Bath. Todos se rieron.

Mientras se desvestían para ir a la cama, Carter de pronto se puso a reír.

—¿Qué pasa?

—Se me acaba de ocurrir algo. Pensabas que no eras lo suficientemente buena para mí debido a tus antecedentes.

—¿Sí?

Se sentó a su lado en la cama mientras ella desataba las cintas que sostenían sus medias.

—Y aunque legalmente no sea un bastardo, pero en realidad lo soy porque mis padres no estaban casados entre ellos. Y tú, en cambio, eres una hija perfectamente legítima.

Lottie se volvió y lo miró fijamente, con la boca abierta.

—Tienes razón. Qué raro es.

—Raro, pero divertido.

Carter la llevó a la cama para besarla, y ella le devolvió los besos con todo el amor de su corazón.

Epílogo

Cuatro meses después

—Mamá, estoy bien. Todavía me quedan unos meses más antes de que llegue el bebé. Carter y tú me estáis volviendo loca.

Lottie se removió en el sofá e intentó levantarse, pero se cayó hacia atrás.

Su madre revoloteaba a su alrededor como un pájaro.

—Vaya. Deberías descansar más.

—¿Descansar de qué? Si lo único que hago es comer y descansar.

El niño que llevaba en su vientre iba a terminar siendo enorme. Probablemente saldría caminando y pidiendo pasteles de carne.

—¿Te está dando problemas otra vez, Alice?

El señor Monroe, que llevaba pidiéndole a Lottie que lo llamara padre desde el día en que él y su madre se casaron, entró en el salón con Carter justo detrás de él. Se inclinó un poco y besó a Alice en la mejilla.

Los últimos meses Lottie había llegado a quererlo, pero todavía no estaba preparada para llamarlo padre. Como nunca había tenido un padre, la palabra se le atascaba en la garganta. Por eso, hacía lo que haría cualquier otra persona en esa situación. Esperaba a que él la mirara antes de preguntarle algo.

Cuando regresaron de su viaje de bodas, su madre y su nuevo esposo se mudaron a Bath a una hermosa casa a solo unas manzanas de la de ellos. La nueva señora Monroe se unió a la iglesia de Lottie y Carter, y nadie parecía saber —o importarle— quién había sido en Londres. Tenía la sensación de que Carter y sus habilidades persuasivas tenían algo que ver con eso.

—Sí, no se queda quieta —dijo Alice, su madre, mientras Monroe se sentaba con ella en el sofá.

Carter se sentó en el brazo del sofá y tomó la mano de Lottie.

—Estás un poco nerviosa, ¿verdad?

Para su horror, ella rompió a llorar.

—Me siento tan gorda y torpe.

Agarró el pañuelo que Carter le colocó en la mano. Siempre parecía llevar más de uno.

—¿Por qué no pedimos que nos preparen el té? —Dijo su padrastro.

Lottie lloró más fuerte.

—Y me pondré aún más gorda de lo que estoy ahora.

Carter se puso de pie y tomó la mano de Lottie.

—Vamos arriba, cariño. Es hora de una siesta.

Salieron de la habitación, y Carter fue acariciándole la espalda mientras ella caminaba pesadamente a su lado.

Una vez que la acomodó en la cama, se sentó a su lado.

—¿Sabes algo de Pamela?

Lottie negó con la cabeza.

—No. No vino la semana pasada. —Inspiró y se limpió la nariz —. Estoy preocupada por ella.

La semana anterior, Pamela se había presentado una noche muy nerviosa. Le dijo que tenía un problema que solo podía resolver con la ayuda de una persona, y que no iba a poder visitarla ni a ella ni a Addie durante un tiempo hasta que lo solucionara.

Sin explicar nada más, Pamela le dio un beso en la mejilla y le dijo que esperaba estar de vuelta para cuando naciera el bebé.

Ni ella ni Addie habían sabido nada más de ella desde entonces.

—¿Crees que tendré más de un bebé aquí adentro? —Preguntó Lottie.

Carter se puso bastante pálido.

—¿Te refieres a gemelos?

—Sí. —Lottie apoyó su mano en su vientre y dijo—: Juro que algunas veces he sentido que el bebé me daba pataditas en dos lugares diferentes.

—Bueno, el niño tiene dos pies.

—Pero, a menos que tu hijo tenga *cuatro* pies, sigo pensando que hay más de uno.

Carter se puso de pie, se acercó a la ventana y corrió las cortinas.

—No te preocupes por eso ahora. Pégate una buena siesta y te sentirás mejor cuando despiertes.

La besó en la cabeza, se dirigió a la puerta y justo cuando su mano tocó el pestillo, ella dijo:

—Siento cuatro pies. Estoy segura.

Fin

¿Te ha gustado esta historia? Por favor, considera dejar una reseña en Goodreads o en el lugar donde compraste el libro. Tu reseña, larga o corta, ayudará a otros lectores a descubrir nuevos autores y a tomar buenas decisiones de compra.

Espero que te hayas divertido leyendo la historia de amor de Lottie y Carter. Si quieres leer más novelas románticas históricas, echa un vistazo a *Lady Pamela y el jugador.*

¿Debería seguir viviendo con miedo o volver con el hombre al que rechazó?

Lady Pamela Manning ha construido un hogar feliz en Bath después de pasar varias temporadas de fiestas de la alta sociedad desastrosas en Londres. Aunque canta como un ángel, Pamela no puede completar una frase completa sin tartamudear.

Vivir recluida socialmente con dos amigas a las que adora es suficiente para ella, y fácilmente descarta las atenciones del señor Nicholas Smith, el propietario de un exclusivo club de juego en Bath. Sin embargo, algo extraño está sucediendo en la residencia donde vive, y teme haber caído accidentalmente en una situación peligrosa.

Pero solo puede recurrir para que la ayude y proteja a un hombre que se crió en las calles: El señor Nicholas Smith.

¿Quieres leer el resto de la historia? Visita mi sitio web:
http://calliehutton.com/book/lady-pamela-and-the-gambler/

Puedes encontrar una lista de todos mis libros en mi sitio web:
http://calliehutton.com/books/

Sobre la autora



¡Recibe un libro gratis y mantente al día con los nuevos lanzamientos y ventas!
http://calliehutton.com/newsletter/

Una de las autoras más vendidas de la lista del USA Today, Callie Hutton, ha escrito más de 45 libros de romance histórico y de misterio. Vive en Oklahoma con su familia, muy unida y animada, que incluye a sus nietos gemelos, conocidos cariñosamente como "Los Twinadoes".

A Callie le encanta escuchar a los lectores. Puedes ponerte en contacto con ella directamente en calliehutton11@gmail.com o encontrarla en línea en www.calliehutton.com.

Visita www.calliehutton.com para obtener más información.

Derechos de autor

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con eventos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Todos los derechos están reservados, incluido el derecho de reproducción, distribución o transmisión en cualquier forma o por cualquier medio. Para obtener información sobre los derechos subsidiarios, póngase en contacto con la autora.

Sitio web de la autora: http://calliehutton.com/
Diseño de portada por Maria Connor, My Author Concierge

Primera Edición en inglés: Octubre 2019